LA CRISTIADA,

POEMA ÉPICO-SACRO

DEL PADRE FRAY DIEGO DE HOJEDA,

DOMINICO DE LIMA,

COMPENDIADO

POR DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

PERUANO,

ENTRE LOS ARCADES CINTIO ELIMEO;

Y DEDICADO

AL EXMO É ILMO SEÑOR

DON SEBASTIAN DE GOYONECHE,

OBISPO DE AREQUIPA.

PARIS,

IMPRENTA DE MOESSARD,

CALLE DE FURSTEMBERG, Nº 8.

1837.

LA
CRISTIADA.

AL EXMO É ILMO SEÑOR

DON SEBASTIAN DE GOYONECHE,

OBISPO DE AREQUIPA.

Soneto.

En tan subido canto el grande Hojeda,
Desde un claustro de Lima hechizadora,
Del Verbo salvador la hazaña llora,
Que éstasi al orbe suspendió la rueda.

¡Ay que tan solo la memoria queda
De los portentos de su voz canora!.....
¿La oís, almo Pastor?.... Brillante aurora
Rasgar la noche de su olvido pueda.

¡Rasgóla! ¡oh gozo! su divina trompa
Por mi audacia será que gemebunda
De profundo dolor los montes rompa;

Y por mi gratitud que vuestro nombre
De nacion en nacion unido cunda
De Hojeda escelso al inmortal renombre.

Juan Manuel de Berriozabal.

ADVERTENCIA.



Don Manuel José Quintana en su Musa Epica *hace de este poema un elogio magnífico; y asegura que rarísimos son los ejemplares que en España se encuentran, lamentándose de que no se haya reimpreso despues de la restauracion de las letras. Le antepone à la célebre Cristiada latina de Vida en uncion, ternura y sublimidad;*

é indica con sobrado fundamento que por la alteza de ideas, magnificencia y estension de su plan debiera Hojeda colocarse al lado de Klopstock y de Milton, si repetidos lunares no eclipsáran la grandiosa brillantez de sus conceptos.

Encantado yo de sus estraordinarias bellezas y pesaroso de hallar tantas desigualdades en una obra, que sin ellas seria una de las primeras del parnaso cristiano; no he podido resistir al deseo de separar el oro de la escoria, introduciendo bajo la salvaguardia del título de compendio alguna que otra octava de mi propio caudal, indispensable para atar el hilo del discurso.

Confieso que me habia arredrado el rezelo de que severos Aristarcos, enemigos de toda novedad, desencadenasen sus lenguas contra la osadía de mi intento; mas esta pasagera timidez desapareció, cual sombra, al figurarme que es gloria sacrificar el pundonor literario en obsequio del Dios-Hombre, á quien con alta magestad y devocion profunda canta el sagrado vate de los fervientes llantos.

Canto Primero.

CANTO PRIMERO.



Canto al Hijo de Dios paciente y muerto
Con dolores y afrentas por el hombre.
Virgen piadosa, en su costado abierto
Baña mi lengua y muévela en su nombre:
Suene mi voz con fúnebre concierto
Que al divertido pecador asombre:
Dáme tu lloro, pesarosa Madre,
Por que no hay otro que á mi asunto cuadre.

Melancólica noche con su manto
De horror cubria el asombrado cielo,
Que por ver á su Dios, resuelto en llanto
Rasgar quisiera el tenebroso velo,
Y de asombro vestido y mudo espanto
Bajar con humildad profunda al suelo
A recoger de lágrimas raudales
Derramados por ojos divinales.

Con silvo ronco el espantado viento
Al eco tristes voces infundia;
Y el agua con lloroso movimiento
Las piedras que tocaba enternecia:
El valle, á su confusa voz atento,
Suspiros de sus cuevas despedia;
Mientras al huerto el Salvador llegaba
Y en ondas de dolor ¡ay! se anegaba.

¡Ah que de pecador tragedia triste
En figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldicion, y vil afrenta!
Intrépido vistióla y no resiste
Ser por ella arrojado en la tormenta:
La vestidura siete fajas tiene
Y culpa grave cada cual contiene.

En la primera está la magestosa,
Libre soberbia, grave y empinada,
En ancha silla de marfil preciosa
Con regia pompa de ambicion sentada:
Diadema de oro ciñe su nublosa,
Y amenazante frente, levantada,
Y su ronca garganta collar rico;
Y para su altiveza el mundo es chico.

Allí está Adan con señoril denuedo
De su noble persona envanecido,
Con su esposa gentil gozoso y ledo,
Por el trono anhelando mas subido:
Con fácil mano toma el fruto acedo
Al linage por él envilecido.
¡Ciego! ¡infeliz! ser como Dios pretende
Y en ira el rayo del Señor enciende.

La insaciable, tenaz, vil avaricia,
De tristes ojos y corage hambriento,
De oro cercada, y llena de codicia,
Cien bocas abre, tiende manos ciento:
Con aquellas da paz á la injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Los treinta escudos con que al ciego Judas
Por la sangre de Cristo gratifican,
Están pintados, y con lenguas mudas
Su nefanda maldad allí publican.
¡Oh buen Dios! ¿qué á pagar por él acudas
¡Ay! con tus venas que tu amor esplican?
¿Y él que te venda por tan bajo precio?
¡Oh del hombre impiedad, de Dios desprecio!

Entre lascivos fuegos abrasada
Que llamas bosan de alquitran terrible,
En la tercera parte dibujada
Se mira la lujuria incorregible:
Ostentando su faz desvergonzada,
Su mano carnicera, vientre horrible
Y altivo cuello, con inmunda boca
A la encendida juventud provoca.

Con arrugada frente y secos labios,
Lanzando chispas de sus turbios ojos,
Y de la boca horrísonos agravios,
Y con las manos prometiendo enojos,
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la ira fatal de brazo fuerte:
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Una mesa riquísima de flores,
Y diversos manjares adornada
Cercando están valientes comedores,
De gesto ufano y vida regalada:
Preciosos vinos, árabes olores
Rodean á la gula destemplada,
Que en los ricos palacios de los reyes
Impone torpes y brutales leyes.

Sirven de rubias y tendidas hebras
A la envidia de aspecto formidable
Ensortijadas, hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable.
Torva los hierros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
Y descubre los mínimos defetos
Que entre alabanzas mil están secretos.

El postrero lugar ocupa ociosa
La tarda acidia en regalado lecho;
Allí entre dulces sábanas reposa,
Puestas las manos en el muelle pecho:
Allí la vida trueca en muerte umbrosa,
La noche prolongando sin provecho,
Y aunque despierte al retemblar la tierra,
Luego los ojos nuevamente cierra.

Con tan pesada, horrenda vestidura
El Redentor está quejidos dando,
En luctuosa tragedia la figura
De pecador vilísimo tomando.
¡Oh de inocencia clara fuente pura!
El dolor que padeces sollozando
Declara al hombre, porque el hombre mire
En tí su pena y de tu amor se admire.

Clama al Padre y el Padre no responde,
Aunque la ropa estraña le atormenta,
Y su rostro suavísimo le esconde,
Que pecador al fin se representa.
¿Huyes adonde, Padre eterno, adonde
Si de tu gloria el Hijo se alimenta?
Mas no huye de Cristo, del pecado
Huye que en Cristo ve representado.

De mirar por los suyos con el zelo
Jesus lloroso su oracion suspende;
Vélos dormidos en el duro suelo,
Y quejándose de ellos les reprende:
Tórnase á la oracion con vivo anhelo
Y en ella amante á Dios y al hombre atiende,
Y con acento dolorido clama,
Y arde en pura, amorosa y viva llama.

Suspira flébil, y su muerte horrible,
Sumergida en torrentes de amargura,
Lívida, descarnada, en faz terrible
Se le ofrece á los ojos de ternura:
Vestida de pavor irresistible,
Con inmensa y horrífica estatura,
Muerte, que ha de pasar, se le presenta,
Y con su vista ¡ ay cuanto ! le atormenta.
A su aspecto letal de rudo espanto
Del Padre eterno el soberano Hijo,
Víctima infausta de tormento tanto
Ya se desmaya con afan prolijo;
El mar aumenta de su acerbo llanto,
Y en la vision el pensamiento fijo,
Cada vez tiembla mas, y se acongoja,
Y en quejas tales rompe su congoja.
« ¿ Qué esta cabeza mia venerada,
« Do está el sol de los cielos encerrado,
« Con diadema de espinas enlazada
« Será ceñida y yo seré afrentado?
« ¿ Qué estos ojos de vista regalada,
« Adonde el serafin mas alumbrado
« El fuego enciende de sus luces vivas,
« Serán oscurecidos con salivas?

« ¿ Qué estas mejillas de adorable y pura,
« Y sacra honestidad, y á Dios unidas,
« De afrenta descortés con mano dura,
« Y vergonzoso ardor serán teñidas?
« ¿ Qué esta boca de inmensa donosura,
« Donde todas las gracias recogidas
« Aprenden á saber, con hiel amarga
« El rigor templará de sed tan larga?
« ¿ Qué estas firmes espaldas que sostienen
« Cielos poblados de altas magestades,
« Y orbes de eterna gloria en peso tienen,
« De azotes sufrirán viles crueldades?
« ¿ Y qué estas francas manos que mantienen
« Aquellas nueve angélicas ciudades
« Con pan de vida, me serán atadas,
« Y en cruz y entre ladrones y enclavadas?
« ¿ Y qué los hombres por quien tal padezco
« No me han de agradecer este servicio?
« Por ellos á tan vil muerte me ofrezco;
« ¿ Y usarán mal de tanto beneficio?....
« ¡ Mas á mi Padre con morir merezco
« Que triunfe la virtud y muera el vicio!
« ¡ Alcance el hombre el premio inaccesible,
« Que yo me abrazo á tí, muerte insufrible!

Mas su angustia insondable se duplica,
Y en oracion hondísima suspenso
Al caro Padre su congoja esplica
Con largo lloro y con gemido intenso;
Y en querellosas voces le suplica
Que el fatal cáliz de dolor inmenso,
Que á tristeza de muerte le provoca,
Aparte, si es posible, de su boca.
Sus amargosas, pávidas razones
Tomó en su mano la virtud süave,
Que hace templos de Dios los corazones
Y los retretes de la gloria sabe:
La Oracion reina ilustre de oraciones,
Que del pecho de Dios tiene la llave,
Y hora deja el penoso, oscuro suelo
Rauda volando á la mansion del cielo.
En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien pies lavó sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura:
Cual humo de pebete es delicada,
En ciencia, en gracia, en esplendor bañada.

Los príncipes supremos la reciben
Con blandos ojos, con humildes frentes;
Y los que en señorio eterno viven,
Le postran sus coronas refulgentes:
Los tronos de su gran valor conciben
Altas empresas, hechos eminentes;
Hónranla los amantes serafines
Y la adoran los sabios querubines.

Penetra el cielo en giro arrebatado
La férvida Oracion con viva lumbre;
Pero ya llega al solio sublimado
Del Rey de reyes en la escelsa cumbre;
Y aunque le ve de soles rodeado,
No teme que su vista le deslumbre,
Y su ardimiento valeroso abona
Saber que es oracion de igual persona.

Desde el trono imperial de pompa grave
Moviendo la severa y blanda vista,
Que los ocultos pensamientos sabe,
Y con mirar los ánimos conquista,
Abrió su pecho con dorada llave
Jehová benigno; y su licencia vista,
La Oracion puso en tierra los hinojos,
Obedeciendo á los divinos ojos.

Hecha señal, se levantó llorosa
Mirando al Padre de piedad inmensa;
Limpióse luego con su crin hermosa,
Y al sabio remedó que honduras piensa;
Blanda, humilde, rendida y animosa,
En Dios devota y en su amor suspensa,
Al pecho junta la siniestra mano,
Habló con baja voz y estilo llano:
« Altísimo Señor, embajadora
« Soy de aquel que nació de tus entrañas,
« Verbo que en tu divina esencia mora,
« Del alto Productor de tus hazañas:
« A tí con afligidos labios ora;
« Sus voces no te deben ser estrañas
« Que son voces de Dios, clamor de un hijo
« Que en la agonia mas atroz te dijo.
« ¿Y quien á un hijo natural no escucha?
« ¿Y á un hijo de infinita gracia lleno,
« Y cuando con la fiera muerte lucha
« Limpio de culpa y de pecado ageno?
« ¡Su pena es mucha y su congoja es mucha!
« ¡El alma no le cabe ya en el seno!
» Oyele que sus méritos presenta
« El que de tu ser mismo se alimenta.

« El gremio puro de una Virgen santa
« Le dió cuerpo mortal, carne pasible,
« Y en él vivió con obediencia tanta,
« Que parece á los hombres imposible.
« ¿A quien no maravilla, á quien no espanta,
« Y quien no juzga cosa incomprensible,
« Temporal el eterno, Dios humano,
« El hombre Dios, humilde el soberano?

« Nació despues al riguroso hielo,
« En portal destechado, en pobre cama,
« En viles pajas, en desnudo suelo
« Este que padre natural te llama:
« El Rey de gloria que sustenta el cielo
« Del pecho virginal de tierua Dama
« Rayos de leche recibió süaves;
« Si te agradó con ello, tú lo sabes.

« Gloria al Infante, gloria en las alturas
« Los convecinos valles resonaron,
« Y al hombre paces plácidas, seguras
« En los cóncavos montes retumbaron;
« Y tres monarcas con entrañas puras
« Del tierno Infante el lindo pie besaron;
« Mas al octavo dia de su aurora
« Su derramada sangre ¡ay! le colora.

« Desterróse ¡oh dolor! aun del pesebre
« Despues que se hubo á tí sacrificado.
« ¿Habrá algun corazon que no se quiebre,
« Al verle á Egipto prófugo arrojado,
« Sin que haya entre gentiles quien celebre
« Pecho tan dulce, amor tan abrasado?
« Hambre su vuelta fué sed y tormento;
« Labró madera el Rey del firmamento.
« Entre los publicanos pecadores,
« Cual si lo fuera, bautisarse quiso:
« Viéronse allí tus ínclitos favores
« El Jordán convirtiendo en paraiso.
« Sonó tu voz entre almos resplandores,
« Que le formaron rutilante friso;
« Y la Paloma descendió superna
« Que el universo próvida gobierna.
« ¿Mas quien olvidará de sus ayunos
« Las luengas noches, los prolijos dias?
« Túvolos con rigores importunos,
» Y tambien con Satan recias porfias:
« No son estos instantes oportunos,
« Ni suficientes son las voces mias
« Para significar de su abstinencia
« La menor parte en lumbres de elocuencia.

« Sublime en su divino magisterio
« Discípulos juntó, movió ciudades,
« Llenó de luz el ártico hemisferio,
« Ciego con sus hipócritas deidades:
« De tu perfecta ley el sumo imperio,
« Fundado con perínclitas verdades,
« En la tierra estendió ¡gloria eminente!
« De nacion en nacion rápidamente.

« ¿Qué no sufrió de rigurosos males?
« ¿Qué no pasó de agravios insufribles?
« Ya con negras calumnias infernales
« Sus milagros fingieron imposibles:
» Ya con las armas é ímpetus brutales
« Opugnaron sus hechos invencibles.
« ¿Y en dura cruz y en ásperos dolores
« Al Justo darán muerte pecadores?

« Basta tormento tal. ¡Ah! Si es posible
« A tu Verbo amantísimo perdona,
« Que de tu misma lumbre inaccesible
« Por natural herencia se corona:
« Con él dispensa en muerte tan horrible,
« Pues la suya es igual á tu persona.
« De los hombres remite los pecados,
« Y los premios les da por él ganados. »

Dijo y humilde el húmedo semblante,
Al sacro pie del trono rutilante,
Postró de sangre y de sudor cubierto,
A la esperanza el corazon abierto,
Mas con paciencia y ánimo constante,
Imitando al que oraba desde el huerto,
Sugeta á los decretos bienhechores
Del sumo Emperador de emperadores.

Mirando, pues, de la Oracion divina
Aquellos mas que ilustres cortesanos
Postrada la belleza peregrina,
Y hechos rios los ojos soberanos,
A piedad justa cada cual se inclina,
Y cogiendo incensarios en las manos,
Ofrecen de aromáticos odores
Nubes pardas y blancos resplandores.

Pero el gran Padre de bondad inmensa,
A quien aplace de su Verbo caro
El santo amor, la caridad intensa,
Y el sacrificio de su muerte raro,
A la sacra Oracion tuvo suspensa;
Y al fin con dulce vista y rostro claro
Levantóla y con voz sonante dijo
Estas hondas palabras de su Hijo.

« De Redentor á la suprema gloria
« Fué mi Verbo eternal predestinado:
« Por medio señalé de su victoria
« Ser muerto en cruz y en ella deshonrado:
« Mi voluntad no es de alma transitoria
« Que muda el parecer una vez dado:
« Cuando lo decreté tuve presente
« El que ahora gran dolor mi Verbo siente.
» Muera que por su muerte y cruz preciosa
« A estas brillantes sillas despobladas
« Con alas de mi gracia valerosa
« Almas han de subir crucificadas:
« Derrame, pues, su sangre generosa,
« Que en ella estolas mil serán lavadas,
« Que con vivo esplendor y eterno lustre
« En esta brillarán mansion ilustre. »
Dijo, y como á la cándida mañana
Entre risueñas y aromosas flores
Con lengua de placer y voz ufana
Hacen aplauso pájaros cantores;
Como al céfiro blando y luz temprana
Saludan amorosos ruiseñores,
Al murmullar del agua cristalina,
Que con aljofarado pie camina;

Las altísimas voces de su boca
Los príncipes oyeron inmortales;
Quien aúrea lira, quien el arpa toca;
Do quier retumban himnos celestiales:
La Oracion á entonarlos les provoca,
Rendida á los decretos divinales,
Diciendo: « Santo el Padre, el Hijo santo,
« Santo el Amor que al hombre estima tanto.

« El fuego bravo, el rigoroso estio,
« El aire puro, el desgarrado viento,
« La nieve empedernida, el crudo frio,
« La luz bella, el diáfano elemento,
« El seco ardor, el húmedo rocio,
« La pacífica tierra, el mar violento,
« Los dias y las noches le bendigan,
« Y siempre santo, santo, santo digan.

« Los peñascos y montes empinados,
« Y los campos y vegas estendidas,
« Y los bosques y valles dilatados,
« Y las yerbas y plantas bien nacidas,
« Y las fuentes y arroyos argentados,
« Y las aves y fieras atrevidas,
« Y los hombres y cielos santo, santo,
« Santo le digan en sonoro canto. »

Esta voz pura de alabanza doble
Retumbó en el sagrado, empíreo cielo,
Y el Monarca del alto mundo inmoble
Quiso dar á la Víctima consuelo:
Y á nuncio alado del linage noble
De los que con fogoso y justo zelo
De Luzbel alcanzaron la victoria,
Llama y así le informa la memoria:

« Parte, Gabriel; con vívidas razones
« A la batalla al Redentor conforta:
« Declárale mis sabias intenciones,
« Y á seguirlas con ánimo le exhorta:
« Y tú, espejo de santas oraciones,
« Véte, que tu despacho al mundo importa.»
Dijo y de sus conceptos un abismo,
Y un mar de gloria le mostró en sí mismo.

La sagrada cabeza y alma pia
Inclinó la Oracion devotamente,
Y aquella soberana compañia
Hízole aplauso con humilde frente:
Rápido el mensagero la seguia,
Y su carrera ejército luciente
De angélico linage acompañaba,
Y con solemne pompa festejaba.

Yendo por la ribera deleitosa
Do está plantado el árbol de la vida
A la Oracion con gracia donairosa
Hizo una reverencia comedida:
Tambien con murmullante lengua ondosa
El arroyo de plata derretida,
Música le entonó de voz süave,
Que, cual rio de gloria, cantar sabe.
Los muros sus coronas almenadas
Rindieron á los dos legados bellos,
Y humillaron las puertas encumbradas
A su presencia los empíreos cuellos:
Abriéronse de inmensa luz tocadas
Y oscurecidas con la lumbre de ellos.
Ya las celestes órbitas dejaron
Y á la mansion del hombre caminaron.
Cuerpo y alas Gabriel toma aparentes
De color vário y elegante forma,
Y de vistosas piedras relucientes,
Puestas á trechos, en sus hombros forma:
Con la augusta embajada convenientes
Ojos y trage y parecer conforma;
Es morado el vestido rozagante,
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso bárbara saeta,
Arrojada con ímpetu valiente;
Cual apacible, cándida cometa
Que el aire rasga imperceptiblemente:
Cual sabio entendimiento que decreta
Lo que á su vista clara está evidente;
Así con relumbroso y raudo vuelo
Baja el sagrado embajador del cielo.

El aire ve de pavorosa niebla
Y de sombra confusa rodeado;
Opaca, mustia y hórrida tiniebla
Lo tiene de ancha oscuridad cercado:
De asombro y miedo y de terror se puebla
El huerto, ya de espinas coronado:
Detiénese Gabriel, y atento escucha,
Y mira á Dios que con la muerte lucha.

Del eter puro el cristalino aspeto,
Del espantado arroyo el lento paso,
Del aire mudo el revolar secreto,
Y del lene favonio el soplo escaso,
De aves y fieras el callar discreto,
Y de ver triste á Dios el grave caso,
(Como su pena y magestad comprende)
Las plumas y la lengua le suspende.

Ve á Dios, á Dios de quien se maravillan
Los coros de las nueve dignidades,
Y á quien sus cuellos trémulas humillan
Las soberbias terrestres magestades,
Y á cuya voz temblando se arrodillan
Del infierno las fieras potestades;
A Dios postrado mira. ¿Qué no hiciera
Quien conoce á Dios bien, si así le viera?

Alza, mortal, la vista, al cielo mira,
Y mira esa estrellada pesadumbre;
Y si tan grande fábrica te admira,
El Productor te admire de su lumbre:
Vuelve á la tierra, mírala y suspira,
Y suspirando alcanza una vislumbre
De quien es el Señor; y de quebranto
Se ahogue tu pecho en raudaloso llanto.

Canto Segundo.

CANTO SEGUNDO.



Vuelto Gabriel del pasmo con Dios llora,
Y en consolante bálsamo le baña:
Con ver que su pasion amargadora
Al hombre libra de la eterna saña,
Su atribulado corazon vigora
Cristo para cumplir su invicta hazana;
Y al sumo Padre el sacrificio nuevo
Parte llevando el celestial mancebo.

Judas en tanto su maldad corona
Con la atroz venta de su tierno Amante,
Y en impio consejo le baldona
Con ominosa plática infamante;
Y por que prendan su real persona
Junta soldados de ánimo arrogante,
Aliento dando á la voraz envidia
El despecho feroz de su perfidia.

¡Monarca de dolor! ¡Ay mis pecados
Los poros abren de tu carne pura!
¡Ellos son los cuchillos afilados
En mi mal corazon de roca dura!
¡Ellos azotes de impiedad armados,
Corona horrible, que tu afan procura!
¡Clavos agudos y mortales penas,
Que desangrando están tus dulces venas!

De Jesu-Cristo el ánima doliente
Entre vários afectos se fatiga;
De las culpas el peso estraño siente,
Y de su Padre el justo amor le instiga.
¡Oh batalla de espíritu valiente,
Que al mismo Dios á tanto afan obliga!
El alma llueve como nube opresa
De viva sangre al cuerpo lluvia espesa.

Pero ya de la tierra se levanta
Y la inmensa afliccion congojadora,
Que el amoroso pecho le quebranta,
Disimula con traza hechizadora;
Y á los dormidos en tormenta tanta:
« Dormid y descansad que ya la hora
« De mi acerba pasion está presente;
« Y el rumor suena ya de armada gente.

« ¡ Adios, adios, idolatradas prendas
« Y de mi corazon tiernos pedazos,
« Que ya me lanzo á las horribles sendas
« De la tribulacion! ¡ Ya á mis pies lazos
« Tiende el nefario autor de mis contiendas!
« ¡Sus! ¡ recibid mis últimos abrazos!! »
Dice con blandas voces de ternura
Ahogadas en torrentes de amargura.

Ya llega el escuadron con pasos lentos,
Ronco murmullo y sordos pies marchando,
Envolviendo en el polvo sus intentos,
Su traicion en las nieblas ocultando.
¡ Oh noche! tú que viste los portentos
De ese infiel, alevoso, inicuo vando;
¿ Dime que capitan los gobernaba?
Un apostol de Cristo los guiaba.

Judas de los torrentes caudalosos
De la divina gracia alimentado,
Y á los pechos del Maestro generosos
Con leche de su espíritu criado,
Es caudillo de ipócritas furiosos,
Y de homicidas capitan osado,
Y homicidas de Dios. ¡ Ay infelice!
« A quien yo diere paz, prended » les dice.

El protervo discípulo se atreve
Con torpes labios, con nefanda boca,
Y da beso crüel de paz aleve
A Dios y el rostro con el suyo toca;
Y por que dulce y tierno amor le cebe,
« Salve, salve » diciendo le provoca,
Juzgando que su intento á Dios esconde.
« ¿Amigo, á qué veniste? » él le responde.

Y vuelto á la cohorte sediciosa
Con blanda voz pregunta mansamente:
«¿ A quien buscais ? » Y dice temerosa
La tropa de romanos insolente:
« A Jesus Nazareno. » Y fulminosa
La respuesta del Verbo omnipotente
Tres veces los derriba y les da brios
Para otras tantas levantarse impios.

Pero el Señor con vista regalada,
Blandos ojos y término apacible,
Serena vista, mas de horror bañada
En lo secreto del mirar terrible,
Vista de justo zelo acompañada,
Que amenaza de Dios ira infalible,
Mirando á Judas dice: « ¿ Así me vendes?
« ¡ Ah! ¿ con beso de paz á Cristo prendes? »

Estaban los discípulos atentos
En torno del Maestro soberano,
Y al mirar ya los ímpetus violentos
Del temerario ejército romano,
Con firmes y justísimos intentos
De ampararle con presta y fuerte mano
Dijéronle: « Señor, dadnos licencia
« Para mostrar aquí vuestra inocencia. »

Pedro por todos esto le decia,
Cuando vió que atrevido y diligente
Un siervo del pontífice venia
A poner en su Dios mano insolente:
En el añoso cuerpo y sangre fria
Amor vivo reinaba y zelo ardiente;
Y así abrasado el pecho generoso,
Cortó una oreja vil al siervo odioso.

Y adelante pasára el viejo sabio
En el amor de Dios y en la defensa,
Si Jesus no moviera el dulce labio
Para estorbar de su ofensor la ofensa.
Dícele pues: « No vengues hoy mi agravio,
« Y no dés mal por mal en recompensa;
« Vuelve á su vaina el cortador acero. »
Dice y la oreja restituye al fiero.

Cura blando la llaga y luego mira
Despacio á los pontífices atroces,
Y de su encono pertinaz se admira,
Por que entiende sus ánimos feroces:
Nota que lanzan furia y bosan ira
En blasfemantes, destempladas voces.
« ¿Como á ladron, esclama, en noche oscura
« A prenderme venís con armadura?

« Es empero llegada vuestra hora,
« La del ciego poder de las tinieblas;
« Cumplid, cumplid vuestros intentos ahora;
« La noche os tapa, cubren os las nieblas.»
Dijo el Señor á quien el cielo adora
Y ofende el mundo envuelto en sus tinieblas;
Y los soldados rígidos, crüeles
Atanle cuello y manos con cordeles.

¡Cual liero mil y mil le da empellones!
¡Cual torpe y descortés le desconsuela!
¡Cual donaires le dice, cual baldones!
¡Cual sus barbas santísimas repela!
¡Cual le afrenta con duros bofetones!
¡Cual con mayores ímpetus anhela
A mayor daño, y el Cordero manso
Calla, sufre y camina sin descanso!

Los medrosos discípulos temiendo
Parte de aquel furor incontrastable,
De la noche ayudados van huyendo
El mal que cerca ven irreparable,
Que el gran tumulto y bramador estruendo,
El alborozo y confusion notable
Del enemigo en su ganada presa
Les dió lugar á la cobarde empresa.

Eu tanto de Luzbel el furor sube
Rezelando que Cristo sea el Verbo:
Torbellinosa la de incendios nube
Mas le devora el corazon protervo:
La frente impia del infiel querube
Surcan mas rayos y el dolor acerbo
Desgarrándolas vierte en sus entrañas
Todo el raudal de sus atroces sañas.

Remolineada torre de caimanes
Sobre sus ígneas crines se encarama;
En sus oidos zumban huracanes
De alarido eternal que ronco brama;
A sus plantas revientan cien volcanes;
Le anega mar de hiel, betun y llama:
Con lanzas de diamante agudas ciento
Está clavado al monte del tormento.

Con la tartárea trompa hondisonante
Sus rugidoras iras sempiternas,
Estremeciendo en son horripilante
Las pavorosas, lóbregas cavernas,
Llaman al escuadron centelleante,
Que de las claras bóvedas supernas
Cayó rodando á la mansion de llanto,
Do le horroriza perdurable espanto.

La hondísima region de la tiniebla
Ponto de sangre espumajosa inunda:
Ceñida en tempestad, tronante niebla
Fuego devastador llueve iracunda;
Y de pecados multitud la puebla:
La muerte con sus brazos la circunda;
Y de la eternidad la pesadumbre
Forma su férreo muro y su techumbre.

De Luzbel al acento soberano
De espíritus se junta el vando fiero;
Blandiendo un rayo en su vibrante mano
El altivo dragon llega primero
Que por Jove adoró ciego el romano;
Y el que Apolo fingióse palabrero,
Segundo viene envuelto en lumbre roja
Que cual sol infernal chispas arroja.

Y el que sañudo presidió á la guerra,
Llevando el mástil de un bajel por lanza,
Y á su carro temblar hizo la tierra,
Con ignívomos ojos de venganza
Que al mas robusto corazon aterra,
Ya del oscuro rey llega á la estanza;
Y el que Chipre adoró por Venus bella;
Y el que culto exigió de la doncella.

Tambien el diligente mensagero,
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en pies estuvo allí ligero,
Solemne ostentador de antigua ciencia:
Espíritu en delirios lisongero,
Gran pintor de fantástica apariencia;
Y el que á sus hijos devoró tirano;
Y el que fingió frenar el mar insano.

Y el otro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido y en crisol forjado:
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Jsraël desatinado:
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó dando bramidos pavorosos,
Con los dos de Samária fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos
De aqueste horrendo cónclave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos
En que siempre sedientos se empaparon;
Ni del Perú los ídolos fingidos,
Que en lucientes culebras se mostraron;
Ni Eponamon, indómito guerrero,
Deidad altiva del Arauco fiero.

Junto el senado con solemne pompa,
La boca, que parece catacumba,
Abre el tremendo rey: cual son de trompa
Que asorda al huracan, su aullido zumba:
Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,
No con fragor tan hórrido retumba,
Ni terremoto que en tronante guerra
Cerros al derrumbar desgarra tierra.

« ¡Príncipes, dice, torcedor agudo
« Hoy mas que nunca me traspasa el pecho!
« Que Cristo sea el Verbo ¡ ay de mí! dudo;
« Y ¡oh dolor! ¡ oh dolor! que lo es sospecho.
« ¡ Ay de Luzbel! ¡ ay de Luzbel sañudo!
« ¡ Ay de Luzbel! ¡ ay de Luzbel! ¿ Deshecho
« Será mi imperio? ¿ cerrará mis puertas
« Estando al hombre las del cielo abiertas?

« ¡ Mas ay!... ¡ deliro!... buscaré camino
« Para mejor saberlo: id luego todos
« Y notad si es humano ó si es divino
« Por estos nuevos y esquisitos modos:
« Si del trono de Dios escelso vino
« Al cieno vil de los terrestres lodos,
« Probado con deshonra y con violencia
« Inhumana y atroz tendrá paciencia.

« Volad y por caminos diferentes
« Le procurad afrentas nunca vistas,
« Rudas mofas, oprobios indecentes,
« A que tú, Cristo, con valor resistas.
« Juntad soberbios pechos, insolentes
« Manos y almas guerreras y malquistas.
« Yd presto, furias del estigio lago,
« Y haced que sufra carnicero estrago.

« A los unos envidia mordedora,
« Y á los otros soplad soberbia altiva,
« Y al vulgo adulador que en Salen mora
« Lisonja infame y abjeccion nociva. »
Al punto aquella horrífica y traidora,
Alada multitud se lanzó activa
Llevando al Salvador sañosa guerra,
Y en vivo infierno convirtió la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la opaca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaños los espíritus hincheron:
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente mas noble se ingirieron,
Derramando doquier iras, furores,
Al respirar volcanes tronadores.

¡ Oh vivo Resplandor maravilloso
Del Padre de las lumbres soberano,
Sobre quien vino el ímpetu furioso
Del ejército de ángeles insano!
Dolor profundo, corazon piadoso
Me comunica de tu propria mano,
Para que sienta y llore en voz sensible
El rigor de tus penas indecible.

Era Anás del colegio preeminente
Que de la ley juzgaba y del profeta,
Gran sacerdote, príncipe insolente
Con sumo imperio y potestad perfeta;
Por eso la canalla inobediente
A Dios, y al mal pontífice sugeta,
Le llevó á Cristo, y con tropel confuso
En este tribunal su examen puso.

Estaba el hombre Dios que manda el cielo
Con nudos corredizos maniatado,
Del aleve escuadron del lácio suelo
Y del judaico pueblo rodeado:
Traido sin piedad al rodopelo,
La barba y el cabello maltratado,
Los ojos en la tierra y el semblante
En calma augusta al Padre semejante.

Y el indigno prelado en silla estaba
Pomposa y alta, esquivo y desdeñoso,
Con faz sañuda y apariencia brava,
En ropa largo, en ánimo ambicioso:
Lisonjera familia le cercaba,
Y vulgo de agradarle codicioso,
Sus hechos aplaudiendo y sus razones
Con gestos admirando y con acciones.

Pregunta pues al Rey de la divina
Y eterna gloria deshonrado y preso
Por su colegio santo y su doctrina
Sagrada, comenzando aquí el proceso :
Respondió el Salvador con voz benina;
Escenta de hinchazon, libre de esceso :
« En el templo de Dios he predicado,
« Y mi doctrina en público enseñado.

« Cualquiera podrá ser de ella testigo;
« Llama á todos y todos dirán de ella. »
¿ Quien de esta blanda voz de afable amigo
Formar pudiera la menor querella?
Formóla ¡ay Dios! un bárbaro enemigo
De la justicia y de la luz en ella,
Y del manso Jesus en el semblante
Estampó diestra de acerado guante.

¿ En el rostro de Dios la mano airada
De un hombre vil? ¡oh crimen espantable!
¿ Y míralo la máquina estrellada
Y su curso prosigue favorable?
¿ En el rostro de Cristo bofetada?
¿ De Cristo en aquel rostro venerable?
¿ Y ardiendo brama y quéjase el cristiano
Si le toca al pasar viento liviano?

Jesus serena los honestos ojos,
Y mira al ofensor con mansedumbre,
Llena de suavidad, libre de enojos,
Y envuelta en grata y generosa lumbre:
Pues vencido de amor da por despojos
Modestia, gracia y blanda dulcedumbre,
Y dice: Muestra en qué, si he mal hablado.
« Y si bien; ¿por qué así me has afrentado?»

Lleno de oprobios en aquesta parte
Al príncipe Caifás fué remitido
El Redentor, cuya bondad reparte
Paz al turbado y gozo al afligido:
Aquí todo el infierno toda el arte
Antigua de tentar puso en olvido;
Y esquisitas buscó trazas y enredos
Fin para dar á sus ocultos miedos.

Habia de juntar el gran senado
Caifás de los setenta escribas dotos
Para que fuese Cristo en él juzgado
Como falso profeta por sus votos;
Y esperó á la mañana alborotado
Fingiéndole entre sueños terremotos,
Espantos y fantasmas la sañuda
Hueste del orco, de piedad desnuda.

Por ella aquellos bárbaros atroces
Al Señor en el pátio detuvieron,
Y con horribles gestos y altas voces
Injurias mil rudísimas le hicieron,
Inspirados los ánimos feroces
Para las nuevas trazas en que dieron
Por las crüeles furias infernales,
Que de ellas solo fueron penas tales.

Sabian que trataron de prendello
Por ser profeta en ciencia peregrino;
Y así querian con sus ojos vello
Probándolo en sus males adivino:
Atáronle una soga al santo cuello
Y venda al rostro de esplendor divino.
Cada cual de ellos cuando le dañaba
« ¿ Adivina quien soy? » le preguntaba.

Uno en el rostro que respeta el cielo
Con torpe, inmunda boca le escupia;
Y otro alzando el lodoso pie del suelo,
En su modesta frente lo imprimia;
Y otro por mas dolor y desconsuelo
Con un baston fortísimo le heria,
Y otros con rigurosos empellones,
Con befas otros y otros con baldones.

El sol luciente ¡ oh Dios! con raudos pasos
Ya se ha escondido en la region secreta
Para el alivio de los miembros lasos
En el reposo de la noche quieta;
¿Y á vos aun estos bienes son escasos?
¡Oh del bien celestial fuente perfeta!
No descansasteis en el largo dia,
Ni os abrigasteis en la noche fria.

Vuestros cabellos repelados fueron,
Y vendas vuestros ojos anublaron,
Golpes vuestras mejillas ofendieron,
Y afrentas vuestra cara avergonzaron:
Sedientos vuestros labios estuvieron,
Voces vuestros oidos perturbaron;
Y á vuestras manos ásperos cordeles
Rompieron crudos las delgadas pieles.

Cual dura roca con gentil firmeza,
Descollada y altiva, escelsa y fuerte,
Las ondas, que la baten con braveza,
Al propio mar, que se las da, las vierte,
Mas con espuma de sutil belleza
Mejoradas y ricas; de esa suerte
Las penas que del hombre recibia
Al hombre Cristo en méritos volvia.

Mas en esta batalla rigurosa
Qué pensaba el Señor omnipotente
Para templar la fuerza dolorosa
De aquel de afrentas rápido torrente,
Qué meditaba su ánima piadosa
En medio y apartada de la gente,
Me lo inspire su luz contemplativa
Viva al amor, como al tormento viva.

Allí su clara, infusa, ilustre ciencia
Le dibujaba con pincel süave
Los grandes frutos de su gran paciencia,
Que retratarlos en el alma sabe
Como en templo de altísima eminencia:
En la suprema, dilatada clave
Hombres formó por Cristo despreciados
Con luces de conceptos bien pintados.

Los santos monges del inculto Egito,
Del cielo sabios, locos de la tierra,
Los primeros en número infinito
Estaban al honor haciendo guerra;
Y de mandar hollando el apetito,
Que de la eterna patria nos destierra,
Lucian con bellísimas colores,
Vestidos en ufanos resplandores.

Arsenio que de Arcadio el magisterio,
Y el palacio dejó del griego altivo,
Del gran Teodosio el soberano imperio
Mirando estaba con desprecio esquivo;
Y el Damaceno en bajo ministerio
Por hollar el espíritu nocivo
De la añeja ambicion que le seguia,
Espuertas donde fué señor vendia.

Alexio entre mil luces dibujado,
De Jesus cual imagen verdadera
A vista de su esposa maltratado,
Solo y sufrido estaba en su escalera;
Y otro su imitador mozo esforzado,
Y humilde monge que en su edad primera
Pobre murió en la casa de su padre,
Desconocido dél y de su madre.

Azotado tambien el gran Macario
Con popular y turbulento ruido
Por monge infame y torpe fornicario,
Resplandecia en sombras abscondido.
Teodoro en nombre y en sucesos vário
(Pues fué muger y por varon tenido)
Con hábito de fraile allí se via,
Que semejante falsedad sufria.

Y al buen Domingo de humildad maestro
Arrojaban hereges en el lodo,
Y él en paciencia ejercitado y diestro
Rostro alegre mostraba y dulce modo.
Y el hombre serafin del cielo nuestro,
De las virtudes un segundo todo,
Entre piedras y vulgo ardiendo estaba
En Dios y las injurias despreciaba.

Y de estos patriarcas venerables
De las dos celestiales religiones
Habia en la pintura innumerables
Hijos de valerosos corazones:
Un Pedro entre sufridos admirables
Admirable señor de sus pasiones;
Y un Luis monarca, de humildad ejemplo
Que de la fama llena el ancho templo.

Mas Enrique Suson de arnes tranzado
Sobre un cielo de estrellas parecia
Desde los pies á la cabeza armado
Con que inmensos trabajos padecia;
Y un mastin fiero á su derecho lado
Que un lienzo con los dientes deshacia;
Por que cual lienzo vil le deshicieron
Las lenguas que despues le acometieron.

Aqueste tuvo como propio nombre,
Por premio de su altísima paciencia,
El amado de Dios ¡oh sobrenombre,
Nuevo y grande apellido y escelencia!
Las obras conformó con el renombre,
Y al cabo de una estraña penitencia
No pasó dia sin afrenta y daños,
En muchos, luengos y penosos años.

Los Guillermos humildes y sufridos
En infusos conceptos se mostraban;
Y los Nolascos del amor vencidos
De Dios, haciendas y honras despreciaban;
Y los Ignacios en virtud seguidos
La Iglesia con su ejemplo edificaban;
Y dibujados en el alma ilustre
De Cristo recibian nuevo lustre.

Estos y otros gravísimos varones,
En valiente paciencia memorables,
De injurias y deshonras y baldones
Tenian sed y pechos insaciables,
Por imitar en algo las pasiones
Del Hombre Dios del todo inimitables;
Y así la ciencia infusa y peregrina
En él los retrató con luz divina.

Y si determinado no estuviera
A no admitir en su rigor consuelo,
Esta lumbrosa escuadra se lo diera
Con su fuerte paciencia y raro zelo;
Pero quiso beber pura y entera
La horrible copa que le daba el cielo
Para ofrecer en méritos mayores
Por los mismos al Padre sus dolores.

Y así la noche toda en peso estuvo
Afrentas padeciendo ignominiosas,
Y la batalla intrépido mantuvo
A las estigias furias venenosas;
Pero entretanto que el Señor sostuvo
Los golpes de sus armas enconosas,
Sufriendo al hombre y al querub pasmando
Dióle tal guerra el enemigo vando.

¡Pedro que por su amor mostró ardimiento
Desenvainando impávido la espada,
Y á quien él de su Iglesia hizo cimiento,
Dejándose vencer de vil criada
Le agravia con ingrato negamiento!
Pero su Amante fléchale mirada
Que su broncíneo pecho en cera vuelve,
Y en saludable lloro le resuelve.

Entretanto que Cristo no reposa,
Y no reposa Pedro arrepentido,
La legion del averno temerosa
Su perdicion en ambos casos vido,
Por que atendió con vista cautelosa
Al llanto del apostol afligido,
Y á los ojos de Dios que tan serenos
Obraron tal prodigio de amor llenos.

Consideran de Cristo las grandezas,
Del mundo el venerable acatamiento,
Y en tantas y gravísimas vilezas
El jamas irritado sufrimiento;
Y el escelso valor de sus proezas
En medio de tan grande abatimiento;
Y en todo la quietud modesta y fuerte
Pásmalos y razonan de esta suerte.

«Si este nuestro enemigo es hombre puro
« En tenerse por Dios pecado hubiera,
« Y tan firme, tan grave y tan seguro,
« Tan sereno y humilde no estuviera.
« El daño que esperábamos futuro,
« La pena que temíamos postrera
« ¡Oh dolor! ya la vemos : no se halla
« Tanto valor en hombre en tal batalla.

« Alguna traza en padecer oculta
« Tiene para asolar nuestro gobierno,
« Y en viles asperezas la sepulta
« Por que el rey no la entienda del averno.
« Si es traza suya, inmenso mal resulta
« Al gran imperio de Luzbel eterno.
« ¡Tal vez querrá muriendo dar la vida
« A la prole de Adan envilecida!
« No consintamos, ángeles prudentes,
« Que en cruz espire cual varon injusto:
« Impidamos con ánimos valientes
« Aun del morir infame su mal gusto. »
Los espíritus dicen impacientes
Del viperino ejército robusto.
A Lucifer el caso se consulta,
Y que no muera el Salvador resulta.
Procuraban los príncipes hebreos
Que Cristo en afrentosa cruz muriese;
Mas cumplir no podian sus deseos
Sin que Pilato la sentencia diese.
Fingieron los demonios sus rodeos
Por que á la ejecucion no se viniese,
Temiendo de perder su monarquia
Si por los hombres Dios en cruz moria.

Pilato era gentil, y era casado;
Y por aquí Luzbel trazó su enredo;
A un demonio en fingir exercitado
Mandó que á su muger pusiese miedo.
El angel en Mercurio transformado,
Su figura tomó gozoso y ledo,
Mintiendo ser de Júpiter el nuncio
Que le llevaba trabajoso anuncio.

Ya se aparece en hábito radiante
A la dormida esposa del supremo
Poncio y le dice : « Soy Mercurio, amante
« De la ciudad de Rómulo y de Remo :
« El mal deshago, el bien pongo delante;
« Yo procuro la paz, la guerra temo;
« Y por el sumo Jove soy mandado
« Para ventura de tu esposo amado.

« Hoy el concilio de la gente hebrea
« A un justo vá cual reo á presentalle,
« Al cual muerte injustísima desea,
« Pues quiere siendo tal crucificalle :
« Negra perfidia y falsedad emplea
« Su artificio fatal en arruinalle.
« Díle que de la muerte á Jesus libre
« Antes que rayos el Tonante vibre. »

Dice y el aire disipado y suelto
Del fantástico cuerpo que movia,
Y en invisible espíritu resuelto
Quédase allí esperando el nuevo dia
Y del palacio entre la turba envuelto
Para alcanzar el fin que pretendia.
Del presidente la dormida esposa
Con la vision se pasma temblorosa.

Atónita y con mente alborotada,
Espavorida y con temor despierta,
Y entre asombros y sombras espantada,
Qué hacer no sabe, qué decir no acierta:
Alza la frente al fin, y así esforzada
Mueve el pie, deja el lecho, vá á la puerta,
Abre, vocea, llama á su familia,
Y amistad con sus dioses reconcilia.

Despertaron las viejas y prudentes
Amas que cerca de su lecho estaban,
Y por saber el caso diligentes
De la causa y efectos preguntaban:
Aquietóse la dama, á las sirvientes
De cordura menor, que mas instaban,
Mandó salir, y á las de rueca y huso
De su Dios la amenaza les propuso.

Y despues inquirió para su intento
De Jesus la doctrina y calidades :
Ellas por darle en su temor aliento,
Le contaron algunas falsedades,
Que cual gentiles y sin fiel cimiento,
Fábulas envolvieron en verdades.
Mas entre todas una egregia anciana
Hablando así dió muestras de cristiana.

« Escucha atenta, escucha los portentos
« Del celestial varon, que á mi memoria
« En confuso tropel vienen por cientos :
« Te hablaré sin guardar órden de historia,
« Que no son estos de ordenar momentos,
« De los mayores de verdad notoria,
« Pues muchos de ellos he yo propia visto
« Pasmada del poder de Jesu-Cristo.

« Una muger que flujos padecia
« Sanó al tocar su túnica preciosa.
« Un hombre que la luz del sol no via
« Desde que recibió la vida odiosa,
« Abrió sus ojos al brillante dia,
« Muriendo de placer, cuando piadosa
« La mano de Jesus á sus pestañas
« Llegó, de grande amor vertiendo hazañas.

« En convite de bodas desventura
« Fué la falta del nectar purpurino :
« Su tierna Madre de sin par dulzura
« Le hizo presente que faltaba el vino;
« Y en licor convirtiendo el agua pura
« Mostró cual era su poder divino
« El Hijo regalado de Maria,
« Que á los esposos dió tanta alegria.
« Una obstinada pecadora bella
« Ardiendo en llamas de pasion maligna
« Llevaba á muchos jóvenes con ella
« Al suplicio eternal; pero benigna
« Del amor de Jesus le entró centella
« En el impuro corazon y digna
« Fué de los cielos por la amarga pena
« De sus antiguas culpas Madalena.
« Sanma infeliz dentro de sí tenia
« Una legion de espíritus precitos,
« Y con furiosa frenesí rugia;
« Oyendo Cristo sus infandos gritos,
« Movióse á compasion de su agonia
« Y dijo en voz altísima : « Malditos,
« De ese cuerpo salid antes que vibre.... »
« Y quedó Sanma de demonios libre.

« En el desierto muchedumbre inmensa
« Le rodeaba de escucharle ansiosa;
« El angustia del hambre era ya intensa
« Y no se hallaba allí comible cosa;
« Mas por que estuvo de su voz suspensa,
« El hambre y sed sufriendo rigurosa,
« Agradecido el Santo á sus afanes
« A cinco mil sació con cinco panes.

« Otra vez predicando en una nave
« Al pescador mandó tender las redes,
« Y de su buena suerte echar la clave,
« Diciéndole: «En mi nombre echarla puedes.»
« Y como con verdad todo lo sabe,
« Y hace con sumo amor estas mercedes;
« Tantos peces juntó que reventaba
« La red y por mil partes se rasgaba.

« Ya mas de siete lustros padecia
« Un infeliz perlático tullido;
« Y en su penoso lecho residia
« De afliccion y dolores consumido:
« El desmayado espíritu vivia
« En solo piel y huesos detenido.
« El gran Profeta díjole: « Tu lecho
« Alza y vete. » Y al punto así fué hecho.

«Exánime y helado podredumbre
«Era Lázaro ya : corre, deshecho
«El corazon de acerba pesadumbre,
«Su santo Amigo á su sepulcro estrecho:
«Gemebunda con él vá muchedumbre;
«Llega y arranca del profundo pecho
«Hondo clamor que lúgubre retumba.
«¡Se lanza vivo el muerto de la tumba!
«Estas y otras ha obrado maravillas
«Que de olimpo los dioses soberanos,
«Cuando bajaban de sus aureas sillas,
«Hacer solian por sus propias manos;
«Y quise por estenso referillas,
«Para que sus prodigios sobrehumanos
«Nos enseñen que es hijo de algun padre
«Mayor y mas subido que su madre.
«Y que Dios grande el Nazareno sea,
«Lo asegura el Tabor maravillado,
«Donde una voz del cielo clamorea
«Que del Padre eternal es hijo amado
«El sublime Jesus, á quien rodea
«De alma Divinidad fuego sagrado,
«Y cuya faz resplandecida asombra
«Al mismo sol, que ante su luz es sombra.»

Pavorida la esposa de Pilato
A la elocuente anciana oye confusa;
Y atónita no mueve en luengo rato
La lengua que de asombro hablar rehusa:
Ya el Hombre Dios le es admirable y grato,
Ya á los judios de maldad acusa.
« ¡ Sino le libras, Poncio! ¡ ay de tí! » esclama
Y por su esposo lágrimas derrama.

Canto Tercero.

CANTO TERCERO.



La blanca aurora con su rojo paso
En nubes abscondida caminaba,
Y los celages del oriente raso
De oro confuso y turbia luz bordaba.
Gemia el aire; el sol del triste ocaso
Semblante melancólico sacaba:
El ave de dolor enmudecia,
Y en los bosques del sol la fiera huia.

Solo Caifás mas que las bestias bruto
De la aurora no via el paso lento,
La escaseza del sol, del aire el luto,
Y de las aves el callar atento,
Del mar turbado el funeral tributo,
De los peces el tardo movimiento,
Y de las bravas fieras los enojos,
Por que la envidia le cegó los ojos.

Airado y diligente con estremo
A consejo llamó ¿Quien tal pensára
Que para sentenciar al Dios supremo
A consejo en la tierra se llamára?
Junto ya todo el cónclave blasfemo
Reo de muerte al Salvador declara:
Manda que á su presencia atado venga
Y hácele Caifás odiosa arenga.

Llaman luego testigos insolentes,
Y dice cada cual cien falsedades:
Unos que come con diversas gentes,
Y algunas de menores calidades:
Otros que en el lavarse negligentes
Sus discípulos son. ¡Ved que maldades!
Otros que en Belzebut saca demonios;
Y no eran convenientes testimonios.

Mas vienen á la postre dos falsarios
Encaramando un grave mal ejemplo,
Y deponen que ha dicho en tiempos varios:
«Yo desharé de Dios el sacro templo.»
Mientras vosotros, pérfidos contrarios
Así mentis, al Redentor contemplo
Con rostro humilde y mesurada vista,
Que amansa fieras y áspides conquista.

Presas atras las liberales manos,
Y con sogas ceñido el santo cuello.
¿Manos tales á nudos tan tiranos
Entrega Dios y da cuello tan bello?
Desquíciense los polos soberanos,
Y sino llora el hombre, tiemble de ello.
Calla Jesus; pero Caifás le dijo:
«Por ventura eres tú de Dios el Hijo?»

Responde el Salvador grave y sereno:
«Tú dices la verdad, y aun mas te aviso
«Que el Hombre-Dios de resplandores lleno
«Y en nube orlada de radiante friso,
«Y á la del Padre inmensamente bueno
«Diestra divina, con humano viso,
«Vendrá sentado en retronante pompa
«Cuando los orbes su venganza rompa.»

El pontífice impio ardió en furores
Que su vestido desgarrar le hicieron;
Y aquellos ominosos consultores
«Digno es de muerte» al punto respondieron.
Y al rostro de divinos resplandores
Con sus horrendas bocas escupieron.
¿Esa es cara, Señor, para escupilla?
¿Cara de quien el sol se maravilla?

Era el dia de pascua venerable,
En que su ley negábales licencia
Para la ejecucion abominable,
Aunque se dió de muerte la sentencia;
Y el nefando concilio inexorable,
Escrúpulo fingiendo de conciencia,
Quiso á Pilato proponer la causa,
Por no hacer ni un instante en ella pausa.

Y todos juntos con ligero paso,
Con furia, con tropel, con alboroto
Cuenta le van á dar del grave caso,
De su antiguo temor el velo roto.
¡Oh sol, en alumbrar muéstrate escaso,
Y tú, tierra, levanta terremoto,
Por que atadas las manos no se vean,
Que mundos forman y querubes crean!

Del palacio del príncipe inclemente
Sacan al buen Jesus con sogas preso;
El vá con faz serena y dulce frente,
Muestra de amor y de piedad esceso:
Corre admirada y en tropel la gente
A preguntar la causa del proceso;
Y unos heridos de dolor le siguen,
Y otros ardiendo en saña le persiguen.

Llega al pretorio ya del presidente
Lleno de oprobios y de golpes Cristo:
El romano se alegra interiormente
De haber al hombre portentoso visto:
Luego la hebraica venenosa gente,
Que no cede en maldad al Antecristo,
Con lenguas atrevidas y veloces
Vibra calumnias en horribles voces.

Preso, mas con semblante generoso
Jesus estaba y con serena cara,
Grave, intrépido, escelso, valeroso
En medio al escuadron que le injuriára:
Notó aquel proceder maravilloso
Pilato y vió con evidencia clara
Muestras de rey en él y así miróle
Con asombro y taimado preguntóle.

«¿ Eres por dicha rey de los judios?»
Y Cristo : « No es mi reino de la tierra,
« Que si lo fuese, los vasallos mios
« Me libráran, le dijo de esta guerra ;
« Ellos mostráran bien sus justos brios
« Contra el senado que en prenderme yerra ;
« Mas al fin no es mi reino de este mundo.»
Y aquí calló el saber de Dios profundo.
¿ Luego rey eres? dijo el presidente.
Y respondióle Cristo mesurado :
« Tú dices que soy rey de aquestá gente ;
« Pero el sayal del hombre yo he tomado
« Para dar testimonio conveniente
« De la verdad, que al mundo he predicado ;
« Y el que es de la verdad mi voz escucha,
« Que es grande su valor, su fuerza mucha.»
Aquí Pilato dijo : « Yo no hallo,
Hablando á los injustos fariseos,
« Cierta razon que obligue á senteciallo. »
Con lo cual se frustraron sus deseos ;
Mas se cierran ¡ ay Dios ! en condenallo
Fingiéndole adalid de galileos ;
Y que alborota el mundo, le replican,
Y furiosos clamores multiplican.

Se habia secta aleve levantado
Que al Cesar el tributo dar negaba,
Y tuvo su principio ya fundado
En gente galilea inculta y brava;
Parecióle por esto al mal senado
Que al manso Salvador acriminaba,
Por que de esta maldad á los autores
Punido habia el Juez con mil rigores.

Aquesto pretendió la farisea
Turba feroz; empero el presidente,
Entendiendo que Cristo en Galilea
Vertido habia plática elocuente,
Y que el monarca atroz de la Idumea
Se hallaba en la ciudad, mandó impaciente
Que llevasen al Hijo de Maria
De Herodes crudo á la presencia impia.

Sale bramando la enemiga y fiera
Horda de aquellos bárbaros fiscales,
Y llevan al Señor de una carrera
Del déspota Idumeo á los umbrales:
Prisa todos le dan, nadie le espera;
Grítanle los ministros infernales;
Y él preso y acezando y con la carga
De nuestra culpa y pena el paso alarga.

¡ Oh tú que así le llevas, hombre duro,
Sino en peñasco, en tigre convertido,
Ya que no subes por tu ingenio oscuro
Al ser de Dios el ánimo abatido ;
Y el llameante trono escelso y puro
Donde habita de soles mil vestido,
No contemplas; ó bárbaro, siquiera
Advierte y mira ese varon quien era.

¡ Mas ay que aprietan sogas su garganta
Alabastrina y corredizo nudo
Esta y aquella mano ilustre y santa
Ciñe y desuella con dolor agudo!
El rostro á quien el cielo salmos canta
Con deshonras ofende el pueblo rudo;
Polvo le cubre y el sudor sangriento
Le tiñe y cansa y quita el sacro aliento.

El inefable Verbo poderoso
A la mansion real de Herodes llega;
Y alégrase de verlo el ambicioso;
Mas con su sacra luz se ofusca y ciega :
Está el Señor callado y valeroso;
Ni su pro afirma, ni su daño niega;
Y están los fariseos enemigos
Presentando ante el rey falsos testigos.

Acúsanle que á toda Galilea
Deja confusa y tiene alborotada,
Por que con esto el rey tirano vea
Su causa con envidia emponzoñada:
Réprobo Herodes su artificio emplea
En sondearle en voz desentonada;
Y exige del Factor del firmamento
Que ante sus ojos haga algun portento.

¡ Oh magestad, oh magestad humana,
Que al mismo Dios despótica pretendes
Sugetar con desden y alteza vana,
Y cuanto mas te elevas, mas le ofendes!
Mira que es la potencia soberana,
Que en sagrado furor contra tí enciendes,
De infinita grandeza y poder sumo;
Y tú ceniza vil y polvo y humo.

El Verbo con silencio venerable
No responde al tirano mal nacido;
Y él ya muestra la boca y rostro afable,
Ya el rostro y pecho en cólera encendido:
Ya le acaricia plácido y amable,
Ya le amenaza estraño y desabrido;
Ya es de amor, ya de odio la batalla;
Y el Príncipe de paz á todo calla.

Mas su hondo silencio humilde y sabio
El rey juzgó por cierta y gran locura;
Y mofó dél con desdeñoso labio,
Necia fingiendo á la mayor cordura;
Y mandóle poner ¡ injusto agravio!
Una blanca y luciente vestidura,
Por que burlasen dél tenido en poco,
Viéndole como rey, pero rey loco.

Y váse luego y déjalo en las manos
De pages mil al gusto aduladores,
Y de otros lisongeros cortesanos,
Que con injurias compran sus favores:
Agradarle apetecen inhumanos;
Y al que visten eternos resplandores
Visten infame y afrentosamente
Por escarnio de ropa refulgente.

Ya le apellidan vil samaritano,
Ya revoltoso, ya de mal linage;
Ya pobre, ya soberbio, ya profano,
Ya de menos católico lenguage;
Y añaden ¡ oh misterio soberano!
Agora á todos ellos este ultrage;
Y por loco frenético le cuentan.
¿De qué te hinchas, polvo, si te afrentan?

Al presidente del latino suelo
Manda Herodes volverlo despreciado;
Mas para dar el Padre algun consuelo
A su inefable Verbo baldonado,
Un estendido y reluciente cielo
Con infinitas luces dibujado,
Que ha merecido su ínclita paciencia,
Le hace ver con bondosa providencia.

« ¡Ah si por loco te desdeña el mundo,
« Le dice, y por mi gloria lo padeces,
« Innumerables de saber profundo
« Varones á tu Iglesia le mereces!
« En tus afrentas cual en polos fundo
« Este cielo en que ufano resplandeces,
« Cual sol divino entre las lumbres bellas
« Dando luz de doctrina á tus estrellas.

« Hijo, levanta tus amables ojos
« Oscurecidos con tan nueva injuria,
« Y apártalos así de tus enojos,
« Y ve de sabios esta ilustre curia,
« Que son de tu victoria los despojos
« ¡Oh cuerdo vencedor de loca furia!»
Ve entonces en su Padre dibujado
Un cielo intelectivo y estrellado.

Allí estaban los cuatro evangelistas
Cual sagrados luceros alumbrando,
Del Sol eterno sabios coronistas,
De su inefable luz participando;
Y otros de aquella edad doctos salmistas,
Que á Dios en dulces versos alabando,
De Cristo compusieron los cantares,
Que hoy entona la Iglesia en sus altares.

Ignacio el mártir digno de memoria,
De tradiciones santas puro archivo,
En mil rayos envuelto de alma gloria,
Lanzaba resplandor gracioso y vivo;
Y el gran Dionisio en la feliz victoria
Que alcanzó del prefecto vengativo,
De sacros escritores entre el coro
Bañado estaba en piélagos de oro.

Y Atanasio á hereges arrianos
Cometa infausto y de este hermoso cielo
Grande estrella de efectos sobrehumanos,
Daba al oriente universal consuelo:
Y Basilio y sus dos sabios hermanos
Vense lanzar de vigoroso zelo
Relámpagos que en luz al sol vencian;
Y entre sombras de injurias mas lucian.

El gran Teólogo insigne de Nazancio
En colores pintado milagrosas,
Enseñaba verdades en Bizancio,
Y afrentas padecia vergonzosas;
Y el que en destierro y con mortal cansancio
Perseguido de lenguas envidiosas
Murió y la boca tuvo de oro fino,
Mostraba allí su resplandor divino.

Y á Cirilo que al pérfido Nestorio
Contradice con ánimo valiente,
Uno de Egipcios ínclito auditorio
Veneraba escuchando atentamente;
Y de Griegos un docto consistorio,
Como cerco de estrellas refulgente,
Con claridad augusta despedia
Vivos rayos de sacra teologia.

Agustino tambien, inmensa lumbre,
Gran defensor de la divina gracia,
En aquella de sabios alta cumbre
Mostraba su dulzura y eficacia:
Y con fuerte y terrífico relumbre
El doctor elocuente de Dalmacia
Que en Belen habitó, rayos lanzaba
Con que á Pelagio en sombras sepultaba.

Y Ambrosio, padre del valor perfeto,
Y asombro de tiranos formidable,
A quien Milan guardó sumo respeto,
En ciencia relucia inestimable;
Y Gregorio, pontífice discreto,
Sabio, prudente, justo, venerable,
De patricio linage y santa vida,
Con luz centelleaba esclarecida.

Y los de Pedro dignos sucesores
Desde su eterna cátedra invencible,
De la fé denodados protectores
Con doctrina triunfaban infalible;
Y otros de la verdad claros doctores
Centellas de un ardor inestinguible
Daban al cielo, con que el cielo ardia
Y en alma caridad mas se encendia.

Miró tambien el Verbo soberano
En sacra religion lumbreras bellas,
Tantas que esceden al ingenio humano
Que en número distinto quiere vellas:
Cual luna hermosa resplandor ufano
Entre el coro gentil de sus estrellas
El insigne Domingo despedia,
Y en ciencia y fuego, en luz y amor ardia.

Y el angel y doctor maravilloso,
Y de la teologia verdadera
Rio de aguas y rayos caudaloso
Reverberaba en la luciente esfera;
Y el mártir en el púlpito famoso
Que la fama pregona vocinglera,
De colores y lumbres retocado
Se mostraba en conceptos dibujado.

Y el apacible en santidad Jacinto,
Apostol incansable de Polonia
Con clara luz y resplandor distinto
Alumbraba á la oscura Babilonia;
Y entre los grandes que en tu cielo pinto,
Alberto, el grande Alberto de Colonia
Favorecido de la Reina ilustre
Que es de Dios madre, al mundo daba lustre.

Y el alma de las leyés decretales,
Raimundo, espanto y honra de los reyes,
De la gloria mostraba los umbrales
Con sus rayos de luz y santas leyes:
Y Catalina cuyas huellas reales
Devotas mil y religiosas greyes
Iban siguiendo en obras y doctrina,
Ciencia brotaba infusa y peregrina.

Y tú, padre de insignes agudezas,
Escoto, en argüir jamas vencido,
Meditabas profundas sutilezas,
De rayos cual pirámides ceñido.
Y otros de la virtud raras proezas,
Y de la ciencia honor esclarecido,
Y de este cielo vivos resplandores,
Se mostraban allí claros doctores.

Y la gran Religion de muchos sabios,
Que lleva de Jesus el dulce nombre,
Contra los que á la fé lanzan agravios,
Eternizaba su inmortal renombre:
Hoy con mil lenguas habla y con mil labios
Para que al mundo su esplendor asombre:
Y dibujada allí tambien se via
De tierna juventud piadosa guia.

Finalmente varones infinitos,
De este cielo gentil gloriosos astros,
Cartujos y Bernardos y Benitos
Dejaban de su honor lucidos rastros;
Y en lenguas dulces, tersos en escritos
Mas que limpios y bellos alabastros,
Con ciencia y con piedad la Iglesia honraban
Y con su luz allí lo declaraban.

Iba pues Cristo viéndolos atento,
De su virtud y letras agradado,
Y padecia su dolor contento
Por verse de sus lumbres rodeado;
Y con este subido pensamiento
En consolantes éstasis alzado,
Otra vez con la turba irreverente
Al palacio llegó del presidente.

Entanto en su aposento recogida,
Llorando de su Hijo y Dios piadoso
La pasion dada pero no advertida
Por aquel pueblo en ceguedad famoso,
La soberana Virgen dolorida
Revolviendo en su pecho temeroso
Grandes misterios á su pena iguales,
A los cielos mandaba voces tales.

« ¡ Ay su gracioso y apacible cuello
« Ciñen cordeles, sogas atormentan;
« La barba ilustre y el sutil cabello
« Le mesan manos y uñas ensangrientan !
« ¡ Ay su serena frente y rostro bello
« Verdugos viles con rigor afrentan !
« ¿ Y tú, Padre, lo ves ? ¿ oh Padre amado,
« Estás del Hijo igual á tí olvidado? »

Oyendo entanto el Padre de la gloria
Su lloro y oracion blando y atento,
Llama á Gabriel, haciéndole notoria
Su inescrutable mente en un momento;
Infórmale con ella la memoria
Y le da luz de su divino intento,
Y plácido le envia y bondadoso
En Maria á verter solaz precioso.

Veloz rasgando el zafirino cielo
Mueve Gabriel las alas sacrosantas;
Rápido llega al ominoso suelo
En que Jesus padece penas tantas;
Y con devoto y dolorido anhelo
Se postra de la Virgen á las plantas,
Que llevando la luna por chapines
Gloriosas huellan altos querubines.

Cual finas perlas sobre ardiente grana
Esparcidas á trechos con destreza,
Y como de la cándida mañana
El rocio en la flor de mas belleza;
Así mira en la Reina soberana
De la maternidad y la pureza
El angel las mejillas milagrosas
Bañadas en sus lágrimas hermosas.

« Esfuérzate á sufrir del Hijo amado,
Le dice, la pasion y acerba muerte,
Que así lo tiene Dios predestinado,
Y trazarse no puede de otra suerte:
Hoy será el Redentor crucificado.
¡Ay dolor, ay dolor, ay dolor fuerte!
Mas su victoria, triste Madre, escucha
Por que se temple tu congoja mucha.»

« Jesus al limbo bajará triunfante
Bañada en gozo su ánima gloriosa,
Y como sol de gracia rutilante
Dorará el centro de la noche umbrosa;
Y quebrará las puertas de diamante,
Y la cautiva gente jubilosa
Recibirále con alegre canto,
Enagenada en delicioso encanto. »

«Pero ya deja la mansion oscura
El alma del Señor y tremolando
Gloriosos estandartes de luz pura
Mil ángeles le cercan, celebrando
Su escelsa magestad y su hermosura;
Los aires en fulgor arrebolando,
Tambien le siguen las cautivas almas,
Ledas vibrando victoriosas palmas. »

« Llegando al aura pura ¡qué favores
Derramará en sus nobles prisioneros!
¡ Cual mostrará los férvidos amores
De que signos ha dado verdaderos!
Cercarlos ha de santos resplandores
Y ceñirálos de ángeles guerreros,
Y aguardará el instante en que glorioso
El yugo rompa de la muerte odioso. »

« Apenas pues el alba placentera
Lloverá aljofar en el verde prado,
Y alegre esparcirá la primavera
Sus flores á la luz del sol dorado,
Cuando el Sol sacro de la empírea esfera
Que en el oriente de su Padre amado
Eternidades vive, al tercer dia
Su cuerpo animará con alegria.»

« Suele una parda nube que oscurece
Al sol, haciendo al occidente sombra
Mientras la gran lumbrera no aparece,
Parecer que con luto el aire alfombra;
Pero si el sol en ella resplandece,
Ni ya quita la luz, ni al cielo asombra,
Antes como preñada de mil soles
Se enviste de gloriosos arreboles;»

« Así en entrando el alma refulgente
De Cristo en aquel cuerpo inestimable,
De oscuro lo pondrá resplandeciente
Con luz rara y belleza inimitable:
No hay acá semejanza conveniente
A aquella perfeccion incomparable,
Que es tierra lo de acá y es mas que cielo
El cuerpo que es á Dios ornato y velo. »

« ¿Mas qué diré de las heridas bellas
Que en los pies, en las manos y el costado
Conservará para mostrar con ellas
Su amor divino y corazon llagado?
Ni el terso relucir de las estrellas,
Ni el rayar de la luna plateado,
Ni el cielo empíreo con su llama pura
Es huella de su nítida hermosura. »

« Así la grande losa penetrando,
Saldrá lleno de ilustres resplandores,
Y gracias y dulzuras desplegando,
Al dia prestará luces y flores;
Y al terrible escuadron y fiero vando
De los muchos soldados veladores,
Que le habrán puesto allí los fariseos,
Espantará, admirable en sus trofeos. »

« ¡ Pero con qué placer las almas pias
Humildes le darán dulces abrazos,
Lanzando por sus ojos alegrias
Y estrechándole á sí con dulces lazos!
Tenderán con devotas cortesias
Sus invicibles, amorosos brazos,
Cual por la pies y cual por la garganta
Y cual por la cintura sacrosanta. »

« ¡ Y con qué besos tocarán gloriosas
Aquellas de su amor seguras prendas,
Que entonces le serán llagas hermosas,
Y ahora son heridas estupendas!
¡ Y ellas como reliquias victoriosas
De las que hoy sufren ásperas contiendas,
Cuanto se dejarán besar afables!
¡ Cuanto se dejarán gozar amables! »

« ¡Cuan melodiosos ángeles cantores
Los aires llenarán de voces claras,
Previniendo á los dulces ruiseñores
Y venciendo en cantar sus lenguas raras;
Que si le dieron al nacer loores
Cuando le eran las músicas tan caras,
En la resurreccion del cuerpo hermoso
Canto mas dulce le darán glorioso! »

« He aquí deshechos, Reina, sus trabajos;
He aquí su carne ya glorificada,
Que afrentas viles y desprecios bajos
Sufriendo vá, del hombre enamorada.
Pero escucha los tiernos agasajos
Que ha de hacerte¡oh placer! Madre adorada,
Y como en mar de gozo ahogará en ellos
La gran tristeza de tus ojos bellos.»

« O Virgen, estarás entonces llena
De dolor grave, de tormento amargo,
De afan cercada, sumergida en pena,
Y un punto juzgarás por tiempo largo;
Si bien con fuerte pecho y faz serena
Harás al Padre tu amoroso cargo
Pidiendo que á tu Hijo resucite,
Y su gloria y tu amparo solicite.»

« Y cuando esté con mas pesar, Señora,
Tu ánima triste, oscuro tu aposento,
Antecediendo al paso del aurora
El Sol te nacerá de tu contento;
Y con su luz á quien el cielo adora,
Herirá tu bel rostro macilento,
Y llenará esta sala de mil rayos,
Causándote de amor dulces desmayos. »

« Vendrá Jesus de arcángeles ceñido
Y puras almas en su luz ardiendo,
Su cuerpo cercarán resplandecido
Con alborozo sumo y gran estruendo:
Al Hijo que miraste fallecido
Le verás fuentes de placer vertiendo;
Diráte: « ¡ Oh Madre! » y tú dirásle: ¡ Oh Hijo! »
El en tí, tú en su rostro el rostro fijo. »

« Abrazarásle y él daráte abrazos,
Besaráte y darásle dulces besos,
Echarásle á su cuello íntimos lazos
Y contigo el hará suaves escesos.
¡ Oh quien dividirá tan lindos brazos
A tan gloriosos brazos tan bien presos!
Besarás de sus pies las nobles llagas
Y allí recibirás gloriosas pagas. »

« Sus manos cogerás, o Virgen pura,
Y apretarásłas con tus manos bellas;
Maravillada así de su lindura,
La tu lindura mirarás en ellas:
De su costado beberás dulzura
Y beberás de amor vivas centellas;
Y verás en su alegre y linda cara
Sol, luna, estrellas, cielo, lumbre clara. »

« Pedirásle, Señora, que se quede,
Que se detenga mas, que no se vaya,
Que otra vez torne, pues hacerlo puede,
Y que de tu dolor compasion haya:
Dirásle que quien ama nunca escede,
Aunque en el regalar pase la raya.
¿Mas qué no le dirás de tus amores,
Y él qué no te dará de sus favores? »

« Conversando con él afablemente
Preguntarás llorosa qué sentia
Cuando le vias de la cruz pendiente
Y él mas pendiente de su cruz te via.
¡Y él cual melifluo te hablará clemente
Del gran dolor que amando padecia,
Mas que sufriendo de la injusta muerte
El afrentoso afan y pena fuerte! »

« Tú, Virgen, le dirás que la ancha herida
De su costado tú la recibiste,
Y aunque su pecho penetró sin vida,
Abrió herida mas honda en tu alma triste.
¡Ah mirando en su rostro enternecida
La atroz corona que de espinas viste,
Hecha corona de radiantes flores,
Qué gozos le dirás! ¡oh qué de amores! »

Aquí llegó el devoto mensagero
Mientras la Madre-Virgen elevada
Regalaba su espíritu sincero
Con la historia del Hijo dibujada;
Y aquí paró el legado noticiero,
Y para la ocasion mas apretada
Conservó lo restante en su memoria
De la no sucedida y cierta historia.

Y con la augusta Emperatriz del cielo
Cual cortesano siervo diligente
Quedóse para darle algun consuelo,
Si era posible, al caso conveniente,
Que habitaban los ángeles el suelo
Que la Madre del Verbo omnipotente
Pisaba y vergonzosos la servian,
Y aun por indignos de ello se tenian.

Mientras el angel habla, el Rey divino
Llevado al tribunal del presidente
Humilde asiste en trage peregrino
Y con albo ropage refulgente :
Pilato al ver el pecho diamantino
De la obstinada y enemiga gente,
Delante de pontífices hebreos,
Hablando así se opone á sus deseos.

« Causa de peso, culpa de importancia
« Ni Herodes la encontró, ni yo la hallo
« En vuestro Rey, aunque con ruda instancia
« Procurais á la muerte condenallo.»
La farisea, pérfida arrogancia
Cierta de que no quiere sentenciallo,
Ardiendo de furor el grito esfuerza
Por que su decision Pilato tuerza.

Mirando el presidente su denuedo,
Temeroso de ciega pertinacia,
Muestra con pecho vil injusto miedo
A aquella desmedida contumacia:
Un punto se suspende, estáse quedo
Que del vulgo apetece al fin la gracia;
Y por otro camino intenta el hecho,
Juzgando que le guarda su derecho.

Era costumbre de esta gente dura
En la fiesta mayor que celebraba
Dar á algun reo libertad segura,
Y el pueblo todo la eleccion trataba:
Escoger al mas digno era ventura
Pues en manos del vulgo el bien estaba;
Pilato aprovechándose del uso
A Barrabás y á Cristo les propuso.

Habiendo su perversa envidia visto,
« ¿Quereis que á Barrabás agora os libre,
« O que os libre á Jesus que llamais Cristo?»
Así el prefecto del tirano Tibre;
Aquesto hacia por quedar bienquisto,
Y sacar al Señor de muerte libre.
¡Oh dolor, oh dolor! ¡Ay! ¿Quien creyera
Que Dios con homicidas compitiera?

El pueblo todo los delitos via
De Barrabás ladron y sedicioso,
Que asesinatos cometido habia.
¡Ejemplo de humildad maravilloso!
¿Qué el mismo Autor de la inocencia pia,
El Sol de la justicia poderoso,
Dios en suertes compita con un hombre
De torpes hechos y de infame nombre?

Como en horrenda lid torbellinosa
Entre polvo y fragor y sangre y muerte,
Adonde la victoria está dudosa
Y pendiente de un fil la instable suerte,
El adalid fogoso no reposa,
Y llamas vivas por los ojos vierte,
Y á los soldados furibundo anima,
Al cobarde desprecia, al bravo estima;

Así la farisaica gente aguda
Corre, pretende, solicita, ruega,
Y del pueblo feroz el alma ruda
Con mil sofismas relumbrantes ciega;
Por que á sus fines pertinaz acuda
Al mas pequeño con amor se llega,
Y le pide y le alaba y le suplica,
Bienes propone y males multiplica.

Entre la turba popular mezclados
Atraviesan los príncipes hebreos,
Y en transfundir sus ímpetus dañados
Trabajan los inicuos fariseos,
Y en todo los escribas ocupados
Dan á beber sus pérfidos deseos
Al vulgo menos cauto y ambicioso,
Pero tan contumaz y tan furioso.

Preguntándoles pues ¿á quien eligen?
Dicen que á Barrabás el homicida:
Con su eleccion al presidente afligen,
Viendo el indigno á quien se da la vida;
Y por probar si en algo se corrigen
A la enmienda con traza les convida,
Y ansioso dice : «¿De Jesus qué haremos?»
Y contestan : «Que muera; respondemos.»

«¿Pues qué mal cometió? ¿Qué culpa tiene?»
Confuso el presidente les replica;
Y ellos instan : « Hacerlo así conviene
Y tu causa mejor se justifica.»
Y esta voz penetrando el aire viene:
« Presto muerte le da, le crucifica.»
Y en todos un espíritu malvado
Le pide puesto en cruz, en cruz clavado.

Pilato en el gravísimo semblante
De Cristo y la dulcísima mesura
Del bello rostro y ánimo constante
Notaba indicios de una gran cordura;
Cuando un aviso le llegó importante
Que el tuvo entónces por feliz ventura,
En el cual su muger le daba cuenta
Del sueño en que temió su mal y afrenta.

Mas entanto el furor, ferina saña
Y cruda envidia de la hebraica gente
El popular estrépito acompaña;
Atónito y confuso el presidente
De aquel ímpetu loco y furia estraña
No se atreve á seguir el fuego ardiente,
Ni á poner muro á su feroz deseo,
Y un medio escoge duro, odioso y feo.

Manda azotar á Cristo imaginando
Templar así la rabia borrascosa
De aquel perverso y enemigo vando,
Que ruge contra Dios y no reposa.
¡Juez indigno, ay de tí! ya estás sellando
Con la sangre del Justo generosa
Tu eternal damnacion! ¡ bajo tu planta
Ya abre el averno su voraz garganta!
¿Tú mismo no juzgaste su inocencia
Y en público por tal la confesaste?
¿No viste, dí, su célica prudencia
Y con frígido espanto la admiraste?
¿Tú mismo no tuviste reverencia
A aquel divino aspecto que alabaste?
¿Como á tanto castigo le condenas,
Si solo culpas son dignas de penas?
Pobre consideró Pilato á Cristo,
De condicion humilde y pecho afable,
Y con la turba popular malquisto
Y mas con el senado inexorable:
No habia de su parte y causa visto
Un defensor siquiera favorable,
Y así entendió que nadie se quejára
Aunque fuese la injuria enorme y clara.

No Cristo que silencio valeroso
Opuso en calma á su horrorosa ofensa,
Y un ánimo en sufrir maravilloso
Juzgó por ilustrísima defensa;
Ni aquel su apostolado religioso
Que á su amor dió tan mala recompensa.
¡Oh juez inicuo! ¿Ay usas de injusticia
Porque no hay quien reclame á tu malicia?

Mas quejaráse de ella el mismo cielo,
Y cubrirá su faz de horrible luto
Y al orbe triste negará el consuelo
De la luz clara que es su propio fruto:
Quejaráse tambien sentido el suelo,
Y á tan grave dolor dará en tributo
Piedras partidas con terrible espanto,
Que en ronquísimo son hagan su llanto.

Quejaránse las hondas sepulturas
Abriendo á los difuntos venerables
Con fúnebre pavor las cerraduras,
Por do giman en voces lamentables:
Y quejaránse todas las criaturas
Con signos de su pena memorables,
Pidiendo contra tí la afrenta horrible
De aquella Magestad inaccesible.

Manda el injusto que azotado sea,
Y dice al pueblo impio que azotado
Darle cumplida libertad desea,
Con el castigo viéndole enmendado:
Con esto su injusticia colorea,
Y complacer pretende al mal senado.
¿Qué hallaste ¡ oh ciego ! en ese Rey divino
Digno de correccion, de enmienda dino?

¿Los sermones que dice milagrosos,
Que ablandan pechos, justifican almas?
¿ Los prodigios que acaba misteriosos,
Merecedores de perpetuas palmas?
¿ Y que del mar los ímpetus sañosos
Convierte en frescas y apacibles calmas?
¿Que enfermos cura, resucita muertos,
Y multiplica el pan en los desiertos?

Lo manda empero y cúmplese al instante
Y Cristo vá á sufrir tan dura pena.
¿Dios á ser azotado? ¡al orbe espante
Tanta humildad de amor y asombro llena!
La ancha region del cielo rutilante,
Rica de gozo y de pesar agena,
Se estremeció y el Rey omnipotente
Llamó á sus cortes á la empírea gente.

La muestra sola de su digno imperio
En su divina mente declarada
Al ártico y antártico hemisferio
Hizo temblar de la region sagrada;
Y el sol paró su carro al gran misterio,
Y turbóse la luna plateada,
Y el bello coro de la octava cumbre
Con reverencia suspendió su lumbre.

Vinieron los espíritus hermosos
Que el rio beben de la eterna gloria
Desde el punto que humildes y animosos
A Lucifer ganaron la victoria;
Y á los palacios de su Rey preciosos,
Donde vive del hecho la memoria
En dibujos, que de oro se formaron,
Las rodillas devotos inclinaron.

Y abrió el ínclito Padre su hondo pecho
Aun á las sacras mentes ascondido,
Que es de Dios propio y singular derecho
El ser solo de sí comprehendido;
Y lo que habia en Cristo el mundo hecho
En una idea lo mostró esculpido,
Y la injuriosa y grave y triste afrenta
Que en azotarle como á siervo intenta.

Encogieron sus alas admirados
Los millares de ardientes serafines,
Y sus ojos cubriendo avergonzados,
Alto asombro embargó los querubines;
Los tronos abatieron espantados
Al suelo sus guirnaldas de jazmines;
Y las dominaciones esplendentes
Arrojaron sus cetros eminentes.

Los principados súbito se hundieron
En un abismo de humildad sensible:
Las sumas potestades voces dieron
Con justo zelo y ánimo irascible;
Y las virtudes mas poder pidieron
Para vengar la ofensa intransigible:
Los arcángeles gloria á Dios clamaron,
Y al hombre paz los ángeles cantaron.

Retumbó el cielo en fúnebre estampido
Con la estruendosa y triste voceria,
Y por única vez se oyó gemido
En la patria feliz de la alegria:
Mas ya al clamor silencio ha sucedido,
Y el que los mundos fabricado habia,
Tales ecos difunde tronadores,
Envueltos en un mar de resplandores.

« El hombre azota á mí sagrado Verbo
« Por el hombre á la tierra descendido:
« Honrad el espectáculo de siervo
« Que hacer á vuestro Rey he permitido:
« Le muestra el hombre corazon protervo
« Y él muestra al hombre corazon rendido;
« Id á cantarle célicos loores
« Para alivio y solaz de sus dolores. »

Dice; y ya baja por el aire á priesa
La multitud de espíritus al suelo,
Que de arreboles lindos lluvia espesa
Parece que despide el rubio cielo:
De amar á Dios y de cantar no cesa
En el discurso de su limpio vuelo
La bella escuadra, como á los albores
Del alba roja dulces ruiseñores.

Van á Salen y á Cristo maniatado
Ven y los ojos en la tierra puestos,
Los ojos de aquel rostro mesurado
Graves y con hermosa luz honestos:
Los ojos en que el sol avergonzado
Se mira como en soles dos modestos,
Los ojos que á las almas enamoran
Y el cielo de lucientes rayos doran.

Ven los ojos en tierra y ven las manos
Apretadas atras : las manos fuertes
Que adoran los empíreos cortesanos,
Y donde están del bien las varias suertes:
Las manos que los ínclitos ancianos,
Que huellan vidas y desprecian muertès,
Besan y rinden sus coronas bellas
Forjadas de purísimas estrellas.
Ven escupido el rostro venerable,
El rostro de su Dios ven escupido,
Y el cabello de obrizo inestimable
Enmarañado ven y escarnecido;
Y el cuerpo de belleza incomparable
De polvo y sangre y de sudor teñido,
Con sogas preso y ásperos cordeles,
Y cercado de bárbaros crüeles.
Vénlo y al verlo quedan estaciados.
« ¿Es este, esclaman, este el Rey eterno
« Que á nosotros espíritus sagrados
« Creó y mantiene con feliz gobierno?
« ¿El que sobre planetas remontados
« Con regia pompa en trono sempiterno
« Reina y tiene á sus pies las tempestades,
« Que pulverizan montes y ciudades?»

Dicen y al punto del mezquino suelo
Donde su Rey los mira en el pretorio
Con divino poder forman un cielo
Y celestial y angélico auditorio:
Humildes notan con ferviente zelo
Como desde supremo consistorio
El mayor espectáculo que han visto
Al santo amor representar de Cristo.

Canto Cuarto.

CANTO CUARTO.



Luzbel entanto en el profundo averno
Su mal publica, su dolor pregona
Entre abrasado estio y crudo invierno
Donde sustenta su infeliz corona:
Las bravas furias del odioso infierno
Junta; y así confuso les razona,
Lleno de espanto y con pavor terrible,
En pensamientos y en estruendo horrible.

« Mucho se encubre aqueste Dios humano,
« Mucho se encubre, no le he conocido:
« Ya me parece un hombre soberano,
« Ya un Dios á mil bajezas abatido:
« Tierras y mares he revuelto en vano;
« Estorvarle la muerte he pretendido.
« ¡Oh ruina de mi imperio! morir quiere.
« ¡Muera pues con mil muertes ya que muere!
« Tomemos de él terrífica venganza;
« En él hagamos espantable estrago:
« De quitarle el morir no hay esperanza;
« ¡Muera y de sangre vierta inmenso lago!
« Cada cual tiña en su dolor su lanza:
« Lleve del mal que nos ha hecho el pago.
« Arcángeles, volad, volad apriesa
« Al mundo en hueste formidable, espesa. »
Dijo y los furibundos escuadrones
De espíritus á rabia condenados
Suben á las diáfanas regiones
De los aires en clara luz bañados;
Y en centurias partidos y en legiones
Van vertiendo bramidos destemplados;
Y todos juntos al pretorio llegan
Y allí alborotan cuerpos y almas ciegan.

Corren á los pontífices hebreos
Y se mezclan con ellos derepente,
Y para transfundirles sus deseos
Les dicen con astucia de serpiente:
« En fin levantará grandes trofeos
« De vosotros, ó noble y sabia gente,
« Viéndose sano y de prisiones suelto
« Jesus y á su grandeza y gloria vuelto.

« Será con leve azote castigado
« Y saldrá luego de la cárcel libre,
« Y á fé que del pequeño mal curado
« En vuestro daño ardientes rayos vibre.
« ¿ Haràle por ventura estar callado
« Ese gran senador del regio Tibre?
« Pronto, pronto será que en vuestra mengua
« Ensangriente otra vez su mordaz lengua.

« Muera, muera el infame entre cordeles
« Ya que no ha de morir crucificado:
« A lo menos con látigos crüeles
« Y mortales azotes desangrado. »
Dicen y los pontífices infieles
Van con vuelo de saña alborotado
De verdugo en verdugo pretendiendo
Que Jesus muera en el suplicio horrendo.

Dánles dinero y hácenles promesas,
Con que á hervorosa furia los incitan;
Y ellos movidos con las mandas gruesas
Y con los dones mas y mas se irritan;
Y cual si fueran ínclitas empresas
Dar muerte á Dios, sus brazos habilitan:
Buscan azotes, látigos componen,
Y á la feroz hazaña se disponen.

Llegan pues los verdugos cohechados
Y comienzan con ímpetu furioso
A desnudar los miembros delicados
Del Señor de señores poderoso:
Con modo vil y agravios nunca usados
El vestido le arrancan religioso,
Que hecho fué por las manos virginales
De la Reina de reyes inmortales.

Allí le dan crüeles empellones,
Y le dicen palabras desmedidas:
Offéndenle con duros bofetones
Y desprecios y burlas atrevidas:
Afrentas buscan, buscan invenciones
Nunca pensadas y jamas oidas,
Con que darle dolor, causarle pena,
Y el infierno las halla y las ordena.

Todo lo sufre con amor süave
Y callado el mansísimo Cordero
Que del supremo bien tiene la llave,
Y es de Dios puro el resplandor sincero;
Y con augusto rostro y pecho grave,
Del mismo ser archivo verdadero,
Con sumision á la canalla cruda
Que desnudar le manda, se desnuda.

Descubre aquellos brazos admirables
Que de los orbes ciñen la ancha rueda,
Y los divinos hombros incansables
Adonde está, como en su centro, queda;
Y aquellos pechos á la esposa amables,
Do mora la beldad graciosa y leda;
Y las columnas sobre basas de oro,
Fábrica celestial, sumo decoro.

Bien así cual doncella ruborosa
Que al limpio estanque da su carne pura,
En el agua se mira vergonzosa
Cuando el agua retrata su figura;
Y si turba de gente maliciosa
Miróla y codició la su lindura,
Torna con la verguenza, que la mueve,
En grana carmesí la blanca nieve;

El Salvador mirándose desnudo
A los ojos de aquella infame gente,
De la verguenza el sentimiento agudo
No reprimió y brotó sensiblemente:
Habló con lengua roja el licor mudo,
Que comenzó á teñir su blanca frente,
Y cuerpo hermoso de marfil preciado
Ya con ardiente púrpura ilustrado.

Los ángeles que á Dios desnudo vieron,
Atónitos en tierra se postraron;
Humildes gracias por su amor le dieron,
Y dignas alabanzas le cantaron:
A aquella santa desnudez sirvieron,
Y los divinos miembros adoraron
Còn aquestas dulcísimas razones,
Nacidas de admirados corazones.

« ¡Salve tú que de luz hermosa el cielo
« Y de arreboles vistes la mañana,
« De flores varias el pintado suelo
« Y de ilustre candor la nieve cana!
« ¡Salve, desnudo, divinal consuelo
« Del alma pobre y con su Dios ufana,
« Que por vestir al hombre despojado,
« Desnudas, ay, tu cuerpo venerado!

« Alabanzas te dén los ruiseñores
« De ricas plumas viéndose vestidos,
« Y los montes con bellos resplandores
« Mirándose en el alba esclarecidos;
« Y los campos de finos mil colores
« Cual de ropas de fiesta revestidos;
« Y el mundo que adornaste de tus bienes;
« Pues tu cuerpo desnudo al aire tienes.»
Tal los aflictos ángeles decian,
Y mucho mas suspensos contemplaban,
Cuando á Cristo los pérfidos asian,
Y á la columna en peso le llevaban.
En el cuerpo y el rostro ¡ay me! le herian,
Y con nuevas injurias le afrentaban.
¡Oh Dios, cuanto padeces por el hombre
Que altivo huella tu tremendo nombre!
Es cierta fama y tradicion constante
Que era el mármol tan grueso y ponderoso,
Que él solo cual robusto y firme atlante
Despues un templo sustentó espacioso:
Aquí la turba fiera y arrogante
Llevó al humilde, celestial Esposo,
Y le ligó con ásperos cordeles....
¡Mas oh! ¡tened, tened, brazos crüeles!

¡No reventeis la sangre mas ilustre
Que ennobleció jamas hidalgas manos,
Que no son dignos de tan claro lustre
Esos cordeles que apretais profanos!
Bastára que la cruz al fin se ilustre
Con sus rojos esmaltes soberanos,
Y resplandezca así... ¡Mas ay feroces,
Que ni aguardais razon, ni escuchais voces!

Llegan á la columna el cuerpo santo
Y átanle con rigor los brazos nobles,
Y ellos estiran y adelgazan tanto,
Que á fuerza tal rompieran secos robles:
El humor de las venas sacrosanto
Revienta y tiñe los cordeles dobles;
Y las manos se hinchan abrazadas,
Y gimen las muñecas apretadas.

La columna salpican venerable
Las gotas finas de la sangre roja,
Que ya con el licor inestimable
Mas se enriquece cuanto mas se moja;
Pero en ellos la saña inexorable
No se amansa por esto ni se afloja;
Antes le echan al cuello blanco y puro
Otro nuevo cordel mas grueso y duro.

Cíñenlo de esta suerte al pilar frio
Y por detras lo añudan de esta suerte:
No sé si el alba vierte su rocio
Mas apriesa que Cristo sudor vierte:
Suda y levanta el rostro amable y pio,
Y ofrece al Padre Dios su pena fuerte,
Y sin mover los amorosos labios
Aquesto dijo en pensamientos sabios:
« ¡ Oh padre mio, por el hombre fiero
« Que así me afrenta, mi afliccion recibe,
« Que por el hombre, que la da, la quiero
« Padecer, pues con ella el hombre vive!
« ¡ Azotes de su cruda mano espero,
« Y á dármelos sañudo se apercibe;
« Aunque son de tu hijo dura ofensa,
« Admítelos, oh Padre, en su defensa! »
Dijo; y ya dos verdugos rigurosos
De fuertes hombros y robustos pechos
Dos azotes alzaban espantosos
De gruesas varas cimbradoras hechos:
Mostrábanlos alegres y furiosos,
En los brazos blandiéndolos derechos;
Y á la bendita carne amenazaban
Y á los divinos miembros se encaraban.

Con bravo son crugieron sacudidos
De aquellas manos, por su mal valientes,
Y llegaron á dar descomedidos
En los miembros de Dios resplandecientes...
¡Parad, parad, verdugos atrevidos,
Parad, parad los brazos insolentes;
Que no es razon que ese castigo infame
Su furia sobre el mismo Dios derrame!

¿Si prohibido está que al ciudadano
De Roma se le dé tan baja pena;
Como darla quereis al soberano
Señor que leyes en el cielo ordena?
¿Es menos ser el sumo Cortesano
De aquella patria de esplendores llena,
Y Rey del mundo que de Roma un hombre
De nobleza comun, de oscuro nombre?

¡Mas ay que baja por el aire apriesa
Sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!
¡ Ah Dios que llueven cual de nube espesa
Golpes en el supremo Sacerdote!
¡ Ay Dios que de sacar sangre no cesa,
Para que toda en el dolor se agote,
La crüel disciplina ! ¡ Ay Dios amado !
¡ Ay Jesus por mis culpas azotado !

¡Yo pequé, mi Señor! ¿y tú padeces?
¡Yo los delitos hice! ¿y tú los pagas?
¿Si yo los cometí; tú qué mereces
Que así te ofenden con sangrientas llagas?
¡Mas voluntario tú, mi Dios, te ofreces,
Tú del amor del hombre te embriagas;
Y así por que le sirva de disculpa,
Quieres llevar la pena de su culpa!

¡Ay en los miembros del Señor desnudos
Y ceñidos de gruesos cardenales
Se descargan de nuevo golpes crudos
Y heridas mil de nuevo tan mortales!
Se multiplican látigos agudos
Y de puntas armados infernales,
Que rasgan y penetran vivamente
¡Ay! la carne hasta el hueso transparente.

Hierve la sangre y corre apresurada,
Baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,
Y la tierra con ella consagrada
Competir osa con el mismo cielo:
Parte líquida está, parte cuajada,
Y toda causa horror y da consuelo;
Horror viendo que sale de esta suerte,
Consuelo por que Dios por mí la vierte.

¡Ay! se añaden heridas sobre heridas,
Y llagas sobre llagas se renuevan,
Y las espaldas con rigor partidas
Mas golpes sufren, mas tormentos prueban:
Las fuerzas de los fieros desmedidas
Mas se desmandan, cuanto mas se ceban;
No de la sangre el rio satisface
Su furia que en verterlo se complace.

Alzan los duros brazos incansables
Y el fuerte azote por el aire esgrimen,
Y osados mas y mas inexorables
Braman con furia, con braveza gimen:
Rompen de Dios los miembros inculpables,
Y en sus carnes los látigos imprimen;
Y su sangre derraman, sangre dina
De ilustre honor, de adoracion divina.

Queda Cristo sin fuerza respirando,
Que al un aliento alcanza el otro aliento,
Y pobre ya de anhélito acezando,
Del resuello le priva el sentimiento.
Aun el aire ¡oh gran Dios! te vá faltando
Para el usado y propio movimiento.
¿Qué mas pobreza, oh Rey, qué mas pobreza,
Y para el hombre qué mayor riqueza?

Los dos tigres del mármol le desatan
(Que estaba el rostro á la columna vuelto)
Y con dichos y hechos le maltratan,
Y burlan de él mientras le tienen suelto;
Y al reves luego y de otra suerte le atan,
Con ánimo en matarle ya resuelto,
El pecho descubriéndole florido,
Sano de azotes, mas de amor herido.

De nuevo aprietan las hidalgas manos
Y para enriquecernos liberales,
Y de nuevo los dedos mas que humanos
Sienten mas duros y violentos males.
Alzó Cristo los ojos soberanos
Y atravesó los coros celestiales,
Y á su Padre pidió vehementemente
Perdon para la inicua y fiera gente.

« Por esta noble sangre, ó Padre mio,
« Con mi persona y su valor unida,
« Por esta voz cansada que te envio,
« Apenas de los labios despedida;
« Por este de mi rostro sudor frio,
« Y por mi caridad jamas vencida
« Te suplico, buen Dios, que los perdones,
« Y ablandes con amor sus corazones. »

Dijo; mas los verdugos carniceros
Los látigos con ímpetu vibraron,
Y cerca de él los estallidos fieros
Crugiendo el aire cóncavo atronaron;
Y aquí los brazos y ánimos severos
Su fortaleza y su crueldad mostraron;
Uno rompiendo el pecho casto y bello,
Y otro el hombro de Dios y el santo cuello.

Saltó la sangre y cual collar precioso
De encendidos rubies adornado,
El cuello y pecho blanco y amoroso
Ornó del Rey de reyes adorado:
Ni el Tuson de Borgoña generoso,
Ni la cruz del Apostol esforzado
Honró cuello real y pecho ilustre
Cuanto su sangre á Cristo le dió lustre.

Levantan otra vez las duras manos
Y los azotes otra vez sacuden,
Y á los lugares que descubren sanos
Del noble cuerpo con rigor acuden:
Por que los golpes no les salgan vanos,
Ni ya verdugos nuevos les ayuden,
Los pies afirman y los brazos cargan.
¡Ay qué de heridas rígidas descargan!

Cual fingen que los Cíclopes valientes
Yunques de hierro en Mongibel golpean
Sobre masas de acero refulgentes,
Que de chispas cercadas centellean:
O cual nubes de agosto vehementes,
Cuando los secos trigos apedrean,
Congelado granizo apriesa arrojan,
Y mieses, plantas y árboles despojan;
Tal aquellos membrudos y arrogantes
Con bruñidos cordeles añudados,
A Cíclopes y nubes semejantes
Hieren de Dios los miembros fatigados:
Sus brios muestran con furor pujantes
Y abren sulcos de sangre colorados
En los muslos y piernas, pecho y hombros,
Que horror pone, da miedo, causa asombros.
Todo lo sufre el ánimo invencible
Y cuerpo santo del Señor eterno,
Y aunque por ser mas noble, es mas sentible,
Calla y sufre con pecho humilde y tierno.
Hombre, por tí aquel Dios inaccesible
Del cielo y de la tierra y del infierno
Pasa esta pena y esta injuria pasa,
Y este dolor su corazon traspasa.

No te digo, ó cobarde, que padezcas
Semejante pasion, igual trabajo,
Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo;
Solo pido, ó Cristiano, que agradezcas,
Y será un breve y provechoso atajo,
Su gran pasion y pienses con gran pausa
Quien la lleva y por quien y por qué causa.

¿Quien? Levanta los ojos altaneros,
Y contempla esos globos celestiales
Cuajados de clarísimos luceros,
Que están lloviendo rayos inmortales:
Los polos mira en su firmeza enteros
Sobre que dan sus vueltas siempre iguales
Orbes tan anchos, tan pesadas bolas.
¿Véslos? pues Dios los hizo y rige á solas.

Mira por la mañana el sol dorado,
Que baña de luz nueva el rojo oriente,
Siguiendo como alegre desposado
A la aurora gentil con paso ardiente:
Ella de flores y él de luz cercado,
Ella galana y él resplandeciente.
¿Ves lo que agradan con su garbo bello?
Pues el Dios azotado es causa de ello.

Mira los arreboles encendidos,
Y orlados de bellísimas colores,
Que parecen carmines esparcidos
Sobre cristal de blancos resplandores,
Y en los montes los rayos esculpidos
Cual puntas de diamantes entre flores:
¿Lo ves? Pues el que gime en la tortura
Es el único autor de esta hermosura.

Mira la tierra con beldad preñada
De cerros altos y sublimes cuestas,
Y en partes cual parida y descargada,
En valles honda, fértil en florestas,
Que por industria natural sangrada
Hace sus venas de oro manifiestas,
En agua dulce y líquidos cristales.
¿Vésla? Pues Dios le da riquezas tales.

¿Ves levantarse el mar torbellinoso
Y amenazar al cielo con su espuma,
Y en abismo sumirse tenebroso,
Y el aire entapizar de espesa bruma,
Y que cuando mas bravo y animoso
Sobre un arena mas no se rezuma
Del término sin muros señalado?
Pues enfrénalo el Hombre aquí azotado.

¿Ves los vários magníficos imperios
Que acaban unos y otros se levantan;
Y que servidos de altos ministerios
Sus grandes reyes con su pompa espantan?
¿Ves en fin los gravísimos misterios
Que oyen los rudos y los sabios cantan
De la naturaleza perdurable?
Pues son efectos de este Dios amable.

Y si quieres subir el pensamiento
Y desde acá mirarle en su grandeza;
Los ojos tiende por el ancho asiento
De aquella empírea magestad y alteza;
Sus pies mira en el sacro firmamento,
Sobre todos los cielos su cabeza,
Y con sus brazos dos ceñido el orbe,
Sin que á su inmensidad cosa le estorbe.

Mira que nueve coros soberanos
De ángeles puros y almas escogidas
Postrando pechos y rindiendo manos
Siempre le alaban con gloriosas vidas;
Y aunque santos y amigos cortesanos,
Las plumas de sus alas encogidas,
Tiemblan del mismo á quien están amando
Y el propio amor las hace estar temblando.

Mira que del vacio mas profundo
Y vano de la nada indiferente
Sacó á perfecta luz este gran mundo,
Parto feliz de su divina mente;
Y lo conserva en variedad fecundo,
Y lo gobierna con saber prudente;
Y en su castigo junta y en su gracia
Poder, amor, dulzura y eficacia.

Y baja atento y mira en el infierno
El negro horror y universal tiniebla,
La inmensa confusion y fuego eterno,
De que abrasado en impiedad se puebla;
Y allí verás lucir su gran gobierno
En la noche inmortal de opaca niebla
Penando á sus rebeldes enemigos
Cual premiando en el cielo á sus amigos.

Mira tambien que un solo y vil pecado,
Que se comete y pasa en un momento,
Es con perpetuas llamas castigado,
Y á su maldad no iguala su tormento:
Míralo y si quedares asombrado,
Desciende el temeroso entendimiento,
Y á este gran Dios á la columna mira,
Y visto allí verás cuanto te admira.

Detente y considera que padece,
Y padeciendo le verás baldones.
¡Ay Dios! ¿ El que infinito honor merece,
Injurias sufre, sufre bofetones?
Mas á llevarlos con amor se ofrece,
Y por manos de seis fieros sayones
Azotes cinco mil y mas recibe.
¡Quien esto ve qué espanto no concibe!

Advierte que por tí, que un hombre triste
Eres y al cieno vil por padre tienes,
Padece Dios y ahonda en qué consiste
El origen primero de tus bienes.
¿Es la sangre real de que naciste,
Y la prosapia ilustre de que vienes
De tí ambiciosamente celebrada,
Tierra y polvo y ceniza y humo y nada?

Dios te crió, produjote de aquesto,
No te encarames por que estás criado,
Que eres campo de humores mal compuesto,
Y sepulcro de horrores blanqueado;
A la virtud y á la razon opuesto,
Y á tí mismo enemigo declarado,
Y aunque para gozar de Dios nacido,
De males lleno, en culpas concebido.

Y tú, lo que es peor, acrecentaste
Con tus mismas acciones tu vileza,
Y al no ser del pecado te abajaste,
Que es de la nada la mayor bajeza.
Tal fuiste y eres tal y en tal paraste,
Nada, hombre, pecador. ¡Ve qué nobleza!
Y este gran Dios por tí padece tanto.
¿Pues qué movió su pecho afable y santo?

No interes vil: no cabe en él tenello,
Ni acrecentar su bienaventuranza.
¿Pues qué pretende recibir en ello?
¿Mas gusto, mas contento, mas holganza?
No. ¿Pues qué? Echar de su bondad el sello;
Esto solo procura y esto alcanza:
Quiere (¡oh fuente de gracias inmortales!)
Darte sus bienes y tomar tus males.

Infinita bondad, virtud inmensa
Que males toma para darte bienes:
Aquesta fué su caridad intensa
Que aquí verás si luz perfecta tienes:
Paga azotado la comun ofensa,
Y por tu culpa está como en rehenes,
Por librarte amarrado á la coluna;
Adora pues sus llagas de una en una.

Díles : « Llagas de Dios, bocas divinas,
« Lenguas del mismo bien que con dolores,
« Mas que con elocuencias peregrinas
« De amor me descubris altos primores:
« Frescas rosas, ardientes clavellinas,
« Rojos, claros, süaves resplandores
« Del sol de gracia y campo de la gloria,
« Hacedme vuestro olor y luz notoria.
« Llagas, ó llamas de sagrado fuégo,
« Que encendeis corazones amorosos,
« Que este abraseis con caridad os ruego,
« Y con mil rayos lo alumbreis piadosos.
« Frio está; calentadlo. ¡Ay está ciego!
« Esclareced sus ojos tenebrosos
« Para que mire lo que amar desea,
« Y no rehuse amar lo que en vos vea. »
Hombre, díles así, y atentamente
Las mira, las venera y las halaga,
Pues heridas de padre tan clemente
Y de tal Dios bien piden esta paga:
Adóralas con pura, humilde frente,
Véte con pies de amor de llaga en llaga,
Háblale, aguarda, y nota qué responde
Pues cada cual tu gracia y gloria esconde.

¡Mas ay que los verdugos no cansados
Golpes nuevos le dan, nuevas heridas;
Y los miembros en púrpura bañados
Lo están en mas sangrientas avenidas!
Salen de madre arroyos dilatados
De aquellas blandas carnes encogidas;
Y anégase la célica Hermosura
En el mar rojo de su sangre pura.
No son ya rosas, no son ya claveles,
Fina escarlata son, ardiente grana
Que en vez de sus hermosas blancas pieles
De Dios adornan la belleza humana:
Es ropa que los bárbaros crüeles
Rasgaron á José, ropa galana
Para la fiesta del amor divino;
Cual la fiesta el ornato es peregrino.
¿Mas quien dijera, oh Dios, que te adornáras
Y con tanto placer de tal arreo;
Y vestiduras, oh dolor, tan caras
Hubieran sido el fin de tu deseo?
¿Tú que ceñido estás de lumbres claras
Y de ellas haces tu menor trofeo;
Quieres y precias hoy estar ceñido
De tan vil y tan áspero vestido?

Pero trazólo tu saber grandioso
Por los intentos de tu amor profundos,
Y sufriólo tu pecho generoso,
Bastante á redimir otros mil mundos;
Sufriólo y con esfuerzo valeroso
A los terceros como á los segundos
Bravos sayones, que de saña armados
Los brazos levantaban obstinados:

Unas llagas estaban descubiertas,
Y otras con el dolor latiendo estaban,
Y medio hinchadas otras, medio abiertas,
Y sangre todas y piedad manaban;
Y así abrieron los ímpios anchas puertas
Que los huesos de par en par mostraban,
Sacudiendo los látigos atroces
Pesados antes, pero ya veloces.

Como á noble y odiado caballero
(Que á solas cogen ásperos villanos
Que ni miran razon, ni guardan fuero)
Hieren apriesa con robustas manos;
Y el odio y el furor anda ligero
En sus almas y pechos inhumanos
Y en sus ojos y brazos, y se alejan
Cuando por muerto al parecer le dejan;

Tales aquellos últimos hirieron
El cuerpo del Señor despedazado
Y ya herido de nuevo le molieron
Hasta dejarle roto y desangrado:
Sufriólo Cristo y ellos se partieron
Habiéndolo del mármol desatado,
Por entender que presto moriria;
Agora contemplad cual quedaria.

Procuró desatado en pie ponerse
Y los ojos alzar llorando al cielo;
Procuró, mas no pudo en pie tenerse
Y subitáneo golpe dió en el suelo;
Tocó en su sangre y quiso entretenerse
Con ella y recibir algun consuelo;
Mas los impios bárbaros veloces
Lo levantaron crudos y feroces.

Y así ya por la tierra tropezando
Y á los pies de los tigres ya cayendo,
Ya codos y rodillas arrastrando,
Y ya el furor con él sufrir venciendo,
Ya el suelo con sus lágrimas regando,
Y otra vez con su sangre humedeciendo
Fué á buscar su vestido. ¡Oh fuerte caso
Que tanto cueste à Dios el dar un paso!

Llegó pues y cogiólo mansamente
Y alzólo así en las manos entumidas
Y fuéselo á poner; pero vehemente
Se lo impidió el dolor de las heridas;
Sobre una piedra se asentó doliente
Y lloró algunas lágrimas sentidas
Con un « ¡ay Padre! » apenas pronunciado
Mas con semblante y ojos declarado.

Vistióse al fin la ropa como pudo
Y con dificultad ¡ ay! pudo hacello:
Que era el cansancio, era el dolor agudo
Que el alma atravesaba y cuerpo bello:
Medio vestido pues , medio desnudo
Levantó un poco el lacerado cuello
Y los ojos al cielo y así dijo
Al dulce Padre el amoroso Hijo.

« Esta sangre en el suelo derramada
« Que sangre de Dios es y sangre mia,
« De hombres vertida y de sus pies hollada,
« Voces á tí de compasion envia.
« ¡ Padre mio! no pide ser vengada
« Como del justo Abel la sangre pia;
« Que la derrama Dios por su criatura;
« Y así clama perdon y paz segura.»

Dijo y vistióse y púsose encogido
Y solo en un rincon. ¡Oh Dios perfeto,
Oh Dios arrinconado y conocido
Tanto mas cuanto fuiste mas secreto!
¡Alábete la misma luz que vido
El sumo Sol á oscuridad sugeto,
Tus ángeles que vieron y notaron
Que á la ropa tus llagas se pegaron!

Canto Quinto.

CANTO QUINTO.



Doloridos sus ángeles y siervos
Al mirar de Jesus el triste llanto
Y los dolores sumamente acerbos
Quedáronse suspensos del espanto;
Y al ver aquellos ánimos protervos
Y abatido al Señor tres veces santo,
Por templar de sus penas la memoria
Quisiéronle cantar insigne historia.

No ignoran que la sabe, mas pretenden
Honrar y entretener el dolor grave
Que hijos engendrará de los que entienden
Componer esta música süave:
A contar el linage claro atienden,
Que en número infinito apenas cabe,
De los mártires santos que murieron
Por seguir la pasion que en Cristo vieron.

« Señor, cantó Miguel, Señor, escucha
« La historia de los ínclitos varones,
« Que en fe de esta tu nueva y santa lucha
« Han de vencer mil bárbaras naciones:
« Si es grande tu afliccion, tu pena mucha;
« El bien es grande y muchas las razones
« Por que alegrarte, viendo las hazañas
« De los que engendras hoy en tus entrañas.

« Que si pusieres y pondrás gozoso
« Esta vida mortal por el pecado,
« Un linage veràs maravilloso
« Y en hijos insumables dilatado,
« Y de Dios el intento cuidadoso
« Cumplido en un ejército sagrado
« De mártires que sigan tu victoria,
« Cuya es aquesta dulce y grave historia.

«Vendrá tiempo, Señor, cuando al primero
« Mártir Esteban defendiendo altivo
« El ser de tu persona verdadero
« Abrase de tu amor el fuego vivo;
« Y con heroico corazon entero
« Sufra de este vil pueblo vengativo
« Piedras mil de mil brazos despedidas
« Y con su noble sangre esclarecidas;

« Y él postrado en la tierra y tú en el cielo
« En soberana gloria entronizado
« Le mirarás con amoroso zelo
« De resplandor y piedras rodeado;
« Y puestas las rodillas en el suelo,
« Perdon piadoso en lágrimas bañado
« Te pedirá para esta cruda gente,
« Cual brasa viva de tu fuego ardiente.

« Y habrá sazon que Pedro valeroso
« Y Pablo á tu fé santa convertido,
« Aquel que anoche te negó medroso,
« Y este que contradice tu partido;
« El uno con espíritu animoso
« Y el otro con amor jamas vencido,
« Mueran en Roma; el uno en cruz clavado
« Y el otro con barbarie degollado.

« ¡ Oh Salvador ! paréceme que veo
« Al gran Laurencio de su ardiente llama
« Hacer un carro de feliz trofeo
« Y un trono escelso y una dulce cama;
« Y no cual bajo y temeroso reo,
« Sino cual digno de perpetua fama,
« Gallardo capitan decir: «Volvedme,
« Que bien asado estoy : fieros, comedme.»

« Y que à Vicente predicando miro
« Con libre voz y denodado aliento,
« Y cuanto mas le noto, mas admiro
« Su frente osada en el atroz tormento:
« Ni una querella da, ni da un suspiro
» Aunque le rasga el escorpion violento
« Con largas uñas y con garras dobles
« El religioso pecho y carnes nobles.

« Y al cristífero Ignacio alegre atiendo
« Como provoca contra sí las fieras,
« Por que su cuerpo sin temor comiendo
« El trigo muelan de las santas eras:
« En Roma forma generoso estruendo;
« Vienen á verle férvidas, ligeras
« Várias gentes y habiéndoles hablado,
« Se entrega á ser molido y amasado.

« Y al viejo Policarpo venerable,
« Canoso y santo y de divino aspeto,
« En su martirio por la fé admirable
« Como á sagrado capitan respeto:
« De llamas forma un arco favorable,
« O un templo insigne y un jardin perfeto
« El fuego por su honor y en su defensa,
« Donde acaba la vida sin ofensa.

« Alza los ojos de tu ciencia pura,
« Suspende tu dolor, tu pena impide:
« Mira de flechas una nube oscura
« Que contra Sebastian el aire mide;
« Y robusto escuadron de gente dura
« Que aladas puntas de metal despide,
« Y al santo plumas da de amor sincero,
« Con que al reino de Dios suba ligero.

« Mira, mira ese número indecible
« De Pontífices sumos brilladores:
« Que muestras dieron de ánimo invencible
« Siendo de tu fé sacra defensores;
« Y en ella con espíritu inmovible
« Entre manos murieron de traidores
« Por tu nombre y tu gloria.¡Oh Rey bendito,
« Consuélete este número infinito!

« Ve tambien á Clemente valeroso
« Que cinco lustros padeció martirio,
« Coronado de lauro victorioso,
« Y ceñido de casto y fresco lirio;
« Renovarásle el cuerpo prodigioso
« Por que esplendiendo como ilustre cirio
« Se consuma otra vez en tu amor santo,
« Y á los verdugos ponga nuevo espanto.
« Y á Ciriaco atiende ya cortada
« La mano y en la boca plomo ardiente
« Recibiendo y su carne fatigada
« Puesta en brasas de fuego flamovente;
« Y en honda cueva de pavor cercada,
« Donde le reverencia una serpiente,
« Y al fin alanceado el firme pecho,
« Volar á tí su espíritu derecho.
« Y á Trifon con agudos escorpiones
« Rasgado y con dos clavos encendidos
« Abiertos ya sus pies y tres sayones
« Azotando sus miembros encogidos.
« ¡Oh Vigor de sufridos corazones!
« Otros cien mil contempla no rendidos
« A la muerte crüel, que en toda parte
« Llevan tu cruz y siguen tu estandarte.

« Considera tambien á Hermenegildo,
« Príncipe santo de la escelsa España,
« Que por su injusto padre Leovigildo
« Prision padece indigna y muerte estraña.
« ¡Oh monarcas del cielo, recibildo,
« Que es el primero rey que os acompaña,
« Dejando en el martirio el cetro ilustre,
« Blason soberbio del humano lustre!

« ¿Mas quien podrá narrar los grandes hechos
« De infinitos varones memorables?
« ¿Quien los robustos y esforzados pechos
« De niños y mugeres admirables?
« El que los rayos, que al cenit derechos
« El sol despide y lanza innumerables,
« Contáre y las estrellas refulgentes,
« Contará sus hazañas preeminentes.

« ¿No ves, no ves la virgen Catalina,
« De pocos años, mas de gran prudencia,
« Que la rueda de filos peregrina
« Quebranta con amor y con paciencia;
« Y una escuela de sabios encamina
« Al gran Maestro de la eterna ciencia;
« Y por sangre da leche degollada
« Y es en sagrado monte sepultada?

« A Cecilia contempla cuidadosa
« De guardar su purísima entereza,
« Y cual valiente hermana y casta esposa
« A su esposo ceñir de fortaleza:
« Y constante, invencible, generosa
« Dar al baño en aljofar su belleza,
« Y á la espada crüel su lindo cuello
« Y al incorrupto ser su cuerpo bello.

« Y á la pequeña Ines de miembros santos
« Y de alma valerosa considera
« Deshaciendo los hórridos espantos
« Del fuego bramador y grande hoguera.
« Cubran de rosas, llenen de amarantos
« Con dulce afecto y caridad sincera
« Vírgines mil su ilustre sepultura,
« Que mártir ha de ser y virgen pura.

« Y á Lucía tambien cual grande roble,
« Columna firme, ó roca escelsa y fuerte,
« O soberbio castillo, ó polo inmoble,
« Fija en la tierra por tu amor, advierte,
« A quien doble corona y palma doble
« La castidad será, será la muerte,
« Olio y resina y fuego y pez venciendo,
« Mas al cuchillo el corazon rindiendo.

« Y aquella Margarita refulgente
Mas que oro fino, mas que tersa plata,
Mas que limpio rubí, topacio ardiente
Y perla neta en fúlgida escarlata;
Estímala, que al fiero presidente
Con desden mira, con desprecio trata,
Y degollada por tu amor padece,
Y roja con su sangre resplandece.
« Y cortados los pechos virginales
A Agata considera en cárcel dura,
Y en carbones y tejas infernales
Arrastrada su carne santa y pura;
Y dar á tus abrazos inmortales
Su ánima celestial, en paz segura,
Absorta en oracion, en tí suspensa,
Y transportada en caridad intensa.
« Y dos Eulálias, una en Barcelona
Y otra en Mérida ve martirizadas;
Aquella en cruz ganando la corona,
Y esta llamas bebiendo ensangrentadas.
Ibéria con alegre voz pregona
Y eterniza en columnas levantadas
Su constancia y valor con letras de oro,
Y sus reliquias guarda en gran tesoro.

« Rufina santa y Justa valerosa
« Se ofrezcan á tus ojos venerables,
« Una muriendo en cárcel tenebrosa,
« Y otra en dolores de ella intolerables,
« Y ambas de la ciudad maravillosa
« Y reina de ciudades admirables
« Cuya garbosa planta el Bétis besa,
« Y al mirarla tan linda se embelesa.
« Y Ursula no se asconda, pues parece
« Clara luna entre lúcidas estrellas,
« Que ardiendo en amor casto resplandece
« Entre once mil castísimas doncellas:
« Ella á la muerte sin temor se ofrece
« Y émulas de su fé se ofrecen ellas.
« ¡Oh cándida beldad, rojos martirios,
« Purpúreas rosas entre blancos lirios!
« Todas ¡oh Redentor! el referirlas
« Imposible será: tú verlas puedes,
« Y en tu divina mente repetirlas,
« Pues tú les has de hacer tales mercedes.
« Solo en bosquejo quise descubrirlas;
« Tú, que en sabios conceptos nos escedes,
« Acabarás de dar á sus loores
« Propias sombras y vivos resplandores.»

Cantaba así Miguel y así cantaban
Con dulce pero interna melodia
Los ángeles, que á Dios música daban
En aquel lastimoso y triste dia;
Y en tarjas de conceptos dibujaban
Al Verbo de inmortal sabiduria
Los hechos de los mártires valientes
De vários tiempos y diversas gentes.

El rey entanto del oscuro averno
A la bóveda vá mas enlutada,
Donde el monstruo mayor del crudo infierno
Perpetua tiene su infeliz morada:
Aquí las furias con bramido eterno
La regiòn ensordecen condenada;
Y denegrido humo y grandes nieblas
Pardas difunden y hórridas tinieblas.

Y dentro en una silla pavorosa,
Que ocho dragones forman enroscados
De dura piel y escama ponzoñosa
Con sus colas y cuellos enlazados,
Se asienta la Impiedad, madre espantosa
De mil hijos, letíferos pecados,
Vertiendo negras llamas por los ojos
Y fulminando contra Dios enojos.

De hierrro toda y de furor vestida,
Cien espadas esgrime con cien manos,
Y contra el mismo Ser, que nos da vida,
Cien dardos vibra, pero todos vanos:
Tiene á sus pies la bárbara homicida
De padres y de hijos y de hermanos
Cuerpos sin almas, bultos sin cabezas,
Y cien mil corazones hechos piezas:

Repúblicas enteras destrozadas,
Y destrozados ínclitos imperios:
Ellas están entre sus pies holladas
Y ellos vueltos en viles vituperios:
Conservan las paredes mal gravadas
En duros bronces hórridos misterios
De agravios que celebra por victorias,
Y hombres ímpios fingieron ímpias glo

Los ángeles allí desembrazando
Armas se ven de altivos pensamientos,
Y contra Dios banderas tremolando
De vanos y pomposos ardimientos.
Nembrot su enhiesta torre levantando,
Robusto ultrage de enemigos vientos,
Con arrogante pie por ella sube,
De soberbia altivez envuelto en nube.

El ciego Faraon al pueblo santo
Con espinosos látigos azota,
Pero con olas venga el mar su llanto
Cuando él venganza aspira y fuego brota.
Y de sagrado efod y noble manto
Saul siguiendo su crüel derrota
Ochenta y cinco sacerdotes mata,
Y á Nobe ilustre villa desbarata.

De José los hermanos envidiosos
En una parte con rigor le prenden
Y en otra le sepultan cautelosos,
Y en otra para Egipto al fin le venden.
De Abimelec setenta valerosos
Hermanos con gemidos se defienden,
Muertos por él en una piedra sola,
Donde sus estandartes enarbola.

Joab con Amasá luego abrazado
El puñal saca y muerto le derriba,
Y el cinto de la sangre rociado
Muestra su mano y alma vengativa.
Y Antíoco de jóvenes cercado
Que desprecian el hierro y llama viva,
Abrasa á los constantes Macabeos
Por desatar en humo sus deseos.

Diomedes sus caballos apacienta
Con carne humana, pasto al sol horrendo.
Y con muertos los vivos atormenta
Mecencio cuerpos y almas oprimiendo.
Toros de bronce Fálaris calienta,
Y ellos bramando están y hombres gimiendo
En sus entrañas y el feroz lo mira,
Y no se compadece, ni se admira.

Los padres que á sus hijos muerte dieron,
Los hijos que á sus padres maltrataron,
Y los que á sus hermanos ofendieron
Y á sus mugeres bárbaros mataron;
Los que traidores á su patria fueron,
Y los que por mandar la conquistaron;
Y los que á Dios osaron oponerse,
Retratados allí pudieran verse.

Y de estos y de llamas tenebrosas
Y homicidas puñales rodeada,
Y en lagunas de sangre caudalosas
Hasta los duros pechos anegada,
Y peinando las hebras ponzoñosas
De su frente de víboras crinada,
Estaba, cuando vino á su aposento
El rey atroz del infernal tormento.

Advertido él habia atentamente
Del Dios humano los azotes fieros,
Y el pecho heroico y ánimo paciente
En castigos tan viles y severos,
La poca fuerza de su oscura gente,
Y botos ya y gastados sus aceros
En aquel muro de diamante fino,
A quien da fortaleza el ser divino.

Temió de acometer segunda empresa,
Si bien acometerla deseaba,
Mas el odio feroz, que en él no cesa,
De nuevo le encendió la mente brava:
Buscó favor cobarde y vino apriesa,
Creyendo aquí encontrar lo que anhelaba;
Que solamente la Impiedad podia
Acabar contra Dios lo que él pedia.

Llegó pues triste al hórrido palacio,
Y la puerta de bronce le dió entrada:
Tembló del hondo abismo el grande espacio
Al estampar la huella mal formada:
Ardió su vista, no como el topacio
Con vivo resplandor y luz dorada,
Sino como el cometa cuando arroja
Entre el humo y vapor su llama roja.

Luzbel estremeció su osada frente,
La cabeza moviendo formidable,
Y en el pecho crüel de una serpiente
Puso el pie con despecho incomportable;
Y á la Impiedad miró sentidamente
Y le dijo con ira irrefrenable:
« Sal luego y parte al escuadron romano:
« Contra el Hijo de Dios rige su mano. »

Dijo; y el monstruo subitó revienta,
Y le obedece y á Salen se parte,
Y con boca blasfema y cara escenta,
Y alas negras tremola su estandarte:
Sube al aire, que el rubio sol calienta,
Como la antiguedad fingió al dios Marte,
De guerra y de furor, de muerte armada
Y contra Dios y el hombre emponzoñada.

Llamas vierte de fuego por la boca,
Y de ceniza y humo el cielo viste,
Y cuanto con la planta ó mano toca,
Quema ruinosa y nada le resiste;
La humilde yerba y la soberbia roca
Se encoge y treme á su presencia triste;
De espanto el ave suspendió su vuelo,
Y retemblaron Líbano y Carmelo.

El Rey de eternidad sentado estaba
En tierra, solo, atento y encogido;
La sangre, que al vestido se pegaba,
Le pegaba á las carnes el vestido:
Triste lágrimas tiernas derramaba
De amor del hombre y de piedad movido,
Pues mas en él la caridad podia
Que la ofensa del vil que se la hacia.

Iban muchos á ver el caso nuevo
Y entrando se paraban admirados,
Considerando aquel gentil Mancebo,
Que tuvo á tantos de su voz golgados,
Que los tenia en su dolor de nuevo
Con su silencio absortos y elevados;
Cuando llegó invisible y espantosa
La Impiedad á la turba sediciosa.

Y al punto sobre aquellos insolentes,
Despreciadores de virtud perfeta
Sus alas desplegó negras y ardientes,
Y su ponzoña les vertió secreta:
Cual Mongibel á soplos vehementes
La tierra, el agua, el aire, el fuego inquieta;
Se afanaba en turbar la horrenda furia
Al soberbio escuadron y altiva curia.

Ya sobre las cabezas discurriendo,
Ya en los oidos no sé que espirando,
Ya en los pechos ponzoña transfundiendo,
Ya en las entrañas fuego derramando,
Ya en los ojos tinieblas esparciendo,
Ya en pies y manos ímpetus causando,
Y al fin toda en sus almas embebida
En sí los transformó con su venida.

Y ya por que de Cristo habian oido
En la conversacion de muchos sabios
Que era por ley divina el Rey ungido,
Un imperio le quieren dar de agravios;
Y al punto se levanta un alarido,
Que la Impiedad les infundió en los labios;
Y aclámanle por rey de los hebreos,
Mas rey de burla y loco en sus deseos.

Y determinan darle una corona,
Que el reino imaginado represente,
Y como á rey adorne su persona,
Y como á rey culpado le atormente;
Y por que el nuevo rey, que se corona,
Toma de rey el cetro conveniente
Y púrpura se viste y le festejan;
Cetro y púrpura y fiesta le aparejan.

Hecha ya la corona, presurosos
Le arrebatan al pátio mas vecino,
Y con denuedos mil ridiculosos
Despreciándole van por el camino:
Los fieros sacerdotes envidiosos,
Alegres del suceso repentino,
Aplauden la impiedad con mucha risa,
Que con su envidia y su soberbia frisa.

Desnúdanle con ímpetu rabioso....
¡ Esperad, hombres, fieras, que el vestido
Que arrancais, con abrazo riguroso
Y estrecho al cuerpo está preso y asido!
¡Templad el movimiento mas furioso
Que jamas la impiedad sangrienta vido,
Que pegadas llevais las blandas pieles
A la ropa que así quitais, crüeles!

No escuchan y mas crudos le despojan
De la túnica santa en un momento,
Y al polvoroso suelo ya la arrojan
Con risa mucha y férvido contento:
Mas los hilos de sangre el suelo mojan,
Y las carnes de Dios labra el tormento;
Que molidas y ya descortezadas
Están en partes mil acanaladas.

Cristo sufre y padece el dolor fiero,
Mientras el pueblo mofa de su pena;
Y alborotado el escuadron guerrero
La fiesta del fingido rey ordena:
Por todo el tribunal corre ligero;
Con alegre clamor el aire atruena;
Y asientan al Señor en una silla
Y burlan de él. ¡estraña maravilla!

De púrpura le visten rutilante,
Y la caña le ofrecen afrentosa,
Y de corona como á rey triunfante
Le ciñen la cabeza generosa,
De corona á guirnalda semejante,
Mas no de flores bella y aromosa,
Sino de espinas hórridas compuesta,
Que tormento amenaza y muerte acesta.

¡Oh gran dolor! entraban las espinas
Y algunas al entrar se despuntaban:
Otras las sienes de Jesus divinas
Y el sagrado celebro traspasaban:
Otras abriendo fuentes purpurinas,
Entre el cuero y la carne se engastaban;
Y otras de mas aguda fortaleza
Al hueso penetraban con presteza.

Corrian de la frente venerable
Los hilos de la sangre repartida,
Y la vista cegaban agradable,
Que á ciegos dió mirando luz de vida;
Y la faz á los cielos admirable
De polvo estaba y de sudor teñida;
Y la barba en salivas empapada,
Y con reciente sangre y sangre helada.

¡Ay! los aleves del furioso vando
Con viles mofas y confuso estruendo
Dieron al Salvador el triste mando,
Ceremonias ridículas fingiendo;
Ya en tierra las rodillas humillando,
Ya al suelo sus penachos abatiendo,
Ya por rey saludándole invencible;
Mas se escediendo en la crueldad horrible.

Uno le acometia con baldones,
Otro escupiendo en él torpes salivas,
Otro con afrentosos bofetones,
Y otro injurias haciéndole mas vivas:
Otro con deshonrados pescozones
Y con aplauso á todos los escribas.
¡Pero ya de Pilato á la presencia
Arrastran al Señor con inclemencia!

Pilato se horroriza y se enternece:
Mover á compasion al pueblo intenta
Mostrándole á Jesus, que desfallece:
« Hé aquí el hombre. » Dice y lo presenta.
Pero el pueblo ¡qué horror! mas se enfurece:
« De nuestra vista súbito le ahuyenta: »
Clama con grito atroz « ¡le crucifica! »
Este grito rabioso multiplica.

En el soberbio tribunal sentado,
Y vuelto á la canalla inexorable,
Dijo Pilato de pavor turbado:
« Ríndome á vuestra furia incontrastable:
« Caiga sobre vosotros el pecado;
« Vosotros condenais al inculpable:
« Yo al que por inocente reverencio,
« En vuestro nombre á muerte le sentencio.

« Y yo, añadió lavándose las manos,
« Lavo mis manos de la sangre pura
« De este Justo; vosotros inhumanos,
« De su sangre esperad venganza dura. »
Tembloroso así dijo: los ancianos
Y el pueblo, pertinaz en su locura,
De horrísono clamor el aire hincheron;
En una voz confusos respondieron:

« Caiga sobre nosotros rigurosa,
« Y sobre nuestros hijos se derrame
« La sangre de este Justo religiosa,
« Y si es tal por venganza eterna clame. »
Apenas se soltó la voz furiosa
De entre los labios de la turba infame,
Cuando á Cristo de lágrimas ardientes
Los ojos le vertieron vivas fuentes.

Canto Sesto.

CANTO SESTO.



El Arcangel entanto conociendo
Que era ya la sentencia pronunciada,
Y de la Madre el gran dolor temiendo
De la Madre en su Hijo transportada,
Antes que el son confuso y vago estruendo
Le llegue de la nueva desgraciada,
Quiere misterios dulces referirle,
Y al trabajo el remedio prevenirle;

« Oye, le dice, el fin maravilloso
Que de tu Hijo y mi Señor la muerte
Ha de tener y el último reposo
Y honra inmortal de su pasion advierte;
Que importa para el trance riguroso,
En que se ha de esmerar tu pecho fuerte,
Prevenir el peligro con destreza,
Y á mas punto subir tu fortaleza.

« Pasados los cuarenta alegres dias,
En que de su presencia regalada
Gozarán las devotas compañias
De su escuela á trabajos enseñada;
Ceñido en torno de las almas pias,
Que rescató de la infernal morada,
Llevará sus discípulos al monte,
Que de olivas corona su horizonte.

« Por que de allí querrá subir al cielo,
Viéndolo claramente sus amigos
Para darles el último consuelo
De su poder haciéndolos testigos;
Y estando en el dichoso y fértil suelo,
Confusion de sus ciegos enemigos,
Les mostrará su ya gloriosa frente
Bañada en gozo y luz resplandeciente.

« ¡ Qué regalo será verle amoroso
En ojos dulces y en palabras tiernas,
Aquellas manos estender piadoso
Con las señales de su amor eternas;
Y el costado enseñarles generoso,
Y en sus patentes llamas las internas
Del alma noble y corazon süave,
Que del gozo de Dios tiene la llave!

« ¡ Qué consuelo será verle cercado
De ángeles obedientes y almas bellas!
Tal pimpollo de flores coronado
Y el lucero lo está de las estrellas;
Y tal viene de luces adornado
El sol, y en blandas, purpurantes huellas
El alba pura cuando rosas cria,
Y así el mayo se ciñe de alegria.

« Allí estarás tambien, Madre escelente,
Pues casta virgen eres siendo madre:
Tu vista de su luz tendrás pendiente,
Por que tu gloria con su gloria cuadre:
Beberás de su vista refulgente,
Donde el ser luce de su eterno Padre,
Un mar de gozo y de su voz divina
Amor, gracia y dulzura peregrina.

« ¡ Oh como de sus brazos enlazada,
Y enlazándole tu con esos brazos,
Serás tú con sus labios regalada,
Y con tus labios él y con tus lazos!
Hijo amoroso y madre enamorada
Que se darán de besos y de abrazos!
Cuando el Hijo se vá, la Madre pide
Que la consuele ya que se despide.

« Luego con su virtud maravillosa
Se irá del suelo apriesa levantando,
Y la esfera del aire luminosa
De alegres arreboles matizando;
La escuadra de los ángeles hermosa
Festivos himnos le estará cantando,
Y las almas, trofeo de su gloria,
Solemnizando su inmortal victoria.

« Así caminará süavemente,
Dándoles con su diestra soberana
La bendicion mas rica y escelente,
Que dió jamas naturaleza humana:
Irá llevando de su faz pendiente,
De aquella faz que gracia y gloria mana,
De sus hijos la noble compañia
De admiracion pasmados y alegria.

« Tal sacude la pluma y vá ligera
El águila mirando al sol mas vivo,
Y los polluelos su veloz carrera
Admiran y su vista y cuello altivo;
Y aunque seguirla cada cual quisiera,
Y la madre les da gentil motivo
A que sus alas y sus ojos prueben,
Con inutil afan las alas mueven.

« El rubio sol con claridad afable
Acontece mostrarse en occidente,
Y al rayo de su luz infatigable
Oponerse una nube transparente;
Y ella adornarse de beldad notable
Y él esconderse en ellá blandamente;
Así una nube esconderá en su seno
Al Sol de rayos y de gloria lleno.

« Al admirado y suspendido coro
De la prole de Cristo jubilosa
Quitará de la vista su tesoro,
De la vista elevada y amorosa;
Ella se bordará de plata y oro
A la luz de este Sol maravillosa;
Y así pondrán los ojos en la nube
Del que glorioso al cielo en ella sube.

« Músicas, fiestas, regocijos, glorias
Compondrán su feliz recibimiento;
Canciones de sus ínclitas victorias
Resonarán en todo el firmamento;
Quedarán esculpidas las memorias
De su muerte y su vida y nacimiento;
Y no en materias que tendrán sus fines
Sino en mentes de eternos serafines.

« Y recibido de su Padre santo
Con tierno amor, en trono esclarecido,
Y siempre oyendo el siempre dulce canto,
Será como merece engrandecido:
De allí pondrá á los pérfidos espanto,
Del hondo averno bramador temido,
Y regirá su Iglesia poderoso
Emperador y amado y dulce esposo.

A los justos dará ricos favores,
Esperanza á los tristes penitentes;
Perdon á los contritos pecadores,
Y ofrecerá su fé á diversas gentes:
Presentará á su Padre los dolores
De las llagas que en sí tendrá patentes,
Constante intercesor, docto abogado
En defender al hombre ejercitado.

« Mas ya cumplidos los felices dias
Por el grande Jehová determinados,
El hora de sus gratas alegrias
Llegará á los discípulos amados,
En suave caridad sus almas pias,
Cual pebetes en ara consagrados,
Cuando encendiendo estén y en oraciones
Exhalando sus fieles corazones.

« ¡Oh sacrosanta union! y tú, Señora,
Presidirás al noble consistorio,
Cual prudente y feliz gobernadora,
Y digna de tan ínclito auditorio;
En tí, donde la gracia se atesora,
Como en universal propiciatorio,
En vez del que subió glorioso al cielo,
Pondrán los ojos, buscarán consuelo.

« Estando así con ímpetu potente
Un viento soplará maravilloso,
Que la casa estremezca derepente,
Y pavor cause blando y amoroso,
Y en lenguas dividido fuego ardiente
Bajará sobre el cónclave dichoso:
En todos llenos ya de dulce espanto
Se asentará el Amor divino y santo.

« Cuando Dios en el monte escelso daba
La memoranda ley al pueblo ingrato,
Torbellinosa tempestad formaba
Su esplendoroso y aúlico aparato:
La cumbre en fuego vivo se abrasaba,
Corriendo en torno en férvido arrebato
Con hórrido fragor el trueno bronco,
Con tremendo bramido el austro ronco.
« Así cuando la ley de eterna gracia
Se imprima en corazones mas que humanos,
Hará con potentísima eficacia
El mismo Dios prodigios soberanos,
Así para vencer la pertinacia
De los que hoy le persiguen inhumanos,
Como para ilustrar con suma gloria
La ley de amor, de Cristo la victoria.
« Vendrá pues el Espíritu divino
Sonando por que así mejor le atiendan,
Y con solemne espanto repentino
Por que ser gracia liberal entiendan;
Y en forma de aire abriéndose camino
Por que ser el aliento comprehendan,
Con que respira el alma y tiene vida,
Dada por Dios y solo à Dios unida.

« En figura de fuego deleitable
Vendrá para encender los corazones,
Y con ardor y soplo infatigable
Inspirar mil sagradas aficiones,
Dando con viva fé luz admirable
Y ciencia de proféticas visiones,
Y con formas de lenguas diferentes
Las várias lenguas de las muchas gentes.
« Y como al evangélico profeta
Un serafin purificó los labios,
Y le infundió con caridad perfeta
En el ánima fiel conceptos sabios,
Y encumbrada virtud le dió secreta,
Despreciadora de honras y de agravios;
Esto y mas con su fuego luminoso
Hará el divino Espíritu piadoso.
« Daráles perspicaz conocimiento
De la alteza de Dios inaccesible,
Y sobrenatural entendimiento
De aquella su hermosura indefinible:
Escribirá su ley en un momento,
Su evangélica ley, ley apacible,
Centro y fin de las santas escrituras,
Con sabia mano en sus entrañas puras.

« Infundiráles un amor tan vivo
Que siempre en caridad estén ardiendo,
En su llama süave y fuego activo
Cuanto en la tierra encuentren convirtiendo:
De su bien y su mal harán motivo,
El uno y otro en humo resolviendo,
Para encender su amor y amar la gloria
De Dios y despreciar la transitoria.

« Naceráles de aquí gran fortaleza
Para vencer del mundo lo mas fuerte,
Espantar del infierno la braveza,
Hollar la vida y anhelar la muerte;
De aquí constante, impávida entereza
De rostro y pecho en alta y baja suerte,
Y señoril espíritu invencible
A lo mas grato y á lo mas horrible.

« El reino de tu Hijo poderoso
De polo á polo se verá estendido:
El reinará en el cielo victorioso,
Y en Roma su Vicario obedecido
Mientras el sol esplenda luminoso
Y no haya por jamas desparecido;
Alumbrará su fé las almas puras:
Humillará su cruz las frentes duras.

« Que ni de muchas gentes vencedoras
Las fieras armas, ni de imperios fuertes
Las altas magestades triunfadoras
De nuevos mundos y de várias suertes,
Ni del airado infierno las sonoras
Y crudas amenazas de mil muertes
Impedirán la sucesion divina
De sus Vicarios y vital doctrina.

« He aquí la escuela de tu Hijo santo
Hecha de Dios ejército valiente,
Gloria del cielo, del abismo espanto,
De todo el orbe luz resplandeciente.
« ¡Pues cese aquí, diràs, mi acerbo llanto;
« No mas de mi dolor estè pendiente:
« Súbame el Padre al trono donde vea
« Al Hijo que mi amor gozar desea!

« ¿Qué bien, qué gozo, qué placer, qué gloria
« Tal madre ha de tener en tal ausencia,
« Sino la que le diere su memoria
« O la que le causáre su presencia?
« Ya está ganada la feliz victoria:
« Ya el mundo postra à Dios su gran potencia.
« ¿Para qué vivo yo sin ver mi vida? »
Ahora sabráslo, Reina esclarecida.

« Como en ausencia del mayor planeta
Que á los menores da prestada lumbre,
La luna clara en medio á noche quieta
Alumbra en vez del sol y es bien que alumbre,
Y cercándola en torno la respeta
El noble coro de la octava cumbre;
Así en ausencia de Jesus importa
Que al mundo asistas, mas con vida corta.

« Por que despues que con tu vivo ejemplo
Hayas la nueva Iglesia edificado,
Y cual segundo venerable templo
De Dios te hayan los justos adorado,
(Que tal, ó Virgen-Madre, te contemplo,
Y el cielo como á tal te ha celebrado)
Dirás al Hijo de tu amor que al cielo
Ya anhelas encumbrar tu amante vuelo.

« El por henchir aquella ilustre silla,
Que en sus hombros sustentan serafines,
Y elevar en eterna maravilla
De tu beldad los sabios querubines;
Oirá tu peticion blanda y sencilla,
Y desde sus magníficos jardines
« Paloma, te dirá, Paloma pura,
« Ven á mi pecho de inmortal dulzura. »

« Y yo, Señora, bajaré contento
A darte la gloriosa legacia,
De corona ceñido y ornamento,
Que mi placer anuncie y tu alegria;
Y, cual sol el diáfano elemento,
Vestiré de luz nueva el claro dia,
Trayéndote una palma de victoria,
Señal festiva de perfecta gloria.

« ¡Oh cual te bañarás en regocijo
Y en saludables ondas de consuelo,
Cuando contemples que tu amado Hijo
Te quiere ya llevar consigo al cielo!
Un breve espacio te será prolijo,
Y pesadumbre el habitar el suelo;
Mas darás cuenta de ello á tus devotos,
Que vendrán á ofrecerte aquí sus votos.

« Y trayendo aromáticos olores,
Bálsamos puros y pebetes finos,
Este aposento llenarán de flores,
Y cercarán de adornos peregrinos:
Albos cirios con bellos resplandores
Encenderán las aires cristalinos,
La casa de la Aurora bien nacida
Aparejando al Sol de eterna vida.

« Tu lecho santo ceñirán piadosos,
Pendientes de tus ojos soberanos,
Y atentos á tus labios milagrosos
Los nuevos fidelísimos cristianos:
Suspiros de sus pechos amorosos,
En regalos envueltos sobrehumanos,
Despedirán y lágrimas ardientes,
Que bañen los suspiros vehementes.

« Enternecida tú con faz serena,
Y dulcísona voz de blando pecho
Consolarás su noble y justa pena,
Desde tu virginal y humilde lecho;
Estando así de gloria augusta llena,
Y de luz clara el camarin estrecho,
No siendo los apóstoles llamados
Se hallarán á tu muerte congregados.

« Recibirás en verlos alborozo
Y ellos muy mucho regocijo en verte;
El alma tuya se henchirá de gozo;
Y sus almas de júbilo mas fuerte:
Los que han hecho en Babel fiero destrozo,
Y al abismo han postrado y á la muerte,
Tristes se afligirán de ver la tuya,
Preciando mas tu vida que la suya.

« ¡Cual les dirás allí dulces razones!
¡Como les hablarás palabras tiernas!
¡Cuanto regalarás sus corazones,
Victorias prometiéndoles eternas!
Ellos el alentar, las efusiones
De esas entrañas de dulzor maternas
Suspensos beberán y arrebatados
Por el tu hechizo y de tu voz colgados.

« Una música entanto deleitable,
Dulce concento y blanda melodia
Elevará tu rostro venerable
Y mente sacra en célica alegria;
Y ya templado el júbilo admirable
Y suspendido el canto y armonia,
Mostrará con suavísima clemencia
El Hijo tuyo su inmortal presencia.

« ¡Cual, oh placer, tu noble entendimiento
De hermoso resplandor será bañado;
A mas que celestial conocimiento
De la bondad de Dios arrebatado!
Y de este inimitable pensamiento
Un tan subido amor será causado,
Que á la vida mortal su ardor esceda,
Y no en cuerpo mortal sufrirlo pueda.

«Tu ánima noble acogerá en sus brazos
El Verbo concebido en tus entrañas,
Y ella sin cuerpo estenderá sus lazos
Con otras formas de abrazar estrañas;
El tambien le dará dulces abrazos.
(Oye, que así tu gran dolor engañas.)
Tu cuerpo esconderá la tierra fria;
Pero vendrá dichoso el tercer dia.

«El alba entonces bordará de flores
El prado y de arreboles el oriente:
Su lengua pulirán los ruiseñores:
Espejarán las aguas su corriente:
El aire se ornará de resplandores,
Y el mismo sol de luz mas escelente;
De suavidad la tierra y de consuelo,
Y de rico placer y fiesta el cielo.

«En esta pues aurora deleitable
Tu ánima pura al cuerpo generoso
Será unida por modo inesplicable,
Y nuevo ser le infundirá glorioso;
Belleza eximia, agilidad notable,
Luz que al planeta venza luminoso;
Impasibilidad y sutileza
Sobre toda mortal naturaleza.

« Del sepulcro saldrás resucitada,
O Virgen, y los ángeles atentos
En música conforme y regalada
Tañerán los süaves instrumentos;
Y en procesion alegre y concertada
Rasgarán los mas puros elementos;
Otros muchos tu fiesta celebrando,
Tu gloria viendo, tu valor cantando.

« Algunos tomarán cuerpos lucidos
Y ropas várias de preciosos trages,
Y de coronas y beldad ceñidos
Te servirán de cortesanos pages:
Otros en largas huestes divididos
Con militares, nítidos ropages,
El viento con clarines asordando,
Simulacros de guerra irán formando.

« Y otros en carros rápidos, triunfantes
Rompiendo el aire con doradas ruedas
Irán gallardos, correrán pujantes,
Oro esparciendo y arrastrando sedas;
Y otros al verde mayo semejantes,
Dulces fuentes, floridas alamedas
Fingirán del diáfano elemento,
Que sirvan al camino de ornamento.

« Y tú, Señora, como reina clara,
Para que el cielo alegre mas se ilustre,
Con blando rostro y con nobleza rara
Darás á la gran fiesta inmenso lustre;
Mas por que mucha pompa le faltára
Faltando á la sazon tu Hijo ilustre,
Cercado bajará de serafines,
De guirnaldas ceñidos de jazmines.

« A tu presencia llegará gozoso;
Sus tiernos brazos á tu lindo cuello
Echará de estrecharlo deseoso,
Y entonces sin dolor bien podra hacello.
¡Qué nudo, ó Virgen-Madre, tan gracioso,
Para él tan dulce, para tí tan bello!
¡Qué beso tan recíproco y süave!
El mismo Dios que lo dará lo alabe.

« Así arrimada la derecha mano
En aquel hombro que sustenta el cielo,
Y tu pecho á su pecho sobrehumano
Irás con regio, pompeante vuelo;
Y subida al alcazar soberano,
Do asido á la verdad vive el consuelo,
Abriéndose las puertas de la gloria,
La henchirá el resplandor de tu victoria.

«Y del trono á los santos descubierto
Sonará en dulce y apacible canto:
« ¿Quien es esta que sube del desierto
« Con tanta luz y fiesta y gozo tanto,
« Y viene al deleitoso, empíreo huerto,
« Tiernamente apoyada al Hijo santo,
« Como el aurora bella y refulgente,
« Como la luna y como el sol luciente?»

« Así estarán los ángeles cantando,
Y tú las gerarquias escediendo,
Irás las mentes sabias elevando,
Y las almas gloriosas encendiendo:
Tus inauditas gracias admirando,
Y luz de tu belleza recibiendo
Arcángeles, querubes, serafines
Alfombra querrán ser de tus chapines.

« Serás en fin del Padre recibida
Como hija y del Hijo como madre,
Y del divino Espíritu admitida
Como su esposa é hija de tal Padre;
Y por que á hija y madre tan querida
Y á esposa tal el ornamento cuadre;
Hijo, Padre y Esposo en tu cabeza
Pondrán corona de imperial grandeza.

« Espléndidas estrellas inmortales,
Girando en rededor con donosura,
Harán corte á tus sienes virginales,
Y luz recibirán de tu hermosura;
Y por chapines á tus pies reales
Tendrás la antorcha de la noche oscura,
Y por vestido el sol, y gloria inmensa
Y volcanes de amor de llama intensa.

« Junto al sublime Emperador eterno,
En magnífico trono de eminencia
Regirás á tu arbitrio su gobierno,
Intercesora de eficaz clemencia,
Respetada en la altura, en el infierno
Temida por tu fuerte prepotencia,
Adorada en el globo de los hombres
En templos mil y mil bajo mil nombres. »

Hablando estaba el ángel; mas dijera
Si el discípulo amado no llegára,
Y con voz en estremo lastimera
La plática süave no cortára.
¡Oh terrible dolor! ¡congoja fiera!
¡Oh quien los tristes labios le cerrára!
Callad, Juan; no mas puede, por que ha vi
Que á muerte han condenado á Jesu-Cris

Las rodillas clavadas en el suelo,
Y pálido el semblante y azorado,
Con tembladora voz y con rezelo
De gravísimo mal y fatigado;
« ¡Oh triste, dijo, Emperatriz del cielo!
« ¡Madre tierna del Hijo deseado
« De la gente, que agora le condena,
« Perdona á mi dolor tu justa pena!
¿Mas de qué sirve ansiosa detenerte,
« Aflicta Vírgen, con palabras tales?
« ¡Tu dulce Hijo condenado á muerte
« Está y aun de la muerte á los umbrales!
« ¡La cruz de Barrabas le cupo en suerte,
« Que al fin ha de pagar de Adan los males!»
¡Se heló la Madre! — y en aquel momento
Con sus alas Gabriel cubrióla atento.
Viendo Judas á Cristo condenado
Por el concilio pertinaz hebreo,
De espantosas tinieblas rodeado,
En ellas mismas vió su mal deseo,
El cual de luces hórridas cercado,
Como vestiglo atroz y monstruo feo,
Se le representaba ante los ojos,
Llevando inmensos males por despojos.

En alas de las furias se dirige
Al templo insigne de inmortal renombre:
La desesperacion su lengua rige
Frenética: «¡Ay de mí! ¡vendí al Dios-Hombre!
« Es falso, sacerdotes, cuanto os dije.
« ¡No mas dinero cuyo horror me asombre! »
La moneda fatal les restituye,
Y pavoroso ardiendo en iras huye.

Cual horrible y feroz sacerdotisa
En el templo de Apolo endemoniada,
Fingiéndose divina profetisa,
Rugia por volcanes abrasada,
Ya aspacio, ya parándose, ya aprisa
Por loco frenesí remolinada,
Domeñando su pecho furibundo
El ígneo rey del báratro profundo;

Tal se fué Judas y dejó medrosos
A los que allí su plática escucharon:
En busca de los montes cavernosos
Voló donde sus furias le aguijaron:
Ya fijaba los ojos codiciosos,
Que al hambre de dinero le incitaron,
Y los clavaba torvos en el suelo,
Ya en sí, ya en sus cuidados, ya en el cielo.

Satanas orgulloso que en la cena
A su cuerpo, despues del sacramento,
Entró pujante, dábale gran pena
Y nuevo y asperísimo tormento;
Y el alma triste y de pavores llena
Se la ofuscaba el infernal portento,
Y estas internas voces le infundia,
Que en ronco grito el triste despedia.

« ¡ Oh misérrimo Judas! ¿ qué pretendes?
« ¡ A tí mismo, á tí mismo abominable!
« ¿ Conoces tu maldad? ¿tu culpa entiendes,
« Y al Señor que ofendiste inexorable?
« Si al ofensor y al ofendido atiendes,
« Hallarás tu pecado inescusable;
« Y agotada ¡ ay de tí! la fuente inmensa
« Que al pecador ¡ no á tí! piedad dispensa.

« ¿ Agotada? ¡ oh dolor! ¡ oh ciega furia!
« Mas un abismo es su bondad....Le he visto
« De pedradas librar á la lujuria....
« ¡Ah, tu beso de amor! ¿y aun dudo ¡oh Cristo!
« Arrojarme á tus pies? ¡Mas ay, mi injuria!!
« En vano, en vano á mi furor resisto.
« ¡Tú sola, oh muerte!... ¡ven! ¡ven á librarme!
« ¡ Ven en fuego eternal á sepultarme!!! »

Dijo y tiñóle el rostro desmayado
Una espantosa amarillez horrible:
Todo el cabello se le alzó erizado
Y el cuerpo le bañó sudor terrible:
Al tronco de una higuera levantado
Trepóse y el espíritu invisible
Le siguió para darle ayuda en ello,
Y echóse ruda soga al triste cuello.

Ató el cordel bruñido al ramo fuerte,
Y contra el cielo y contra sí rabioso
Suspenderse dejó de aquesta suerte,
Al aire dando el cuerpo contagioso:
Abrazóse con él la fiera muerte;
Y Satanas contento y presuroso
Hizo las veces de crüel verdugo,
Poniendo en su cerviz el mortal yugo.

Apenas hubo el alma despedido,
Cuando el aire cercano se alborota;
El viento por el valle sacudido
Barre el polvo y los árboles azota:
Por medio queda el mísero partido,
Y las entrañas por el medio brota;
El suelo apenas sustentarlas puede.
¡Tanto ellas manchan y el cadaver hiede!

Cristo con la sagrada ciencia infusa,
Que lo secreto y lo distante mira,
Y en su elevado ingenio está difusa,
Duélese en paz y del traidor se admira:
Dentro en su mente á Lucifer acusa;
Por el traidor con lástima suspira,
Por que es inmenso abismo de paciencia,
Y mar de amor y cielo de clemencia.

Y del pecho arrancando hondo quejido,
« Yo te dí, esclama ¡oh Judas! pan de vida...
« ¡Tú en veneno mortal lo has convertido!
« Te dí mi propio cuerpo por comida,
« Por salvarte ¡oh dolor! de tí vendido....
« ¡La sangre que te dí por tí hoy vertida,
« Ay, te condena á perenal tormento,
« Cuando de salvacion me hago alimento!!!»

Ciégase el aire de confusa niebla;
Hínchese de cometas abrasados,
De noche opaca y hórrida tiniebla,
Y de grandes pavores erizados,
Mientras el escuadron, que el orco puebla,
Sepulta al capitan de condenados
De ardiente eternidad en catacumba;
Con su sello Jehová cierra su tumba.

Canto Septimo.

CANTO SEPTIMO.



¡Ay que la escelsa cruz, noble estandarte,
En fuertes, viles hombros sostenida,
Pavorosa se vió por una parte
Y por otra el que en ella honró á la vida!
Vino el Señor que todo el bien reparte,
La frente en polvo y en sudor teñida,
Débil el cuerpo, el rostro macilento,
Las plantas sin vigor, falto de aliento.

Cubierto de su antigua vestidura
Y apretado con ásperos cordeles,
Y en la cabeza la guirnalda dura,
Que le ciñeron bárbaros crüeles:
Puso la vista generosa y pura
En la cruz, gran blason ya de los fieles,
Que era de palo bien pesado y recio
Y en tierra se veia con desprecio.

Aunque ceñido de feroz canalla
Y de insolente vulgo rodeado,
Se paró atento y comenzó á miralla,
Y dijo así mirándola pasmado.
« ¿Es este, ó mundo, el campo de batalla,
« Que me has para la muerte preparado?
« ¿Y la mullida cama y blando lecho
« Para mis miembros virginales hecho?

« Ven, ó sagrada cruz, dáme tus brazos,
« Que yo te doy con caridad los mios,
« Y te acaricio con estrechos lazos,
« Para mí fuertes, para el hombre pios;
« Y si á tu amor no bastan mis abrazos,
« Yo te prometo de mi sangre rios
« Con que lavada y bella y dulce quedes,
« Y rica al fin para ostentar mercedes.

« Ven, que hallarán en tí los pecadores,
« De infinita piedad la fuente abierta,
« Y de gracias, dulzuras y favores
« Los justos franca la dichosa puerta,
« Salud el mundo, el cielo resplandores,
« Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.
« Ven, cruz, y vamos. » Dijo y recibióla
Con un bezo de paz y levantóla.

En el hombro la puso y al momento
Se le asentó en el hombro firme y santo,
E hízole arrodillar el gran tormento.
¡ Oh cruz que al mismo Dios afliges tanto!
Mas llegó al punto el escuadron violento,
Y añadió mas dolor á su quebranto,
Alzándolo á crüeles bofetones
Y redoblados, rudos empellones.

Jesus gemia y la Impiedad entanto
El estandarte horrífico cogiendo,
Lo tremoló y alzó con triste espanto
Y á marchar incitó con bravo estruendo:
El ejército así de canto á canto
Se fué por dos hileras disponiendo;
Y la trompeta retumbó sonora,
Y del partir apercibió la hora.

Ya rompen los caballos animosos
Con pies la tierra, el aire con bufidos:
Ya aparecen los hierros luminosos
Y centellean con el sol heridos;
Ya del suelo nublados polvorosos
Al cielo suben con el viento unidos;
Ya camina la gente aborrecible
Al son confuso de la trompa horrible.

Cristo daba en la tierra con el peso
Del gran madero y de tus culpas graves,
Que si bien era aquel pesado y grueso
Estas no son ligeras y süaves;
Antes le llevan infinito esceso,
Mas por que tú con ellas no te agraves,
Y al centro caigas de pavor y asombros,
Alma, las lleva Dios sobre sus hombros.

Del dulce Salvador la muerte dura
Fué doblado y gravísimo tormento,
Por que la muerte á la verdad futura
Presente se la hizo el instrumento;
Desde la cuna hasta la huesa oscura
Siempre le trajo en cruz su pensamiento:
El recuerdo de ella y su agonia
Doquier y en todo instante le seguia.

Dáme, Señor, que cuando el alba bella
El cielo azul de blancas nubes orne,
Tu cruz yo abraze y me deleite en ella
Y con su ilustre púrpura me adorne;
Y cuando la mas linda y clara estrella
A dar su nueva luz al aire torne,
Halle á mi alma al árbol de la vida
Y á tí, su fruto saludable, asida.

Y cuando el sol por la sublime cumbre
En medio esté de su veloz carrera,
La santa cruz con su divina lumbre
Mas ardiente que el sol, mi pecho hiera;
Y al tiempo que la noche mas se encumbre
Con negras plumas en la cuarta esfera,
Yo á los pies de tu cruz devoto y sabio
Tus llagas bese con humilde labio.

Cuando el sueño á los ojos importante
Los cierre, allí tu cruz se me presente,
Y cuando á la vigilia me levante,
Ella tu dulce cruz me represente:
Cuando me vista, vista el rutilante
Ornato de tu cruz resplandeciente;
Y moje, cuando coma, en tu costado
El primero y el último bocado.

No ya compadecidos de su pena,
Mas para darla con mayor esceso
A su buen alma de cansancio llena,
El grave le aliviaron sacro peso;
Y un gentil alquilaron de Cirena
Simon llamado, que el madero grueso
Al hombro en pos del Salvador llevase,
No de suerte que de él le descargase.

Iba despues Simon, Cristo primero,
Y ambos la cruz llevaban sacrosanta,
Sacramento escondido y verdadero,
Que entonces admiró y agora espanta,
Pues la Iglesia gentil el gran madero
Toma y sigue á Jesus que se adelanta;
Misterio bien oculto y ordenado
Por Dios en honra de su Verbo amado.

Que si tú, infame y vil canalla hebrea,
Ayudar no quisiste al Rey ungido,
No le ha faltado pueblo que desea
Servirle, de sus penas condolido:
Pueblo tiene piadoso que le crea,
Antes gentil y ya de su apellido;
Ya con su nombre egregio y soberano
Al orbe haciendo repetir « cristiano. »

Esto el divino Verbo conocia,
Y en figura á Simon la cruz dejaba
Compasivo tomar, como quien via
Que á su Iglesia por él con ella honraba:
Dábala y en espíritu entendia,
Cuando amoroso y tierno se la daba,
Entendia y miraba caminando
Con santas cruces su escogido vando.

Mártires via, via confesores,
Vírgenes sacras, nobles penitentes,
Humildes siervos, ínclitos señores,
Y todos con su cruz resplandecientes;
Pero á los generosos fundadores
De las familias castas y obedientes,
Que su cruz imitaban con sus cruces,
Miró resplandecer entre mil luces.

Con su heroico estandarte iba el primero
Marcos, virtud de Pedro infatigable,
De santos monges padre verdadero,
Y de Dios coronista memorable,
Que el instituto rígido y severo,
Grato al cielo y al mundo intolerable,
Fundó de los Esenos divididos
Por desiertos y en celdas recogidos.

Iba segundo el venerable Antonio,
Claro en linage y en saber profundo,
Gloria de Dios, espanto del demonio,
Y estupendo ejemplar y asombro al mundo:
Despreciaba su rico patrimonio,
Y en yermo estéril un jardin fecundo
De religiosas plantas producia,
Donde infinitas cruces ingeria.

Y Pacomio despues noble soldado,
Y mozo invicto en la milicia humana,
A Dios en la gran Tebas consagrado
Para seguir en paz la fé cristiana,
Llevaba el hombro de una cruz cargado,
Y el alma fuerte con su yugo ufana,
Vivo á Dios, muerto á sí y al mundo muerto,
Poblador santo del feliz desierto.

Y el gran Basilio de su cruz süave,
Cual desde docta cátedra eminente,
Reformando el vivir rígido y grave
De los rústicos monges del Oriente,
Digno que el cielo su prudencia alabe,
Y la venere el mundo eternamente,
Con religioso paso acompañaba
A Cristo y docto y santo le imitaba.

Y tú, padre de un número infinito
De mártires, pontífices, doctores
Que el sacro, antiguo, ya olvidado rito
En regla renovaste y en fervores,
Benito en nombre y con razon bendito,
Entre puros y eternos resplandores
De aquella infusa y admirable ciencia,
Rayabas con la cruz de la obediencia.

Y Romualdo insigne caballero,
Claro en linage y en virtud famoso,
Y por la insignia santa del madero
Mas que por noble sangre generoso,
Obediente, solícito y sincero,
Y de obedientes capitan zeloso,
Con su pesada cruz iba delante
De su padre y á Cristo semejante.

Y el melifluo Bernardo, gran maestro
De amor divino y oracion perfeta,
A quien la antigua edad y el siglo nuestro
Ya respetó y siguió, sigue y respeta,
Sabio en la cruz y en predicarla diestro
Con dulce estilo y devocion discreta,
Por Cristo ardia, de su amor flechado,
En tus pechos, ó Virgen, regalado.

Bruno tambien su cruz enarbolaba
Fuera de la ciudad en tierra inculta,
Y con divino espíritu fundaba
En hondas cuevas religion oculta;
A la vida eremítica juntaba
La monacal mas agradable y culta,
Con traza nueva en liga santa uniendo
Silencio mudo y religioso estruendo.

Y tú, de Cristo apostol escogido,
Angel en vida, querubin en ciencia,
De sabios hijos padre esclarecido,
En zelo raro y único en prudencia,
Que fuiste al mundo por su bien nacido,
Y dado por espejo de inocencia,
Lumbre del cielo y del abismo asombro,
Ibas, Domingo, con tu cruz al hombro.

Y aquel humano serafin ardiente,
Volcan fogoso del amor divino,
De Dios llagado imagen escelente,
De Dios pobre dibujo peregrino,
Escelso capitan de humilde gente,
Guia sagaz del áspero camino
De la perfecta cruz, la cruz llevaba
Y humilde sin hablar la predicaba.

Y el mirífico sol de teologia,
Defensor justo y sabio de la gracia,
Que en la mocion que Dios al alma envia,
Juntó la suavidad con la eficacia,
A la mente de Cristo se ofrecía
Con el doctor eximio de Dalmácia,
Enseñando la vida religiosa,
Y la cruz abrazando rigurosa.

Nolasco luego con afectos vivos
De santa caridad, las nobles huellas
Y pasos de Jesus contemplativos
Miraba en ellos docto y sabio en ellas;
Y redimiendo con amor cautivos,
Y con fé remediando sus querelllas,
Su cruz llevaba y la enseñaba al mundo,
Mas ayudado siempre de Raimundo.

Y el angel hombre, que al lumbroso cielo
De la sagrada Iglesia militante
El monte escelso del feliz Carmelo
Trasladó con espíritu constante,
Siguiendo la virtud y osando el vuelo
Del que en el carro se elevó triunfante,
Sustentaba su cruz valiente y pio
Con santo esfuerzo y religioso brio.

Y el que á su religion dió el nombre santo,
Que solo á Dios se da por escelencia,
Y lo repite el cielo en dulce canto
Tres personas loando en una esencia,
Y tres veces diciendo siempre santo
A sola una Bondad de alta eminencia,
Al Verbo con su cruz acompáñaba,
Y aunque afligido en carne le adoraba.

Y el capitan de Paula memorable,
Raro ejemplo de estraña penitencia,
Mínimo en su concepto y admirable
Y soberano en la divina ciencia,
Francisco, en vida y nombre venerable
En profunda oracion y alta paciencia,
A hijos cien mil entre infinitas luces,
Puesta su cruz al hombro, daba cruces.

Y tú, que á la virtud envejecida
Con leche dulce y con manjar sabroso
Diste nuevo vigor y nueva vida,
Grande adalid de ejército hazañoso,
Fundando religion esclarecida,
Y cónclave de ciencias portentoso,
Tremolabas tu cruz heroicamente,
Ignacio, padre y luz de sabia gente.

Y tú, muger de esfuerzo soberano,
Y escelentes hazañas varoniles,
De divina virtud en pecho humano,
De ánimo invicto en miembros femeniles,
Que al gran Carmelo hecho humilde llano
Cumbres diste elevadas y gentiles,
Con tu famosa cruz á Dios seguias,
Ejemplo puro y santo de almas pias.

Esta pues y otras vírgenes sagradas,
Fundadoras de heroicas religiones,
De tormentosas cruces abrazadas,
Ardiendo en casto amor sus corazones,
Del Redentor seguian las pisadas,
Ilustre asombro de ínclitos varones,
En grave procesion y en luces bellas
Ufanosas venciendo á las estrellas.

Esto miraba Cristo y se animaba
Con estos valerosos Nazareos,
Y cuantos mas en pos de sí miraba
Tanto mas animaba sus deseos;
Y al mirar que su cruz los confortaba,
Y que ellos eran de su cruz trofeos,
La llevaba en los hombros oprimidos
Y tantas veces con rigor heridos.

Tropieza y cae entre los dos ladrones,
Que á la muerte tambien le acompañaban,
Aunque libres de tantas aflicciones,
Pues al hombro las cruces no llevaban,
Por que aquellos terribles corazones,
Que la afrenta de Cristo procuraban,
A tan penosa carga le obligaron,
Y de ella á los ladrones descargaron.

« ¿Y es este aquel que maravillas tantas
« Bondoso y bienhechor solemnes hizo?
« ¿Quien con solo mover sus manos santas,
« De la ímpia muerte el negro horror deshizo?
« ¿Y alcuna vez, sin levantar las plantas
« Del lugar donde estaba, satisfizo
« Al que salud pedia milagrosa,
« Ausente de su vista poderosa?

« ¿Es este el que los mares sosegaba,
« Y á su voz el infierno estremecia?
« ¿Voz á los mudos con su lengua daba,
« Y á los ciegos la vista y luz volvia?
« ¿A los demonios súbito ahuyentaba,
« Y á su presencia el mundo conmovia?
« ¿Quien tal dijera? ¡oh caso lamentable!
« ¿Este que ahora vá tan miserable?... »

Así algunas matronas escelentes
En virtud, en prudencia y en linage,
Mirando á Cristo y de su cruz pendientes
En tal hablaban varonil lenguage:
Las otras menos graves y elocuentes,
Pero de mas devoto y simple trage,
En voces declaraban sus concetos
De esta manera humildes y discretos.

« ¡Oh desdichado el Hijo de Maria!
« ¡Oh desdichada Madre, si le vieras!
« ¡Cuan eficaz dolor traspasaría
« Esas entrañas puras y sinceras!
« ¡Oh para tí funesto y triste dia,
« Oscura y larga noche la que esperas,
« Ora lo veas en la cruz y vivo,
« Ora ya muerto y con horror esquivo! »

Así clamaban, su dolor ansioso
Mostrando con palabras imperfetas,
Y el discurso rompiendo congojoso
Con voz oculta y lágrimas secretas;
Cuando el Rey de los cielos poderoso
Llegó y notó sus ánimas inquietas,
En llorarle sin órden ocupadas,
Y á catástrofes grandes sentenciadas.

Y levantando el rostro humilde y grave
El Dios de la bondad á males hecho,
Y aquella que antes era voz süave,
Les reveló su daño en su provecho;
Abriendo así con la dorada llave
De su divina ciencia el hondo pecho
De su buen Padre, sabiamente dijo
De la Virgen y Dios el manso Hijo.

« ¡Oh de Jerusalen hijas piadosas,
« Que celebrais con lágrimas ardientes
« Mi dura muerte y penas dolorosas,
« Nacidas de otras causas eminentes;
« No lloreis sobre mí tan cuidadosas:
« Llorad sobre vosotras mas prudentes,
« Y sobre vuestros hijos desgraciados
« A grandes, justos males condenados!!

«Por que tiempo vendrá que se prediquen
« Y honren los vientres, que jamas parieron;
« Y por afortunados se publiquen
« Los pechos que con leche nunca hirvieron ;
« Y con tanto furor se multipliquen
« Trabajos que otra vez hombres no vieron,
« Que aun á los montes digan : ó vosotros,
« Altos montes, caed sobre nosotros. »

« Que si en este madero verde y santo
« Se enciende tan veloz y airado fuego;
« ¿En el dispuesto á las centellas cuanto
« Se encenderá sino lo atajan luego?
« Aquí gastad el lastimoso llanto
« Y el triste encaminad y humilde ruego. »
Hablaba así y aquesto les decia
Por que á Jerusalen ardiendo via.

Y tú tambien entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Ioy tu nombre y conserva tu memoria.
Oh pia osadamente! ¡oh tú felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Iurtaste al afligido Dios oculto
In una estampa de su humano bulto!

Mas entanto la Madre casta y pura
eja su celestial recogimiento
con pena y dolor, peso y cordura
ravadas en divino ligamiento,
la calle se vá de la amargura
or ver del Hijo amado el vil tormento,
e Juan acompañada y de Maria
a Madalena y otra amable y pia.

Ansioso el corazon le da latidos
Agudos en el pecho alborotado:
Ella lanza ¡oh dolor! hondos gemidos,
Mas tenues cual de espíritu cansado;
Los ojos lleva de un color teñidos
Como cuando amanece el sol nublado,
Que luz hermosa da, pero luz triste
Por que de cierta oscuridad se viste.

Y robada en las cándidas mejillas
La encendida, bellísima escarlata,
Mas no que se haya vuelto en amarillas
Flores, sino en bruñida y tersa plata:
Trémulas ván sus débiles rodillas;
Y por sus venas hielo se desata,
Y por sus ojos raudaloso llanto,
Y por su corazon letal quebranto.

¡Ay que á la tierna vista se le ofrecen
Del polvo los nublados que el sol cubren,
Y de allí á poco relucir parecen
Los hierros que en el aire se descubren!
Luego los alaridos la enternecen,
Y aunque las voces claras se le encubren,
Piensa que son suspiros y alborotos
De pechos crudos ó ánimos devotos.

Pero despues la sangre ve divina
Y el rastro que su Hijo vá dejando,
Y por él y por ella se encamina,
Sus huellas y licor reverenciando:
Al fin llega á la calle mas vecina,
Adonde al Hijo mira tropezando
Con el gran peso de la cruz terrible.
¡Oh de ambos gran dolor! ¡pena insufrible!
Sus ojos fija en él la Madre casta;
Su vista en ella pone el Hijo santo;
Esta luz en aquella luz se engasta
Y este despierta aquel precioso llanto:
Mírase el uno y otro. ¿Amor, no basta
Que con el Hijo eterno puedas tanto,
Sin que á la Madre aflijas de manera
Que sin cruz de la cruz pendiente muera?
Muere la Madre cuando al Hijo mira;
Mas hace que morir.... Queda viviendo;
Y de ver que no muere mas se admira,
Por que advierte que viva está muriendo;
Ni traspasado el corazon suspira,
Que el anhélito ansioso recogiendo
Del Hijo, le detuvo el que lanzaba
Al tiempo que su vida le entregaba.

Mira mesado aquel sutil cabello,
Que peinó tantas veces por su mano,
Cuando era tierno infante y niño bello
Del empíreo el Monarca soberano:
Conócelo y contémplalo y de vello
Del ornamento rígido, inhumano
Ceñido y apretado, las divinas
Entrañas vá envolviendo en las espinas.

El rostro mira y ojos agradables
De sangre llenos y en sudor teñidos,
Y aquellos dos vergeles admirables
De su faz con salivas ofendidos;
Los labios de coral inestimables
En moradas violetas convertidos;
Y luz y olor y carmesí conoce
Entre la ofensa vil que desconoce.

El cuerpo virginal mira cayendo
Entre las piedras con la cruz pesada,
Y del feroz concurso el bravo estruendo
Y la turba furiosa, atropellada;
La voz infame del pregon horrendo
Y el grito atroz del horda conjurada;
Y grito y voz y gente la atormenta,
Y todo el mar de su amargura aumenta.

Tambien el Hijo santo se afligia.
¿Mas que buen corazon no se afligiera
De ver así à la Madre en agonia
Por Dios y de Dios madre verdadera?
Quisiera pues hablalla y no podia,
Que quiso no poder lo que quisiera;
Pero el Hijo y la Madre se miraron,
Y con los ojos y ánimas se hablaron.
« Mi sangre sola pagará la ofensa,
« Que contra su Señor el hombre hizo,
« Que es de precio infinito y gracia inmensa,
« Y á Dios nunca otra paga satisfizo:
« La tuya no se pide en recompensa
« De lo que en su linage Adan deshizo.
« ¿Y así para qué vienes, Madre mia,
« Si tu dolor aumenta mi agonia? »
« ¿Adonde iré, la Madre le responde,
« Si tú me llevas, ó Jesus, la vida?
« ¿Si á tu muerte mi muerte corresponde?
« ¡Ausente moriré contigo unida!
« ¿Adondè pues, Hijo del alma, adonde,
« Tu madre vivirá de tí partida?
« ¡En tu cruz quiero ser crucificada,
« Y muerta en tu sepulcro sepultada!

« ¡Hijo del alma, en este pobre manto
« La que tú derramares sangre pura
« Recibiré mezclada con mi llanto,
« Mi mar acrecentando de amargura;
« Y de ese ya madero sacrosanto
« ¡Que será para mí grande ventura!
« Me cabrá alguna parte de los bienes,
« Que al mundo das y en él secretos tienes!!»

Dijo la triste Madre al triste Hijo,
Resueltas por los ojos las entrañas,
Y aquesto apenas dolorida dijo
Entre las huestes en furor estrañas;
Y cual si fuera ¡ay Dios! su hablar prolijo,
O el dividirlos ínclitas hazañas,
Los dividieron luego y caminaron;
Y al monte del suplicio al fin llegaron.

Era arduo y agrio el monte y pedegroso;
Iba Jesus cansado y sin aliento;
Con la gran carga y el subir penoso
Derribaba la cruz cada momento;
Con ira el escuadron facineroso
Le aumentaba implacable el gran tormento
Con furor y con voces destempladas,
Con afrentas y atroces bofetadas.

Pero subió á la cumbre y puso en tierra
El tremolado, altísimo estandarte,
Y en un peñasco de la inculta sierra
Se asentó solo y acezando aparte:
Allí el fin esperaba de la guerra
El que victorias ya en la cruz reparte.
¿Mas de qué suerte, ó corazon, estaba
Tu Dios que guerra tal allí esperaba?

Estaba con la mano en la mejilla,
Y con los ojos en la tierra puestos,
Y con el diestro codo en la rodilla,
Y los pies ordenados y compuestos;
De solo verle así daba mancilla;
Mas los tigres con rudos mil denuestos
De nuevo le afligian desde afuera
La muerte amenazándole severa:

Uno los duros clavos le mostraba,
Otro el martillo fuerte sacudia,
Otro el grueso madero barrenaba,
Otro la soga y el cordel crugia;
Y Cristo aquello y esto contemplaba,
Y esto y aquello humilde y manso via;
Mas llegaron entanto dos sayones
Y dos le dieron crudos bofetones.

Era costumbre dar vino mirrado
Por templar el horror y pesadumbre
Al triste á muerte acerba condenado,
Y con Cristo guardaron la costumbre:
Vino de mirra mas con hiel mezclado
Le ofrecen y él con grave mansedumbre
Lo toma y prueba y déjalo al momento,
Que mitigar no quiere su tormento.

Habiendo pues el Redentor probado
Un trago solo del ardiente vino,
Fué de sus vestiduras despojado
Y del ornato fiero y peregrino;
Y cual árbol quedó descortezado
Su cuerpo antes hermoso y cristalino.
¡Oh qué dolor quitarle así el vestido
Preso á las carnes y á la sangre asido!

¿Qué sentías, Señor, cuando te viste
Roto el cuerpo y en partes mil abierto,
Y mirándote así tu Madre triste,
Y al cielo y tierra y aire descubierto?
Díme, ó noble Jesus, lo que sentiste
En tanto afan, de todo bien desierto,
Que solo tú, mi Dios, decirlo puedes,
Que en el saber y en el sentir escedes.

¿Mas qué pena y dolor no sentiria
Si con tanto furor le desnudaron,
Y la túnica estaba yerta y fria
Y pegada á las carnes la arrancaron?
¡Oh qué sangre despues no lloveria
De aquel cielo de amor que descombraron?
¡Oh cual no pasaria helado viento
A un cuerpo tan herido y macilento!

¿Y cuerpo virginal y cuerpo noble
Y atormentado con fiereza tanta?
Doble fué la crueldad, la pena doble;
Si asombra la crueldad, la pena espanta:
Rasgára un corazon de fuerte roble
Ver retemblando aquella carne santa,
Y ver tan pobre á Dios y tan desnudo,
Tan afrentado y con dolor tan crudo.

Mas luego la canalla licenciosa
Volando vino y le cercó insolente,
Y de nuevo le puso la espantosa
Guirnalda en la ya herida y bella frente,
Que por otras cien partes rigurosa
Entró y rompió y sacó sangre caliente;
Hizo y nos dió diversos agujeros,
Arcaduces de gracia verdaderos.

Al lecho de la cruz ya preparado
Le llevan desde allí, lecho terrible,
Y màndanle acostar y así acostado
Manos y pies alarga el Dios pasible,
Y viéndose en el trance suspirado,
El rostro vuelto y ánimo apacible
Al cielo y á su Padre, orando dijo
Esto cual obediente y sabio Hijo:
« Gracias te doy, ó soberano Padre,
« De haber llegado al último tormento,
« Y por que á tu bondad inmensa cuadre
« Fiel cumplo tu sagrado mandamiento;
« En las puras entrañas de mi Madre
» Lo recibí y obedecí al momento;
« Hoy lo ejecuto al fin con eficacia:
« Dá copiosa por él al hombre gracia. »
Dijo; y luego un sayon inexorable
La mano le pidió, la diestra mano,
Y Cristo se la dió con rostro afable,
Y la palma estendió fácil y humano;
En ella puso un clavo el detestable,
Feroz, gentil, idólatra, tirano:
Alzó el martillo y con menudo estruendo
Dió y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,
Nérvios rompió, fijóse en el madero:
El cuerpo santo, cual batido muro,
A aquella parte se inclinó ligero;
Mas Cristo le ofreció grave y seguro
El otro brazo y con semblante entero;
El sayon lo tomó para clavarlo,
Pero no pudo á su lugar llegarlo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,
Y hasta ponerlo firme y estendido
Donde el otro agujero estaba hecho,
Con fuerza lo estiró, lo tuvo asido:
Desencajó con esto el sacro pecho,
Y tomó un clavo agudo y escogido,
Y atravesó con él la mano santa.
¡Ay con que crüeldad, con furia cuanta!

Y de la misma suerte fué tirando
Los pies que no llegaban al barreno,
Y así los duros golpes redoblando,
El madero dejó de sangre lleno.
¡La Virgen santa oyéndolo y mirando,
Golpes y sangre recibió en su seno!
Y por este y aquel noble sentido
Lanzaba ¡ay, ay! el corazon herido.

¡Oh corazon y pecho de Maria!
¡Amante corazon y pecho tierno,
Que con amor y con dolor porfia,
Y llora y obedece al Padre Eterno!!
¡Mas, ó tú, pecho helado y alma fria
Con obstinada nieve y hielo interno,
Que no te ablandas con la sangre pura,
Que vierte Dios sobre la tierra dura!

Ya estaba en el madero inestimable
Por ser lecho del Dios crucificado,
Y el cuerpo al mismo cielo venerable
Con bárbaro rigor descoyuntado:
Cual agua turbia, el olio saludable
De Dios vertido y sin temor hollado:
Los huesos desatados parecian
Y estirados los nérvios se veian.

Cuando en alto subieron el hermoso
Arbol con esta ofrenda refulgente,
Y en un hoyo con ímpetu furioso
Lo dejaron caer pesadamente:
Fijóse el estandarte victorioso
En tierra enarbolado y eminente;
Estremecióse el cuerpo al golpe fiero,
Gimió la peña y retembló el madero.

Abriéronse las llagas de las manos,
De las pies se rasgaron las heridas,
Y los arroyos de ellas soberanos
Crecieron con las grandes avenidas;
Y con nuevos dolores inhumanos
De los huesos las carnes desasidas,
No el pecho solo, palpitar se vieron
Y de la cruz al golpe resurtieron.

Estaba en cruz de espinas coronado;
Si allí arrimaba la cabeza noble,
De rigurosas puntas penetrado
Doble era su dolor, su pena doble;
Si descansar queria sustentado
Firme en los clavos y en la cruz inmoble,
Desgarrábase mas, y si movia
Los pies ó manos, mas rigor sentia.

Y las culpas del mundo innumerables
Con rigurosas, invisibles puntas,
Y cual horrendas sombras espantables
El alma le enclavaban todas juntas.
Si ellas son ¡oh mi Dios! tan formidables,
Y tú en formado ejército las juntas
Contra tí mismo; ¿cuantos clavos fuertes
Tendrá esta cruz y cuantas duras muertes?

¡Ah, de su padre Dios la justa gloria
Que él procuraba con ardiente zelo,
Y por la de este mundo transitoria
Mirando estaba hollada por el suelo,
Era otra escelsa cruz, menos notoria
Al vulgo vil, pero admirable al cielo!
¡Cruz el estrago de Salen impia
Que ya de muerte y fuego presa via!

Canto Octavo.

CANTO OCTAVO.



En tantas cruces ¡ay . tan graves puesto
Que pechos quebrantara de diamante,
El crudo pueblo á todo mal dispuesto
Le blasfemaba fiero y arrogante,
Que ni su rostro en tanto afan modesto,
Y en padecer tal pena tan constante,
Ni en tan grande varon tan grande mengua
Le refrenaban la furiosa lengua.

Y él padeciendo así la faz hermosa
Fijó en el cielo y dijo claramente:
« ¡ Perdónalos, ó Padre! » ¡ Oh voz piadosa
Y á conquistar infiernos suficiente!
¡ Oh palabra del Verbo generosa!
¡ Oh de aquel Cisne música escelente,
Que cuando muere canta dulce y pio
En el de su pasion sangriento rio!

Los soldados tambien le blasfemaban;
Sus nobles ropas entre sí partían;
Sobre la principal suertes echaban,
Y lo anunciado por David cumplian:
Y aun de los dos que en cruces dos estaban,
Y por sus culpas graves padecian,
El un ladron mofando de su pena
Le dijo así con voz de oprobios llena.

« Si eres tú, Cristo, rey, sálvate agora,
Y á nosotros tambien. » ¡ Oh loco y ciego!
Salvando el mundo está, si bien lo ignora
El mundo y hace de ello burla y juego:
De tu salud y bien el tiempo y hora
Es está; deja el injurioso ruego,
Y al compañero escucha de tu muerte,
Que así te dice y de tu mal te advierte.

« ¿Ni tú temes á Dios aun condenado?
« ¡Ay! basta que los otros no le teman;
« Reverénciale tú crucificado
« Y no sigas á aquellos que blasfeman;
« Y contra el Rey que tienes á tu lado
« Arden en ira y en furor se queman.
« En cruz morimos por sentencia justa;
« Mas él por culpa agena y causa injusta. »
Así dijo y callando el compañero,
El rostro humilde y ánimo piadoso
Volvió al santo de Dios manso Cordero,
Que atento le escuchaba y amoroso,
Diciéndole: « ¡ Oh Rey justo y verdadero,
« Cuando estés en tu reino poderoso,
« Acuérdate de mí, que á tí me ofrezco,
« Si tu memoria, ó Salvador, merezco ! ».
Y Jesus dijo : « Por quien soy te juro
« Que conmigo en eterno paraiso
« Hoy estarás de mal libre y seguro;
« Muere contento con tan dulce aviso. »
Bañóse de licor honesto y puro
De tierno llanto el moribundo viso
Del ya justo ladron, que el cielo roba,
Y en éstasis de júbilo se arroba.

La Virgen via el cuerpo desangrado
Que tan lindo parió, crió tan bello,
Y de su casta leche sustentado
Se alegró veces mil de solo vello;
Y entre espinas miraba enmarañado
El que ella ensortijó rubio cabello,
Cuando al niño Jesus peinaba llena
De gozo como agora está de pena.

La faz miraba, aquella faz doliente,
Que tantas veces á su rostro amable
Llegó y la dulce boca y limpia frente,
Que besó tierna y abrazó agradable;
Y el mirar grave y el hablar prudente,
Y aquel pecho florido y siempre afable;
Y su amargo dolor era terrible,
Y pintarlo ni al ángel es posible.

Esto miraba y de esto se dolia,
De amor herida y de dolor suspensa.
¡Gran dolor y amor grande de Maria!
¡Inmenso afan y caridad inmensa!
¿Quien tanto amaba cuanto sentiria
En su Hijo amado tan atroz ofensa,
Y siendo el hijo Dios y ella tal madre,
Y de Hijo que no tuvo humano padre?

Hubo en la Madre-Virgen tres amores;
El natural de madre, el adquirido
Con el trato amoroso y sus favores,
Y otro de caridad mas encendido;
Y fué su corazon con tres dolores,
Y todos en el grado mas subido
Que imaginar se puede, traspasado;
Mas con paciencia igual y en igual grado.

¡Oh cuantas veces levantó los ojos
Para ver á su Hijo y al momento
Por no dar pena y recibir enojos
Los bajó triste y no siguió su intento!
¡Y cuantas quiso abrir sus labios rojos;
Y la voz muerta, helado el pensamiento,
Y con su gran dolor se quedó absorta,
Liberal en sentir y en hablar corta!

Miró á su Madre el Salvador y dijo
En cruz de compasion interna puesto:
« Muger presente tienes á tu hijo. »
Señalando al discípulo modesto;
Y á Juan que en él el alma y rostro fijo
Tenia y alma y corazon dispuesto
A su obediencia, dijo: « Esa es ahora
Tu madre. » ¡Madre ya quien fué señora!

Habiendo pues tan grandes cosas hecho
El Inefable en cruz menospreciado,
Y en ella como en muelle y rico lecho
Su grave testamento ya ordenado;
Sacó una fuerte voz del hondo pecho
Y á su buen Padre dijo lastimado:
« ¡Oh Padre! ¿por qué así me abandonaste?
« ¡Oh Padre mio! ¿Tú que me engendraste?...»

Entanto los fulgentes escuadrones,
Que andan gloriosos por el ancho cielo,
Desde aquellas altísimas regiones,
Do sin mezcla de afan vive el consuelo,
De su rey Dios miraban las pasiones,
Que le causaba el morador del suelo,
Hombre por quien Dios-Hombre padecia,
Y en irá se encendieron justa y pia.

« Al arma, al arma; baste lo sufrido;
No mas, no mas. » Clamaban dando voces
Y llamando al ejército lucido
De los ángeles fuertes y veloces;
Y Miguel capitan esclarecido
Contra los insolentes y feroces,
Que son demonios y eran serafines,
Mandó tocar al arma sus clarines.

Al punto pues las trompas resonaron:
Montes de eternidad estremecieron:
En el aire espantosas retumbaron,
Y los hondos abismos removieron;
Y á su voz obedientes se aprestaron
Los ángeles que en partes mil la oyeron,
Los que rigen los orbes y en la tierra
Contra el orco apellidan cruda guerra.

Los espíritus nobles entendiendo
La resonante trompa que los llama,
Reconocido el belicoso estruendo,
Suben al cielo como ardiente llama;
Y lo que estaba cada cual haciendo
Deja á la voz que en guerra los inflama,
Y acuden á Miguel y él los compone
A la batalla justa que dispone.

Y por vestirse de armas importantes
A su justa venganza y digna guerra,
Ván á las fortalezas rutilantes,
Donde el zelo de Dios armas encierra:
Arneses allí lucen de diamantes,
Que no crió jamas ni vió la tierra;
Y escudos cuelgan de otro acero fino,
Que para sí forjó el poder divino.

Allí penachos tremolando al viento,
Que bravo sopla y espantable suena,
Penden y el sonador hueco instrumento
Que el aire con horrible voz atruena;
Allí el valor está y el ardimiento,
Que á dura muerte al réprobo condena;
Allí se ven las armas ofensivas
Con que abate Jehová frentes altivas.

Allí el tremendo y hórrido tridente,
Que tuvo el mundo en lluvias anegado,
Del rico y grande techo está pendiente,
Crudo instrumento del furor sagrado:
Allí de fuego vivo el rayo ardiente,
Que otros mil arrojó jamas cansado
Contra la torre de Nembrod superba,
Agudo y reluciente se conserva.

Allí viven las llamas vengadoras,
Que las torpes ciudades abrasaron,
Y las plagas de Egipto asoladoras,
Que horror, asombro y confusion causaron
Allí las tempestades tronadoras,
Que á Jonás en el piélago lanzaron;
Y los carros de fuego que ceñian
Los montes y á Eliseo defendian.

Allí los instrumentos invisibles,
Que arman guerras, infunden pestilencias,
Y sacuden con ímpetus sensibles
Las asombradas, pérfidas conciencias;
Y al fin todas las armas invencibles
Que imperios, magestades y potencias
Han deshecho, se ven allí colgadas
Y al intento de Dios aparejadas.

Rápidos pues allí de armas lucidas
Vistiéronse los ángeles fogosos,
Y para aquella hazaña apercibidas
Manos llevaban y hombros poderosos:
Aquellas con espadas encendidas;
Aquestos con arneses luminosos;
En nueve heroicos órdenes compuestos
Mas que garllardos ván, pero modestos.

Suenan tambores, vuelan estandartes
Por el campo del cielo cristalino;
Marchan cual sacros verdaderos martes
Por el de estrellas celestial camino:
Gimen los polos, tiemblan en mil partes;
Los orbes y elementos mas vecinos
A la potente pesadumbre tremen;
Nueva derrota los infiernos temen.

Llegan á Dios que en trono venerable
De magestad inmensa está sentado,
Y la Misericordia favorable
Esplende hermosa á su derecho lado;
Al siniestro la escelsa y formidable
Justicia con su estoque desvainado;
En pie las dos haciendo reverencia
A las Personas tres en una esencia.

Todos pues los magníficos guerreros
Al prepotente Padre se humillaron,
Y á su trono postrados los aceros,
Devotos las cabezas inclinaron;
Y Miguel capitan de los primeros,
Que *quien es como Dios* apellidaron,
Del radiante escuadron púsose al frente
Ante el trono del Dios omnipotente.

Estaba del robusto arnes ceñido
Con que á Luzbel ganó la gran victoria,
Y de la espada con que al ángel vido
El rey David postrar su vanagloria;
La misma que al soberbio y fementido
Senaquerib, por su maldad notoria,
Asombró degollando de sus gentes
Ciento y ochenta y cinco mil valientes.

En el escudo de inmortal diamante,
Que muchos reinos defender podia,
Sutilmente ási mismo semejante
El mismo dibujado parecia;
Y á sus pies aquel fiero y arrogante,
Que angel fué y es dragon, preso tenia,
Que en un jóven hermoso comenzaba
Su imagen y en serpiente remataba.

De esta manera pues dijo humillado:
« Padre y señor, tu Hijo verdadero,
« Si bien cual hombre está crucificado
« Por hombres, como ves, en un madero;
« El cielo en iras nobles abrasado
« Pretende castigar crimen tan fiero,
« Si tú le das licencia; y así viene
« A tí; y las armas en su mano tiene.

« Dánosla pues, Señor, y el ímpio mundo
« Sacrílego á su Dios arruinaremos,
« O sacando las aguas del profundo
« Que ahoguen, como ciñen, sus estremos;
« O ardiendo en llama viva el globo inmundo,
« Que huellan los atroces y blasfemos,
« O desquiciando con furor la tierra,
« O haciéndoles en cuerpos mortal guerra. »

Dijo; y al punto la Justicia santa:
« Bien suplica Miguel que mas nó aguardes;
« Su orgullo rinde, su furor quebranta;
« Pues ellos lo merecen tú no tardes:
« Tu ejército animoso se adelanta
« De su zelo y virtud haciendo alardes;
« Déjale, inmenso Dios, que los castigue,
« Y á conocer su culpa los obligue. »

Dijo; y la Misericordia blandamente
Y en breve comenzó por Dios mandada:
« Todo aquello es verdad, Padre clemente;
« Con razon tu justicia está irritada;
« Pero tambien está con la presente
« Ofrenda de tu Verbo bien pagada;
« Que si el mundo en su muerte culpas hace,
« El mas, que peca el mundo, satisface.

« Así el mundo quedar debese entero
« Por que si el hombre al Creador da muerte,
« El Hombre-Dios que espira en un madero
« Por sus culpas te paga de esta suerte;
« Y mas, que te desplace el acto fiero
« Del matador, te agrada el acto fuerte
« De Jesus en perder manso la vida
« Por el hombre su siervo y homicida. »

Habló; y el Padre en la justicia recto
Y en la misericordia siempre amable,
Dijo á Miguel. « Vuestro zeloso afecto
« Y muestra, ó capitan, me es agradable;
« Mas el que pretendeis último efecto
« No ha sido á mi bondad tan aceptable,
« Por que impide á mi sabia providencia
« Esta union de justicia y de clemencia.
« Es gran justicia demandar terrible
« Por infinita culpa inmensa paga,
« Pero es clemencia igual dar apacible
« Al Hijo, que por ella satisfaga;
« Y aquesta union reluce convenible
« En que él llagado esté por quien le llaga,
« Y yo de compasivo y justiciero
« Le permita que muera en un madero.
« Mas sepa el mundo que el Potente, el Santo,
« El Hacedor en cruz está muriendo,
« Y sépalo con justo y nuevo espanto
« Grandes prodigios de su horror sintiendo;
« Mas si es debido por su muerte el llanto,
« Lo es mas el triunfo del combate horrendo:
« Muera en la cruz; mas en el tiempo mismo
« Caiga el dragon mas hondo en el abismo. »

El capitan obedeciendo al punto
Descuadronó su ejército glorioso,
Que de diversas partes se vió junto,
Y á otras de allí lo manda cuidadoso;
Unos se hallaron en Salen apunto
Para la muerte del Señor piadoso;
En el mar otros y otros en la tierra
La espada en alto en actitud de guerra.

Estaba el sol entonces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
Y en medio de su curso levantado
Los montes abrasaba palestinos;
Miguel viendo á su Dios crucificado,
Desnudo ante sus viles asesinos,
Con hidalga verguenza y noble zelo
Bajó del cielo empíreo al cuarto cielo.

Y á los fuertes caballos rutilantes
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando resonantes,
Que dan al mundo nuevo el gran tesoro,
Los encendidos frenos espumantes,
Sin guardar al planeta su decoro,
Asió con la una mano valerosa,
Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol que con mil ojos le miraba,
Y fulminando por la vista enojos
El fin de sus intentos aguardaba:
Abriendo pues Miguel los labios rojos
Con voz le dijo altisonante y brava,
Increpando al planeta escelsamente
Por que daba su luz resplandeciente:
« ¿Es posible, inmortal, noble criatura,
« Que miras á tu Dios en cruz desnudo
« Y ofreces luz á aquella gente dura
« Que sin miedo en la cruz ponerle pudo?
« Cubre tu clara faz de noche oscura:
« Compon tu rostro en ademan sañudo:
« Velen el mundo temerosas nieblas,
« Y á su Criador conozca en tus tinieblas. »
Dijo; y el sol avergonzado luego,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego
Por dejar á los hombres confundidos:
Espantóse el romano, admiró al griego,
En la ciencia del astro esclarecidos,
Ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
Quedóse pertinaz en su deseo.

Bajó Miguel despues triste al Calvario
Con su escuadron de ardientes serafines,
Do temblaba Luzbel su gran contrario
Con otro que lo fué de querubines;
Y estuvo allí asistiendo al santuario
De Dios con sus trompetas y clarines,
Tambores destemplados y banderas
Y otros mil instrumentos y armas fieras.

Mientras esto pasaba el Rey sagrado
Ardiendo el corazon, secas las venas,
Y por las cuatro llagas desangrado,
Fuentes de nuestra gloria y de sus penas,
Con sed del cuerpo y de almas abrasado,
Pero con luces claras y serenas
« Sed tengo. » Dijo; y en crueldades largo
Uno á beber le dió vinagre amargo.

Habiendo pues probado el Rey eterno
La esponja de vinagre, dijo al punto
Y díjolo con paz y gozo interno
Por haber ya llegado al postrer punto:
« Acabóse. » Y con rostro humilde y tierno,
Grave en aspecto y en color difunto,
Mirando al cielo y á su Padre santo,
Volvió á verter sobre Salen su llanto.

Cuando infausto cometa en noche oscura
Con negro horror fatídico aparece
En torvo aspecto y hórrida figura,
Que mas terrible por instantes crece;
Espantada la gente y mal segura
Del daño que futuro resplandece
En su cauda sangrienta, está suspensa
De su triste amenaza ó furia inmensa.

Tal á su Salvador en agonia
De acerbísima cruz mirando estaba
El mundo en sepulcral melancolia
Profundamente hundido, y demostraba
Grande pavor y grande mal temia
Del prodigio espantoso, que notaba,
Su ruina rezelando de esta suerte
En la que á Dios se daba horrenda muerte.

Los circunstantes ángeles atentos
Y de la boca de su Dios colgados,
Sus alas desplegaban á los vientos,
Mas en horror que en ellas elevados:
Los demonios con rostros virulentos
Y con ojos y pechos asombrados,
Dudosos aguardaban y encogidos
Callando en sí de miedo sus gemidos;

Cuando llegó la Muerte de sagrada
Estola revestida y de admirable
Y santo resplandor y luz bañada
Y al Salvador, con ser quien es, amable;
Pero humilde llegó y arrodillada
Y pidiendo á la Vida inconmutable
Licencia para entrar; y recibida
Cortó al Señor el hilo de la vida.

Dios dijo al espirar: « ¡Oh Padre mio,
En tus manos mi espíritu encomiendo! »
Y con tan grande aliento y tanto brio,
Tan alta voz, gemido tan tremendo,
Que muestra bien su eterno poderio
Sobre la misma muerte así muriendo.
¡Su ánima divinal libre exhalóse!!!
Y su cabeza lánguida inclinóse......

Los príncipes de luz que en tierra y cielo,
Aire y mar esperaban obedientes
Que espirase su Dios, con vivo zelo
Prodigios mil hicieron diferentes:
Uno del templo antiguo el sacro velo
Rasgó abrasado en ímpetus ardientes:
Otro en los pechos infundió dolores,
Y otro abrió los sepulcros gemidores.

Y por la fortaleza valerosa
Y virtud de los otros admirable
La tierra retembló caliginosa,
Con furor sacudiéndose espantable;
Y el mar pasó la raya rigurosa,
Que Dios le puso y bravo y formidable
Con sus bramidos atronaba el cielo,
Y con sus ondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros
Calabozos rugiendo se arrojaron,
Y levantadas torres y altos muros
Y giganteos montes desplomaron:
Unos con otros los peñascos duros
Con retronantes ímpetus chocaron:
Naturaleza toda en agonia
Acompañaha el llanto de Maria.

Torvo Luzbel volviendo las espaldas
Huyó con sus vencidos escuadrones:
Iba Miguel pisándole las faldas
Con parte de sus ínclitas legiones:
Estos ya ván ceñidos de guirnaldas
Y tremolando alegres sus pendones;
Y esotros los cabellos erizados
Cobardes, confundidos y postrados.

Vibra el Arcángel centellosa lanza
De estrepitosos rayos estallantes:
A los demonios trépidos alcanza,
Y en hediondas cenizas humeantes
Deshaciendo sus frentes, los alanza
A los hondos abismos llameantes:
De cumbre en cumbre horrísonos rodando,
Derrumbándose ván y él vá gritando:
« A los antros de horror caed, dragones,
« A beber mares de eternal tormento,
« A ser de aquellas lóbregas prisiones
« El encendido, inmundo pavimento.
« ¡Vuestro Libertador venció, Naciones!
« ¡Ventura es vuestra ser su heredamiento
« ¡Ya en el carro inmortal de su victoria
« Os sube al cielo el Príncipe de gloria !! »